SUMARIO

ESTUDIOS

- **Desintoxicarse, situarse en la paz y caminar en el bien. Notas para una nueva ascética.**
  Juan Antonio GUERRERO ALVES, SJ 789
- **Pedro Arrupe inspira la búsqueda e intimidad con Dios.**
  Jesús RENAU, SJ 805
- **«Hay mayor alegría en dar que en recibir» (Hch 20,35). Caminos de ayudar a los demás.**
  José Francisco ARRONDO VÁZQUEZ, SJ 817
- **La ascética del amor en la vida cotidiana.**
  Pedro José GÓMEZ SERRANO 829

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Solidaridad ¿dónde? «Amoverse» por la geografía de la exclusión.**
  Delegación de Acción Social Provincia de Castilla SJ . . 843

LOS NOMBRES DE DIOS

- **8. Dios justo y misericordioso.**
  José Javier PARDO, SJ 849

COLABORACIÓN

- **El P. Alberto Hurtado, SJ. Un santo luchador por la justicia.**
  Jaime CASTELLÓN COVARRUBIAS, SJ 861

LOS LIBROS

- **Recensiones** 871

PRESENTACIÓN

HACIA UNA NUEVA ASCÉTICA

En la película de hace unos años *El hijo de la novia* hay una bonita escena en el banquete de boda de los dos ancianos protagonistas. Ella, con Alzheimer avanzado, se entera de poco de lo que sucede, pero sonríe. Él la acaricia. El hijo, un ejecutivo estresado que había roto un matrimonio y había estado a punto de romper con su segunda pareja, los mira con ternura. Al ver cómo su padre acaricia a su madre, le dice a su pareja señalando con la cabeza: «Míralos: son como Fred Astaire y Ginger Rogers; parece fácil cuando los ves...».

Así es el amor, que parece fácil cuando se ve... pero requiere mucho día a día, mucho ejercicio, mucho cariño, mucho perdón... requiere ascesis. La ascesis es difícil de justificar, puesto que, junto a su necesidad, hay que decir que todo es gracia, no un mero medio para alcanzar un fin. Decía Casiano que la gran victoria de quien trabaja y se esfuerza con todo su ser en alcanzar la castidad perfecta es no buscar ni fundar el éxito en los propios esfuerzos, sino sólo en Dios. Además de ser gracia, brota de un don, de un deslumbramiento: aunque es fundamental la palabra de Jesús: «si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga» (Mc 8,34). Antes de invitar a la cruz y a seguirlo, Jesús anuncia que el Reino ha llegado, y hace pregustar sus comienzos.

De hecho, es lo que se adivina en las personas que han recibido el don de la paz, o en las que tienen hondura espiritual, o en las que muestran una alegría serena en su vida familiar, o en las que nos acercan el misterio de Dios porque lo viven, o en las que aman de verdad, con abnegación, a veces en situaciones difíciles, incluso jugándose la vida, pero con la sencillez y la alegría de quien se bebe un vaso de agua cuando tiene sed... Hay personas que parece que beben cada mañana en las fuentes de la alegría y de la paz; y si les preguntas qué hacen, dirán que nada, recibir lo que se les da, que no

es fruto de su esfuerzo. Si insistes, te dirán que el don requiere ciertos cuidados, pero que no hay nada como una aritmética o un cálculo para vivir de Dios, para poder amar, ni siquiera los necesarios entrenamientos que les suponemos a Fred Astaire y Ginger Rogers para poder bailar como lo hacían... Es como si quienes viven la ascética le dieran poca importancia, pues la ven muy secundaria al lado del don que reciben.

También hay otras personas que sienten la necesidad de ascética. Se han puesto en camino porque han atisbado algo bello en la vida espiritual, en la vida del amor, en la vida del servicio a los demás, en la convivencia de pareja...; pero cuando llevan un trecho andado, se tropiezan con las dificultades habituales y preguntan: ¿Y esto cómo se hace? ¿Cuál es el camino de esa paz en el amor que veo en otros? ¿Cómo tener una experiencia personal de Dios? ¿Cómo puedo acercarme a los pobres sin endurecerme y sin perder la alegría? ¿Cómo perseverar en el amor? Probablemente, aquí hay que recurrir a una cierta pedagogía y proponer algunos ejercicios que, si bien no prometen un resultado fijo, sí que disponen mejor a recibir el don. Estos dos tipos de personas nos invitan a plantear este número de *Sal Terrae* desde la gratuidad y sin perder de vista a quienes piden ayuda y métodos para ponerse en camino.

¿Qué es la ascesis cristiana? ¿Cuáles pueden ser algunas notas de una nueva ascética cristiana? Éstos son los dos ejes sobre los que se sostiene el artículo que abre este número. En él, *Juan Antonio Guerrero* presenta los dos movimientos de la ascesis (liberación de Egipto; entrada en la tierra prometida) y ofrece orientaciones sobre la ascesis cristiana en torno a tres palabras o expresiones: desintoxicarse, situarse en la paz y caminar en el bien.

Afirma *Jesús Renau* que «la virtud de la acción apostólica exige mucha renuncia, mucha paciencia, mucha humildad y un horizonte de amor incombustible, con la gracia de Dios». Dicho de otro modo: la vida, la acción y la entrega apostólicas exigen mucha ascesis. Así lo entendió Pedro Arrupe, ese gran hombre de Dios que vivió tan enraizado en nuestro mundo, y a cuya persona, en cuanto modelo de vida ascética, está dedicado el segundo artículo de este número de *Sal Terrae.*

A él le siguen las reflexiones de *José Francisco Arrondo* en torno a algunas personas que «no sienten que hayan hecho nada especial en la vida, pues hacen lo que creen que deben hacer». Se trata de tres protagonistas que «reconocen que bastante de lo que hacen les surge con sencillez, pues se han esforzado y han integrado la abnegación por el Señor». No son héroes *del más allá;* son personas de acá, agradecidas, decididas, vigilantes; son, sobre todo, personas centradas en Dios; son verdaderamente... ascetas.

En la vida cotidiana es necesaria la ascesis. Sí, es sobre todo necesaria una buena conjunción entre amor y ascesis. *Pedro José Gómez* propone orientaciones y pistas sobre el tipo de ascesis que hoy es necesario para ejercitar el amor en la vida cotidiana. Tras una reflexión sobre el amor y la ascética del amor, ofrece diversas intuiciones de cuatro ámbitos principales para adquirir hábitos y crecer en el amor: ascesis y proyecto personal / ascesis y amor de pareja / ascesis y relación padres-hijos / ascesis y relaciones interpersonales.

A finales de este mes de octubre, será canonizado el P. Alberto Hurtado, jesuita chileno del siglo XX. Un santo que luchó por la justicia y que transmitió en todos los rincones de Chile que *ser católicos es ser sociales.* Un buen conocedor del P. Hurtado, *Jaime Castellón,* acerca a los lectores de *Sal Terrae* la figura de este hombre que tanto se desvivió por los más necesitados.

ST 93 (2005) 789-803

ESTUDIOS

Desintoxicarse, situarse en la paz y caminar en el bien:
Notas para una nueva ascética

Juan Antonio GUERRERO ALVES, SJ*

Los ejemplos se podrían multiplicar. Estamos dispuestos a hacer muchos sacrificios, a sufrir, a pasar dolor, a madrugar y a trasnochar para satisfacer nuestra imagen, nuestro físico, nuestro yo, nuestro status... Y no lo vemos como algo que hace a la gente amargada, tensa o malhumorada, sino como algo que da un cierto autocontrol, hace sentirse mejor, sube la autoestima, permite conseguir lo que se quiere y estar más flexible, no sólo corporalmente, sino también anímicamente.

Cada forma de vida tiene su propia ascesis. Nuestra vida cotidiana está plagada de ejercicios ascéticos al servicio de los diosecillos pequeño-burgueses. No se puede afirmar que la ascesis esté pasada de moda y que sea algo del pasado. Lo que sucede es que la ascesis ha cambiado de lugar y de dirección, porque también lo han hecho nuestros dioses.

Quizá seamos los hombres y mujeres religiosos de los países tradicionalmente cristianos los únicos que, de hecho, dudamos del valor y de la necesidad de la ascesis. La *ascesis* nos suena, por ejemplo, a un pasado del que ya nos habíamos liberado; a cilicios, disciplinas, ejercicios de culpas, etc.; a una vida constreñida y con poca libertad; a un cristianismo de gesto adusto, áspero, ceñudo y tenso...

La mayoría de los cristianos tenemos hoy muy claros los peligros de la ascesis. Al menos, de un tipo de ella. Pero quizá el temor a los

* Miembro del Consejo de Redacción de *Sal Terrae.* Maestro de novicios. Zaragoza.

excesos nos ha hecho perder también lo valioso y no darnos cuenta de los peligros de la falta de ascesis. El elogio de la «espontaneidad» y de la «naturalidad», en una cultura en que la espontaneidad está colonizada y la naturalidad sigue unos patrones de comportamiento socialmente inducidos, es ingenuo; lo que se pretende que nos haga libres y nos abra a la gracia, nos deja encerrados en nosotros mismos y a merced de los vientos que soplan. El fruto de la falta de ascesis, del inmediatismo, la indefinición y la anomía de una vida cristiana sin estructura, continuidad ni esqueleto, también inunda las clínicas psicológicas y da negocio a la industria farmacéutica. La espontaneidad y la naturalidad no se pueden dar por supuestas; también requieren su ascesis y, para los adultos, son más bien un punto de llegada que de partida: «hay que *hacerse* como niños».

La vida cristiana, como cualquier empresa humana, necesita método, atención, examen, ejercicios, hábitos... Necesita *ascesis.* Hay un necesario cuidado de las disposiciones para la conversión, para la vida espiritual, para el seguimiento de Cristo o para la entrega a los demás que, por lo general, ha sido bastante olvidado[1]. Sin embargo, las personas de hondura religiosa y existencial que vemos logradas en sus vidas, esas que con su sola presencia nos remiten al Misterio del mundo, puede que critiquen los excesos ascéticos del pasado y no den importancia alguna a los propios ejercicios o esfuerzos, pero han ido forjando unos hábitos y unas actitudes que les ayudan y disponen a caminar en la vida cristiana: un modo de orar que han ido personalizando y haciendo cotidiano, salvando unos tiempos y cuidando unas disposiciones; una forma de prepararse a la celebración de la Eucaristía; un estilo de trato con las personas; una manera generosa y discreta de darse a los demás; una disciplina en el trabajo y en el estudio; un aguante ante la adversidad; un modo sereno de afrontar y padecer las dificultades que sobrevienen en la vida; etc. Nunca dirán que *han conseguido,* sino que *les ha sido dado,* el don de la paz. Nuestro esfuerzo sólo nos dispone a recibir un don: el que nos da el Padre (Jn 6,27).

Es cierto que en las últimas décadas la ascesis ha tenido poco *aggiornamento,* al menos explícito. Nuestro mundo, no podemos negarlo,

1. No obstante, se pueden notar cambios. Es sintomático que, cuando el grupo de jesuitas destinado a la espiritualidad ignaciana al final de los noventa (que andaban alrededor de los 40 años, por arriba o por abajo) se hizo cargo de la revista *Manresa,* dedicó su primer número a la abnegación, bajo el título: «Las cuerdas del arpa. Redescubrir la abnegación». Cf. *Manresa* 73 (2001) n. 289.

ha cambiado. Un mundo nuevo, que plantea unas nuevas posibilidades y dificultades a la relación con Dios y a la vida cristiana, pide una ascesis nueva. Por otra parte, sería insensato y fatuo querer proponer una ascética *absolutamente* nueva, porque, como expresa muy bien Rahner:

> «Se ha de evitar considerar lo nuevo y lo antiguo como compartimentos estancos dentro de la espiritualidad cristiana: lo nuevo sólo es auténtico cuando conserva lo antiguo; y lo antiguo sólo sigue teniendo vida cuando es vivido en forma nueva»[2].

Divido el artículo en dos partes: tras una breve introducción sobre cómo entender la ascesis cristiana, trataré de dar algunas pistas sobre la ascesis necesaria hoy para la vida cristiana.

1. ¿A qué llamamos «ascesis cristiana»?

La ascesis no es algo que haya surgido inicialmente en el ámbito cristiano y, como hemos visto, no se mantiene sólo en él. Forma parte de la vida humana. Algún tipo de ascesis se encuentra en todas las sabidurías del mundo pagano, en las filosofías antiguas y en las religiones[3].

En la tradición cristiana hay un amplio campo semántico de conceptos afines, cuyo uso y relación con la ascesis no es claro ni unívoco: ascética, abnegación, humildad, renuncia, pureza de corazón, despojo, purificación, mortificación, penitencia, sacrificio, privación, continencia, indiferencia, libertad interior, dominio de sí, combate espiritual, rectitud de intención, lucha contra los instintos, etc. Muchas de ellas pueden ser prácticas absurdas si se desconectan de su marco de sentido. Pero, en determinadas condiciones, todas pueden ayudar a la relación del hombre con Dios y a amar al prójimo. Sólo desde esta doble relación tienen sentido, pues guardan la relación de medios para el fin. Desde la época de los Padres del desierto, el principio esencial de la ascesis es que «una ascesis privada de amor no acerca a Dios»[4].

---

2. Karl RAHNER, «Espiritualidad antigua y actual», en *Escritos de Teología,* VII, Taurus, Madrid 1969, p. 35
3. Cf. M. OLPHE GALLIARD, «Ascèse, ascétisme. II: Développement historique», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique,* I, Beauchesne et Fils, Paris 1937, cc. 938-960.
4. Cf. Paul EVDOKIMOV, *Las edades de la vida espiritual,* Sígueme, Salamanca 2003, p. 132

La ascesis cristiana tiene que ver con haber experimentado algo que está por encima del mundo y que nos permite relativizar éste[5]; brota de haber atisbado una vida distinta en Cristo, haber intuido el gozo del Reino. Pero para vivir en comunión con Cristo en la historia es inevitable la cruz (Mc 8,34-35). La ascesis cristiana no puede perder la referencia al Reino, pero tampoco a la cruz y a la pasión de Cristo. La pasión tiene que ver con «padecer», no con «hacer»; es algo que viene impuesto desde fuera, por las circunstancias de la vida, algo que sobreviene y es acogido libremente. El esfuerzo ascético no es, por tanto, un método para arrancar la gracia a Dios, sino fruto de su llamada, de su consuelo, de su gracia. Cuando los espirituales hablan del «esfuerzo ascético», no hacen una aritmética de lo que corresponde a la gracia y a la libertad; «si hablan de "trabajos y sudores", éstos designan la acción humana situada en el interior de la actividad divina. [su idea] Se podría formular así: Dios es el que "trabaja", y el hombre es el que "transpira"»[6].

Podemos distinguir dos movimientos internos en la ascesis cristiana: el primero nos recuerda que es necesario experimentar la liberación, la salida de la esclavitud de Egipto. Esta liberación nos dispone para la relación con Dios y para acoger sus dones. Es el tiempo de la conversión. El paso del desierto se puede recordar como el tiempo de las dificultades y estrecheces o, también, como el tiempo en que Dios habla al corazón y educa a su pueblo. Ésta es, quizá, la esencia de la ascesis: disponerse a estar ante Dios en adoración y pura disponibilidad, para ser llevados y conducidos por Él. Pero queda un segundo movimiento, no menos delicado e importante, en la ascesis cristiana: dejarse conducir efectivamente por Él, tomar posesión de la tierra prometida, siempre desde la fe, la esperanza y el amor, pues seguimos viviendo en esta historia. En este segundo momento buscamos hacer «real» el don recibido en esta historia. Para ello Jesucristo no es sólo el

5. Sobre ascesis cristiana, cf. Joseph DE GUIBERT, «Ascèse, ascétisme. I: La notion d'ascèse, d'ascétisme», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique,* I, Beauchesne et Fils, Paris 1937, cc. 936-938. Cf. también Karl RAHNER, «Pasión y ascesis», en *Escritos de Teología,* III, Taurus, Madrid 1968, pp. 73-102; Santiago ARZUBIALDE, *Theologia spiritualis, el camino espiritual del seguimiento a Jesús,* I, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 1989, especialmente el capítulo 8 (pp. 148-174), dedicado al sentido cristiano de la ascesis. Cf. P. EVDOKIMOV, *op. cit.*
6. P. EVDOKIMOV, *op. cit.,* p. 165.

modelo, sino que su Espíritu guía este proceso, nos enseña a sentir, nos educa la sensibilidad y nos conduce en sintonía con la encarnación de Dios.

2. Notas de una nueva ascética

En su famoso artículo *Espiritualidad antigua y actual,* Karl Rahner hablaba de la nueva espiritualidad emergente y subrayaba dos notas: más mística, con más experiencia personal del Dios incomprensible, y más mundana, de mayor compromiso con las realidades temporales. Para esta nueva espiritualidad también veía surgir una nueva ascética, que prescinde de lo espectacularmente heroico, que ya no tendrá el carácter de lo adicional y extraordinario, sino de la libertad responsable ante el deber y de los límites que uno ha de imponerse a sí mismo[7].

Más recientemente, Paul Evdokimov ha escrito en el mismo sentido, notando que «hoy día las prácticas espectaculares de antaño son interiorizadas. Lo heroico se oculta bajo el manto de lo cotidiano»[8]; y percibe, con una sensibilidad más terapéutica que la de Rahner, el cambio de época y sus consecuencias en la ascesis:

> «La ascesis cristiana no es más que un método al servicio de la vida, y ella buscará ponerse de acuerdo con las nuevas necesidades. [...] La ascesis consistiría más bien en el reposo impuesto, la disciplina del sosiego y del silencio, periodos regulares en los que el hombre encuentra la facultad para hacer un alto para la oración y la contemplación, incluso en el corazón mismo de los ruidos del mundo y, sobre todo, de escuchar la presencia de los otros. El ayuno, al contrario de la maceración que con él se inflige, sería la renuncia a lo superfluo, el compartirlo con los pobres, un equilibrio saludable»[9].

He aquí, resumiendo, algunas notas de una nueva ascesis o del nuevo modo de redecir la ascesis: «libertad responsable ante el deber»; «liberación de la necesidad de auto estimulación»; «renuncia a lo su-

7. Cf. K. RAHNER, «Espiritualidad antigua y actual», en *Escritos de Teología,* VII, Taurus, Madrid 1967, pp. 30-31.
8. P. EVDOKIMOV, *op. cit.,* p. 188.
9. *Ibid.,* p. 66, cf. también p. 188.

perfluo»; «reposo, disciplina del sosiego y silencio»; «"escucha" y "compartir con los pobres"»; «una ascesis "menos dolorista", "menos heroica y más cotidiana"». Parafraseando e interpretando a Evdokimov, Olivier Clément sugiere que la ascesis, hoy, debe tender menos al rechazo que a la transfiguración. Frente a la «civilización de la técnica, de las grandes ciudades y de las imágenes y de los ruidos», que «arranca al hombre de lo vital, de lo fundamental», la ascesis ha de consistir más bien en pacificar, profundizar la vida, hacer un pacto nupcial con la creación[10].

Intentando hacer aterrizar un poco más la ascesis que necesitamos hoy, podemos subrayar tres notas; las dos primeras son ayudas para la liberación de la esclavitud, para salir de Egipto; la tercera es una ayuda para habitar la tierra prometida.

2.1. La desintoxicación: romper con las inercias que nos llevan

Ante todo, necesitamos reconocer las inercias desordenadas que nos llevan y romper con ellas. Salirnos del torbellino, para tener la capacidad de tomar referencias. Luego, ya buscaremos situarnos y fundarnos en terreno sólido.

La inercia de la manada y el señorío sobre uno mismo. En un mundo como el nuestro, con sus posibilidades y dificultades, nos vemos introducidos en una serie de dinámicas no elegidas, ni buenas ni malas, pero que no siempre nos ayudan a vivir el Evangelio. Entre las dinámicas que nos llevan, está la del trabajo y el ocio, con sus ritmos a veces tan poco humanos[11], las de la información, la comunicación, el consumo, etc. Todas ellas tienen en común que nos homogeneízan y despersonalizan en gran medida. Nos colectivizan. Nos encogemos de hombros, diciendo que «siempre se ha hecho así...», que «¡qué le vamos a hacer...!», que «todo el mundo lo hace...», y vemos cómo disminuye nuestra capacidad de dar respuestas personales. La soledad típica de

10. Cf. el prefacio que escribe a P. EVDOKIMOV, *op. cit.,* pp. 12-13.
11. Sobre la necesidad de un descanso que sea verdaderamente reparador y sirva de embalse de sentido, me remito a lo que escribí en «Pisar la tierra, caminar con otros y mirar al cielo. Una meditación cristiana para vivir descansadamente», en *Sal Terrae* 92 (2004) 459-472.

nuestro mundo individualista[12] y la falta de examen nos hacen muy susceptibles de vernos envueltos en estas dinámicas y, de ese modo, el animal político de Aristóteles se convierte en animal de manada. Pero los seres humanos podemos procesar los estímulos sin responder automáticamente a ellos. Es necesario romper esta inercia, pues el hombre-masa puede tener emotividad, pero no tiene vida espiritual.

La TV, la radio, la prensa y el comercio, por ejemplo, son bienes que nos ofrece el mundo que vivimos, pero que podemos idolatrar y convertir en males. La TV no es indiferente para la vida espiritual: nos educa la mirada, nos enseña a desear, nos ofrece patrones de comportamiento, nos acostumbra a un ritmo de sucesión de imágenes. No es posible una vida evangélica y de oración sana estando acríticamente cerca de cuatro horas diarias ante la TV, como nos dicen las encuestas que empleamos los españoles. Estar informados es necesario para vivir en este mundo; pero vivir sumergidos en el mundo de informaciones y opiniones, yendo a dormir con una tertulia y despertándose con otra, tampoco es una ayuda para la vida espiritual ni para educar una sensibilidad que trabaje por una fraternidad en la que quepan todos. Por otra parte, es claro que en este mundo necesitamos comprar para vivir. Los tiempos del autoconsumo quedan lejos. Pero la vida espiritual y la vida fraterna evangélica se ven afectadas si nos dejamos estructurar los deseos por el afán consumista, queriendo tener todo lo que «hay que» tener, y vivimos con los apetitos continuamente sobreestimulados, en la cresta de la ola del consumo, incapaces de bajar a las profundidades de la vida.

Nosotros no podemos ni queremos salirnos del mundo: Jesús no lo hizo. Como Él, asumimos la condición humana tal como nos es dada hoy; aunque, como Él, también nosotros necesitamos salir de la manada, dejar de ser masa, para vivir lo que queremos vivir. Desconectarse de esas inercias es una magnífica ayuda para la vida espiritual y la vida evangélica: sólo así podremos *usar* esos medios, podremos ser señores de nosotros mismos en el uso de ellos, en lugar de ser meros apéndices de ellos, altavoces de ellos, o terminales de consumo del sistema productivo.

12. Sobre la soledad desarraigada y desolada, tan propia de nuestro mundo individualista, se puede ver, Juan A. GUERRERO, «Encontrar a Dios en una sociedad individualista»: *Sal Terrae* 91 (2003) 283-295.

No conseguiremos sustraernos a esta inercia de la manada mientras no situemos la inercia de la necesidad, que es la que más nos animaliza, en un marco de sentido. Los seres humanos no sólo tenemos necesidades biológicas; también las tenemos culturales y sociales; pero son muy pocas las que son verdaderamente absolutas. Somos naturaleza y persona, estamos sometidos a dos movimientos: necesidad y libertad, apetito y oblatividad; a dos amores: *cupiditas* y *caritas.* La naturaleza crece y se desarrolla absorbiendo, engullendo, acaparando, consumiendo... La persona crece y se desarrolla dándose, saliendo de sí, ofreciéndose oblativamente. Dos dinámicas necesarias y contrapuestas que han de estar ordenadas. Se trata de ordenar el apetito desde la oblatividad, la necesidad desde la libertad; se trata de ordenar nuestros deseos naturales, nuestras pulsiones, nuestras tendencias a absorber... ordenarlas desde el amor, desde la *caritas.*

La inercia de la autonomía autosuficiente. Normalmente, entendemos la autonomía de un modo autosuficiente que nos ancla en nuestra propia voluntad, sin más referencias, nos encierra en nosotros, en lo nuestro, y nos cierra a los otros. Esta autonomía autosuficiente educa nuestros hábitos del corazón y nos cierra el ojo de la piedad, el ojo para las cosas buenas y santas. Ya los antiguos maestros espirituales sospechaban de la voluntad propia y sugerían comenzar por quebrarla[13]. Es lo que permite recuperar la apertura al Otro y a los otros. Es dudar de «mis» valores o «mi» ideología, «mis» teorías, «mis» pensamientos, «mis» juicios, «mis» concepciones de cómo ha de ser todo... Romper esta inercia nos permite volver a ser personas de escucha, personas capaces de ser afectadas y alteradas por Dios y por los otros.

La inercia del pecado y del desorden. La espiritualidad tradicional ha encontrado la raíz del desorden y del pecado en la *filautía*[14], en la amistad (*filía*) hacia uno mismo, o en el amor propio. En el amor de sí que

13. Cf JUAN CASIANO, *Instituciones cenobíticas,* Montecasino, Zamora 2000, pp. 85-86.
14. Irenée HAUSHERR, *Philautie: de la tendresse pour soi à la Charité selon Maxime le Confesseur,* Pont. Institutum Orientalium Studiorum, Roma 1952. La *filautía,* como puede intuirse, tiene mucho que ver con la «autoestima». Hay que decir que ya Aristóteles distinguía una *filautía* buena y una *filautía* mala. Lo mismo pasa con la «autoestima»: hay una que es necesaria para la vida espiritual, y otra que la bloquea e imposibilita. Aunque no es momento de extenderse en ello, la cuestión merece discernimiento.

se opone al amor de Dios. Cuando uno se siente tocado por la gracia, comprende que algo en su vida ha de cambiar. Se produce un encuentro, se enciende una luz que ordena la vida, que hace que unas cosas carezcan de valor y sentido, y que otras los cobren. La ascesis tradicional proponía la «mortificación» y la «penitencia» como formas de ruptura con las inercias del pecado y del desorden y camino hacia la Vida. Adaptadas, siguen siendo necesarias.

La mortificación es como la terapia cristiana. No siempre es necesaria; sólo lo es cuando se está enfermo. Tiene algo de desagradable, como tantas curas y terapias. «Mortificación» tiene que ver con «matar». Y lo que se pretende matar es lo que nos mata, las raíces del pecado y del desorden. En Col 3, Pablo presenta, como fruto de haber resucitado con Cristo, una lista de aspectos a mortificar, a «necrosar», a matar, porque se vive de «las cosas de arriba». Se trata de matar lo que nos deshumaniza, lo que nos quita la vida, lo que acaba separándonos del amor e incapacitándonos para él: los vicios como la avaricia, la lujuria, la ira, la maldad, etc. Sin una buena terapia de este tipo, la fe cristiana estaría por debajo de las sabidurías paganas[15].

La penitencia, es otro instrumento útil en la conversión que, de algún modo, sigue siendo necesario. La penitencia interna –la compunción, el arrepentimiento, el dolor de los pecados, de haber ofendido a Dios, de haber sido infiel en una relación– es la importante. La penitencia externa está en función de ella y busca reeducar los hábitos y los apetitos, de manera que desaparezcan el deseo y el afecto por aquello que nos llevó al pecado. También puede ser una ayuda para cuidar las disposiciones del discernimiento[16]. En la ascesis tradicional, la comida, el ayuno y el dolor corporal tenían un lugar importante. En nuestras sociedades opulentas, donde se da una excesiva atención al propio cuerpo, es frecuente que la dieta conviva con el capricho en la alimentación, y que el esfuerzo físico, incluso el dolor del gimnasio, conviva con la comodonería en el hogar. Parece que la sobriedad, la frugalidad

15. Cf. I. HAUSHERR, «Abnégation, renoncement, mortification»: *Christus* 6 (1959) 182-195. «Abnegación, renuncia y mortificación», en (VV.AA.) *Cuestiones vitales en su perspectiva bíblica,* Colección Renovación. Serie adjunta, México D.F. 1973, pp. 15-19.
16. Sobre el sentido de la penitencia puede verse Santiago ARZUBIALDE, *Ejercicios Espirituales: historia y análisis,* Mensajero/Sal Terrae, Bilbao/Santander 1991, pp. 201-214; y Pascual CEBOLLADA, «Venir al medio. La adicción décima y la ascesis en los Ejercicios»: *Manresa* 69 (1997/2) 131-145.

y la aceptación de las incomodidades de la vida ya son un buen ejercicio de salir de uno y una buena ayuda para crear hábitos ordenados. Salvo algunas situaciones que piden otra cosa, la penitencia hoy se acerca más a tener vida ordenada y a aceptar la rutina y lo cotidiano que a medidas excepcionales –dietas, duros ejercicios físicos, tratamientos médicos extraordinarios, etc.–, de esas que ya se van haciendo ordinarias, para compensar el desorden.

2.2. Situarse en la paz

El igualitarismo y la movilidad social están llenos de posibilidades para todos, pero han sobrevalorado el hecho de «situarse en la vida» generando ansiedad por el status. Hay un modo de «situarse» de miras estrechas que siempre nos deja inseguros y ansiosos, por el temor a no conseguir lo que nos hemos propuesto o a perder lo ya conseguido. Cualquier situación en la vida es inestable. El mundo en movimiento no nos deja en paz, a no ser que lo ensanchemos y nos situemos en él de manera trascendente, mejor fundados que sobre arenas movedizas, y con mejores referencias que el torbellino en que vivimos. Hay cinco palabras rescatadas de la tradición que pueden ayudar a situarnos como seres humanos ante Dios, ante el mundo y ante los otros: «Recogimiento», «fraternidad», «adoración», «humildad» y «pureza de corazón».

– *Recogimiento.* Hace referencia a recoger lo que está vertido o desparramado. Quizá en otro tiempo las personas tenían un contacto inmediato consigo mismos, pero hoy andamos desparramados, descoyuntados, quizá alienados; y una primera tarea consiste en auto-reconocernos y recogernos. A veces, para ello necesitamos reducir nuestras relaciones y conexiones, ordenar ritmos de vida, conversaciones, hábitos del corazón, la atención, el trabajo, etc. Ante todo, el recogimiento significa recuperar el ser. El recogimiento significa ser dueños de nosotros y estar presentes en nosotros mismos; el recogimiento nos abre a una presencia y a la capacidad de donación.
– *Fraternidad.* Otro ejercicio que hoy tampoco es inmediato en la cultura narcisista y en una vida laboral como la nuestra consiste en reconocer al otro como un igual y abrirnos a relaciones recíprocas. Si nos dejamos llevar, tendemos a tratarnos unos a otros como objetos, como recursos. Pero el otro es una persona como yo, sagrada, que no puede ser instrumentalizada.

– *Adoración.* La adoración es la relación natural del hombre con Dios. Adorar es vivir ante Dios reconociéndolo como tal. La adoración es la afirmación y el reconocimiento de que «sólo Dios es Dios», «Él es». La abnegación, el reverso de la misma moneda de la adoración[17], es la apertura a tener una relación del hombre y Dios en la que cada uno es lo que es; es la relación consigo mismo y con la realidad de quien tiene una relación de adoración con el Dios verdadero.

– *Humildad.* Situarse con los pies en el suelo, en la tierra (*humus*), sin pretender estar por encima o ver desde arriba, es aceptar el lugar de seres humanos, ante Dios, en el mundo y entre seres humanos, ni más ni menos. Eso es lo que llamamos «humildad», que de una forma u otra siempre ha sido base de una vida espiritual sana. La humildad es el arte de encontrarse exactamente en el propio lugar. Juan el Bautista y María son los iconos evangélicos de la humildad. La ascesis busca encontrar esta profunda y adecuada conformidad del hombre con su propia verdad. Un fruto de haber experimentado la salvación es encontrar el propio lugar y aceptarlo con humildad.

– *La pureza de corazón.* Los medios de comunicación y las nuevas tecnologías, tan llenos de posibilidades, también se han convertido en *mecanismos de saturación y de colonización del yo* que hacen menos accesible nuestra interioridad y nuestros mismos deseos[18], llenan nuestro ambiente de voces mudas que hablan en nosotros[19], haciendo difícil reconocer cuáles son las palabras, las ideas, las pautas de comportamiento propias, las inducidas desde fuera y la Palabra que desciende de arriba y apela a nuestra libertad. En nuestra cultura es muy fácil vivir con el *yo saturado* y la *interioridad colonizada.* Vamos seducidos, «aceptamos libremente», vamos gobernados desde dentro por otro, por un otro difuso. No tenemos nunca *tiempo* para nada. A veces planeamos el problema del tiempo como «cuestión de organizarse», pues –decimos– «se pueden

17. Cf. I. HAUSHERR, «Abnegación, renuncia, mortificación», *cit.,* pp. 10-11.
18. Cf. Kenneth J. GERGEN, *El yo saturado. Dilemas de la identidad en la vida contemporánea,* Paidós, Barcelona 1992.
19. Cf. Andrés TORNOS, «Voces mudas de la cultura entre los ejercitantes de hoy»: *Manresa* 70 (1998) 129-147.

hacer muchas más cosas de las que creemos...». Pero los problemas con el reparto del tiempo no suelen ser de organización externa, sino de estructuración interna del deseo, pues «la distribución del tiempo es la estructuración del deseo» (J.M. Fernández-Martos). Y la ascesis ha de dirigirnos a las raíces irracionales del alma, hasta la fuente, pura o turbia, de la imaginación y de los deseos, para saber lo que de verdad deseamos.

Es como si viviésemos en una tiranía, sometidos a otra voluntad, pero sin identificar al tirano y con sensación de libertad. Los dos modos tradicionales de encontrar identidad no son posibles en la cultura que nos hace vivir saturados y colonizados: ¿Cómo elaborar mi proyecto en una cultura llena de «lo que hay que hacer», «lo que hay que tener»..., si se nos ofrecen todas las posibilidades de satisfacer nuestros proyectos y se nos vende qué debemos desear? ¿Cómo acceder al deseo que alberga el fondo de mi ser si, cuando buceo en mí mismo, sólo encuentro eslóganes sembrados por otros? El deseo es inducido.

Para llegar a nuestro deseo profundo, en el que Dios se nos manifiesta, hemos de hacer limpieza en el interior para poder sentir y acoger una llamada, para reconocer los movimientos del Espíritu y dejarnos conducir por ellos. Esto es lo que en la espiritualidad tradicional se ha llamado «pureza de corazón», y respondía a la bienaventuranza «dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». Se concebía el corazón como un «pozo fangoso»[20] en el que estaba mezclada el agua pura con el lodo, del que había que ir sacando agua turbia incesantemente. Al principio salía puro barro, pero poco a poco, a fuerza de sacar, el pozo se purificaba, y el agua se aclaraba. La pureza de corazón sigue siendo necesaria para ver a Dios, escucharlo y acoger su llamada; o, dicho en términos existenciales, para aceptarnos en nuestra realidad, recuperar nuestra verdadera identidad y hacer lo que hemos de hacer.

20. Sobre la pureza de corazón, cf. Louis DE LALLEMANT, *Doctrina espiritual,* I, Grupo de Editoriales Católicas, Buenos Aires 1945, pp. 147-202, aquí 148. Hay unas preciosas páginas sobre la pureza del corazón y la adoración en el bello librito de Éloi LECLERC, *Sabiduría de un pobre,* Marova, Madrid 2003, pp. 113.128-131. Cf. también Thomas, MERTON, *Nuevas semillas de contemplación,* Sal Terrae, Santander 2003, pp. 101-105.

2.3. Caminar en el bien

Recuperar un diálogo interior. La ascesis como medio de discernimiento va encaminada a que podamos ser liberados y dirigidos por la voluntad de Dios. De distintos modos se ha dicho que estamos afectados y alterados por todo lo que nos rodea, que produce resonancias en nosotros[21]. Ignacio de Loyola, recogiendo a su modo la tradición, habla de tres pensamientos en el ser humano: «uno propio mío, que sale de mi propio querer y voluntad, y otros dos que vienen de fuera: el uno que viene del buen espíritu y el otro del malo»[22]. Este esquematismo permite subrayar la confrontación histórica del Reino – avance histórico del Reino frente a resistencia histórica al Reino– que se produce en el interior del propio sujeto. Mi libertad y querer ha de acoger unas resonancias y rechazar otras[23].

No es evidente que en las actuales condiciones podamos acceder a esa diversidad interior elemental de que nos habla san Ignacio. El fruto de la ascesis, en cuanto salir de Egipto, es recuperar el diálogo con nuestra interioridad y poder estar ante Dios. Al «romper con las inercias que nos llevan» y «situarnos», trabajamos para poder recibir el don, nos disponemos para que Dios disponga, recuperamos nuestra humanidad y volvemos a ser sujetos espirituales. Pero queda la difícil tarea de caminar en el bien, habitar la tierra prometida, cuidar el don cuando se nos da. Hay que agradecer al desarrollo de la técnica unas nuevas posibilidades de hacer el bien, de multiplicarlo o de que llegue más lejos y a más gente: la informática, las comunicaciones, el transporte, etc., pueden ayudar; pero sigue siendo necesario un trabajo interior para que no se pervierta el don. Grandes hombres que han sido maestros en la liberación del mal, por sucumbir a ilusiones de bienes aparentes, se han equivocado en la segunda parte del recorrido, en el caminar en el bien.

Enfrentar la realidad: la encarnación del don. Si la primera tentación apunta a no recibir el don; la segunda, una vez recibido, es pervertirlo. Los dones que recibimos de Dios son para el bien nuestro y/o de los

21. Dante hablaba de tres compañeros del juego divino: Dios, el hombre y Satán; los Padres del desierto precisaban la acción de tres voluntades: la de Dios, la del hombre y la demoníaca, con fines distintos. Siempre se trata de encontrar la voluntad de Dios y unir a ella la propia (cf. P. EVDOKIMOV, *op. cit.,* pp. 69-70).
22. *Ejercicios Espirituales* n. [32].
23. Cf. Andrés TORNOS, «Dimensiones espirituales de la desolación espiritual»: *Manresa* 75(2003) 377-388, aquí, pp. 382-383.

otros. La Palabra personal que ha sido dicha en nuestra vida no es nuestra; es para ser acogida y cumplida y, como todos los dones espirituales, pide encarnación. Para ello no tenemos más modelo y guía que la encarnación de Dios en Jesucristo. La experiencia de lo inefable ha de convertirse en palabras y en obras. En el camino nos asaltan varias tentaciones que pueden dar lugar a malos aterrizajes del don: la tentación que podemos llamar *gnóstica* consiste en creer que, porque ya sabemos la teoría y tenemos buenas formulaciones, ya vivimos lo que decimos. Tal tentación puede llevar a mantenerse en un absolutismo doctrinario, fanático o idealista, sin aterrizar nunca en la práctica; por eso hay que sospechar de algunas «consolaciones espirituales» que nunca se hacen carne y vida cotidiana, y siempre nos mantienen en el terreno de lo ideal. Otra tentación es la del *fariseísmo,* que lleva a vivir de conductas de fachada, pero que impide el arraigo de las virtudes en el fondo de la persona. Una tercera tentación, que podríamos llamar *cínica,* consiste en desplomarse sobre la realidad plana o ante el realismo de la mayoría; capitular, hacerse planamente mundanos. Las tres tienen en común que no han tenido la valentía de confrontar el don recibido con la realidad: en la primera se queda en el conocimiento y en las propias ensoñaciones; en la segunda, en las apariencias; y en la tercera, renuncia a ser realizado. Ha faltado el coraje de pasar por la prueba de la realidad. La salida en positivo que se busca es fortalecer un carácter en que el pensar, el sentir y el querer vivan conectados con el núcleo espiritual de la persona, en que la relación con Dios se haga efectiva y se encarne en una vida cotidiana de entrega y servicio.

El don de Dios ha de hacerse presente en el espacio y en el tiempo. Pero, como vemos, la realidad siempre plantea resistencias. Ante ellas, es fácil que brote, bajo apariencia de bien, el deseo de cambiar de lugar o quejarnos del momento que nos toca vivir, añorando un pasado o soñando un futuro ideales. Cuando ya tenemos unos años (no hacen falta demasiados) y un mínimo hábito de examen, descubrimos que hemos ido hacia varios futuros en nuestra vida sin llegar jamás a ninguno, y comenzamos a encontrar nuestra patria en el presente, y el lugar de la salvación en el aquí y el ahora, en la realidad que nos toca vivir y el momento histórico que nos ha sido dado. El ejercicio ascético es aceptar el lugar y el tiempo en que nos toca vivir, arriesgar a equivocarse y dejarse conducir por el Espíritu para hacer aterrizar el don de lo alto en la realidad imperfecta y pedestre de aquí y ahora.

Otra pauta para la encarnación del don sin que se pervierta su sentido es doble: por una parte, conformarnos con «los mandamientos y

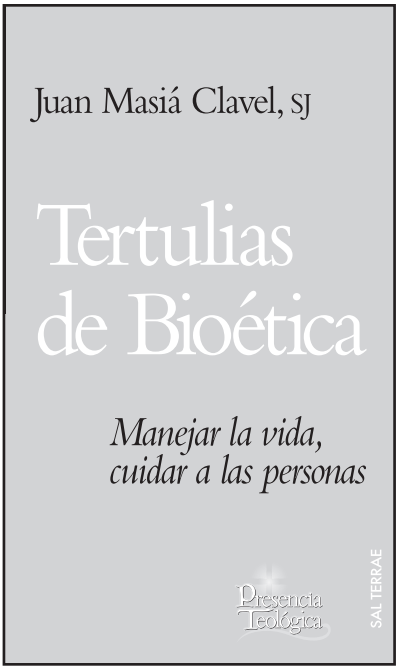
preceptos de la Iglesia y la obediencia a nuestros mayores» y, por otra, atender más al «sujeto de los otros» que a «los propios deseos». Este corolario de la fe en la encarnación es el criterio que proponía Ignacio de Loyola en una carta a una religiosa, hablando del sentido de la experiencia inefable de Dios[24]. No se trata de someter a un criterio externo –la Iglesia– lo que es inmediato de Dios. La Iglesia no es criterio externo de discernimiento, sino interno. Hay una razón teológica para vincular Iglesia y experiencia: «porque el mismo espíritu divino es en todo», porque el Espíritu que guía la experiencia es el mismo que guía la Iglesia. Esta doble fidelidad, a la Iglesia y a los otros, en especial a los pobres, no tiene por qué ser fácil; puede llegar a ser dolorosa y crucificante. Monseñor Romero es un precioso ejemplo. Por no renunciar a la lealtad a la Iglesia ni a los pobres, tuvo que padecer la cruz de la fidelidad al don recibido y, luego, el martirio[25].

Perseverancia. En la vida espiritual y en el camino del bien, desde los comienzos, estamos sometidos a zozobras que se producen de vez en cuando y suelen venir acompañadas de un deseo feroz de abandonarlo todo. Mayores zozobras cuanto mayores y más numerosas sean las atracciones a que estamos sometidos y cuantas menos raíces tengamos en la vida que hemos elegido y en Aquel que nos ha llamado a ella. También hay a veces una aparente calma chicha que nos induce una falsa confianza en nosotros mismos, debilitándonos para cuando llega la zozobra. La permanencia es aquí una forma de ascesis. Permanecer en la Presencia y en la oración cuando es de noche y hace frío; mantener la atención en los largos períodos de calma en los que parece que no pasa nada; confiar en la experiencia de otros cuando uno está ciego; tener paciencia y esperar; no hacer mudanza cuando nos visita la desolación...: todo ello también es ascesis. Vivir el hoy en el hoy –presente continuo–, siempre en presente, sin hacer cálculos sobre el mañana ni resolver cuentas con el ayer. Cuidar el amor. Abandonarse. Entregarse cuando hay luces, y en medio de las sombras. No dejarse comer por los fantasmas y los miedos, no absolutizar lo que pasa por dentro en un momento dado. Escuchar, fiarse y seguir caminando.

24. Cf. Ignacio DE LOYOLA, «Carta a Teresa Rejadell, de 18 de junio de 1536» en *Obras de San Ignacio de Loyola,* BAC, Madrid 1997[6], p. 733, n [8].
25. Cf. Douglas MARCOUILLER, *El sentir con la Iglesia de Monseñor Romero,* Sal Terrae, Santander 2004.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

JUAN MASIÁ, SJ
Tertulias de Bioética.
Manejar la vida, cuidar a las personas
272 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 16,00 €

He aquí el fruto de unas «tertulias» en las que se han pensado en común cuestiones éticas en torno a la vida. El autor, coordinador de las tertulias, ha reunido materiales que puedan servir de referencia en reuniones semejantes, respondiendo a preguntas que están en la calle y en los medios. Para deshacer malentendidos y evitar extremismos, se hace una lectura crítica de las recomendaciones y documentos del magisterio eclesiástico sobre temas de bioética: ¿cómo se conjugan las creencias con el disentimiento razonable y responsable dentro del mismo grupo de quienes las comparten?

ST 93 (2005) 805-815

Pedro Arrupe inspira la búsqueda e intimidad con Dios

Jesús RENAU, SJ*

Como punto de partida, vamos a recordar una fotografía de Pedro Arrupe en oración, y unas palabras que él mismo pronunció en la 83 Jornada Católica de Trier (Tréveris) el 10 se Septiembre de 1970.

Muchos recordarán aquella fotografía, tomada desde fuera de una ventana interior, en la que se ve al P. Arrupe en postura *zen,* las manos sobre las rodillas, los ojos cerrados, la cabeza algo inclinada hacia abajo; junto a él, sus zapatos; y una cortina blanca al lado de la ventana, por la que entra la luz.

Las palabras pronunciadas en aquel importante encuentro de la Iglesia católica alemana en Trier son éstas:

> «En mi habitación tengo una fotografía de la tierra tomada durante un vuelo espacial. Me la ha regalado el astronauta Jim Lovell. Tiene una increíble nitidez de contornos y me recuerda a menudo que necesitamos ambas cosas. Necesitamos una visión clara de los problemas locales, y necesitamos asimismo encuadrar estos problemas en una visión universal»[1].

Arrupe en oración según la postura zen. Arrupe mirando la foto de la tierra que le regaló un astronauta. El asceta y el místico, el local y universal. El hombre de Dios enraizado en nuestro mundo. Entramos de lleno en nuestro tema.

¿Es Arrupe una inspiración, un modelo, un icono... para nuestra misión en pleno siglo XXI?

---

* Consiliario del Casal «Loiola» de Barcelona y director espiritual del Seminari Interdiocesà de Cataluña. Barcelona.

1. P. ARRUPE, *La iglesia de hoy y del futuro,* Mensajero/Sal Terrae, Bilbao/Santander 1982. p.. 35.

1. Los caminos del Espíritu

Hace ya bastantes años que va en aumento en nuestras latitudes la búsqueda de espiritualidad. Es un factor al alza. Tiene sus características, y en gran parte se debe a las heridas y vacíos que produce el sistema económico y social que domina y controla la cultura de Occidente.

Esta búsqueda la hallamos, sobre todo, en la etapa de la vida que podríamos llamar «segunda juventud». Entre los 25 y los 40 años, cuando se da el encuentro real con la vida laboral, profesional o académica; cuando empieza a cristalizar, o a entrar en crisis, la pareja, la familia, y vienen los hijos a este mundo; cuando se experimenta que ya todo puede ser más de lo mismo, y este «lo mismo» es capaz de entretener, aparcar y dar goces rápidamente transitorios, pero deja el corazón humano a medio camino y partido de nostalgia de sentido. «¿Mi vida va a ser esto? ¿Adónde va todo el tinglado social y económico? ¿Cómo quedan el tercer y el cuarto mundos? ¿Existe una nueva forma de sentir, hay algo que nos transciende?».

Eduardo Martín Clemens, comentando los análisis de Arrupe acerca del ateísmo práctico, propone estas causas: falta de interioridad; la actitud ante el dolor y la muerte; el vértigo de la acción; el paraíso en la tierra y el hedonismo[2].

Tomando como base estos acertados conceptos, planteamos el testimonio de Arrupe como una persona profundamente interior, con un gran corazón de bondad y misericordia, en especial frente al dolor y la muerte; con gran capacidad de acción integrada en lo contemplativo; y profundamente enraizado en el mundo actual, con una exigente austeridad. No hay duda de que todos cuantos le hemos tratado entendemos que debajo de estas realidades tan propias de Arrupe existe un mensaje profético y místico de absoluta actualidad.

Interioridad

La búsqueda espiritual exige ahondar en la propia interioridad. Es una condición general de todas las grandes tradiciones religiosas. Basta hojear la gran cantidad de libros que cada año aparecen sobre este tema para darse cuenta de que sin él no es posible sumergirse en la realidad

2. Eduardo MARTÍN, *Testigo creíble de la justicia: Pedro Arrupe,* Paulinas 1989, p. 45.

de la vida personal. Existe una gran hambre de sentido, de llenar los vacíos interiores. El 22 de Agosto de 1980, en Colonia, afirmaba Arrupe:

> «El hombre tiene hambre de algo absoluto, que dé sentido a su vida. Recuerdo la frase ya lejana de un joven japonés no cristiano a quien estaba yo hablando de Dios: *"Ya decía yo que había de haber algo así..."* ¿No será esta intuición, este presentimiento, un ansia inconfesada, pero vivamente sentida, de los hombres y mujeres de nuestro tiempo?»[3].

La historia posterior está confirmando esta sospecha.

Todo ser humano tiene algún nivel de interioridad, muchas veces sofocado por el ritmo de vida y la atracción casi insuperable de los reclamos de una fruición inmediatista que haga olvidar las tensiones del momento, para volver a ellas rápidamente. El proceso hacia el interior es hoy más necesario que nunca, porque lo más fundamental de la vida se vive en el interior de la persona. Este proceso conlleva necesariamente no pocos elementos ascéticos que van dando paso a aquella armonía y serenidad del propio yo, que toma conciencia de la vida. Un yo que no se identifica con la mente, ni con las emociones, ni con las responsabilidades y relaciones, ni menos aún con los temores. Va emergiendo en la conciencia como el verdadero sujeto. Este proceso se realiza mediante un largo trabajo de sosiego personal. Es aquel sosiego del que habla San Juan de la Cruz para salir de noche hacia la aventura del amor divino[4].

Misericordia y bondad

Misericordia y bondad frente al dolor y la muerte. Si volvemos a la referencia de Arrupe, como signo para el atormentado de hoy, nos hallamos con un hombre profundamente sensible ante el sufrimiento humano. También curtido por el mismo. Dejando aparte los estudios de medicina, fue la experiencia de la bomba atómica lo que le conmovió hasta la más íntima profundidad de su espíritu. Estando en Bogotá en 1950, cinco años después de haber vivido la explosión de la primera bomba atómica, vio la película «Hiroshima», y así es como cuenta su reacción:

---

3. P. Arrupe, *op. cit.,* pp. 110-111.
4. *Subida al Monte Carmelo,* Libro Primero, 1.

> «En hora y media, se me presentó delante de la pantalla cuanto de espeluznante y trágico viví durante varios meses. Mis ojos comenzaron a protegerme nublándose con una cortina de lágrimas; no pude resistir, me levanté de la butaca: ¡era demasiado para mí! Lo que pasé en Hiroshima en seis meses, en la realidad cotidiana dosificada minuto a minuto, ¡fue una dosis demasiado concentrada para revivirla en una hora! ¡Agonía humillante! Lo que aguanté en la realidad vivida me venció en la falsedad del celuloide. Mis nervios, que yo había considerado como de acero, ¡se fundieron ante la descarga emocional!»[5].

Arrupe fue un hombre profundamente sensible a toda realidad humana. Desde los presos de las cárceles norteamericanas hasta el hambre en el mundo, pasando por la ruptura emocional de la bomba atómica, la miseria de los suburbios y la explotación de los insignificantes. Todo ha encontrado resonancia en su corazón. Se dejaba impactar, era vulnerable. Las heridas encontraban en la oración, en el diálogo, en su profundo afecto al Corazón de Cristo, aquel espacio de fortaleza, consuelo, luz y renovación absolutamente necesario para no sucumbir frente al desaliento que provoca el mal del mundo. Más aún, su optimismo renacía una y otra vez desde la profundidad del silencio en amor, para volcarse siempre con nuevas iniciativas y responder con humildad y fe a los golpes que recibió de la misma Iglesia.

Éstos son también nuestros retos: dejarnos impactar por tanto mal de unos humanos contra otros, no desalentarnos, y refugiarnos en la trinchera del que no quiere enterarse, para mantener un *status quo* subjetivista, y reaccionar con el optimismo pascual, para vivir hora a hora la posibilidad única que nos ofrece el presente para que algo, por pequeño que sea, responda a la luz del Reino de Dios. La abundante y repetitiva información llega a saturar la respuesta afectiva. Nadie, pues, pondrá en duda la urgente necesidad actual de una vida ascética en la que sea nuestra voluntad, guiada por el Espíritu, la que decida sobre el cómo y el cuándo usaremos esta información, y sobre el cómo y el cuándo deberemos ir al silencio interior para amasar en el Señor la única respuesta válida, la respuesta de un amor que quiere ser inteligente en sus análisis y opciones y eficaz, humildemente eficaz, en su acción.

5. P. ARRUPE, *op. cit.,* p. 22.

Capacidad de acción

Impacto emocional y acción se corresponden. Quedarse quieto, con las manos cruzadas, si el corazón vibra por la gente, protesta ante la injusticia y se mueve en misericordia, es propio de las personas que han sucumbido al pesimismo y se han cerrado a los milímetros de un hábitat al margen de la vida real. La reacción lógica y afectiva ante el mal es la capacidad de acción. Una acción discernida, comunitaria, conectada, revisada y renovada. Una acción que es como el segundo momento de la misma moción interior, inseparable de ella; la cara de una cruz que nos impacta hasta lo más hondo.

Esta capacidad de acción supone una notable ascesis. Planificar para no ir asestando golpes al aire; trabajar con los demás; saber aceptar los intentos aparentemente fallidos; volver a empezar tantas veces cuantas sean necesarias; revisar humildemente; renovarse; sentir con la Iglesia; estar abiertos a todo lo positivo, venga de donde venga, etcétera. ¿Cómo podrá hacerse sin un control personal sin aquellas virtudes sólidas tradicionales, sin renovarse en la oración y en los sacramentos y sin una auténtica vida comunitaria? La virtud de la acción apostólica exige mucha renuncia, mucha paciencia, mucha humildad y un horizonte de amor incombustible, con la gracia de Dios.

El Padre Arrupe fue un auténtico maestro de la acción apostólica. Ante todo, por el testimonio de su propia vida. En el hacer y en cómo hacerlo manifestaba un celo imaginativo, optimista, animado y constante. Escuchaba atentamente, reflexionaba, decidía, y su acción era un verdadero motor de renovación, de puesta a punto de planes y de su revisión continuada. Todos los sectores de la Compañía de Jesús le deben mucho, y para la Iglesia fue un auténtico modelo de profeta inspirador de iniciativas, muchas de las cuales perduran y han crecido de forma muy significativa. Todo, también, con su cruz: la dificultad, cuando no la misma contradicción. Así pasa, ha pasado y pasará, en la misión del Señor.

Una de las mejores manifestaciones de esta virtud de la acción apostólica y evangelizadora, a nuestro entender, la podemos hallar en el discurso que pronunció Arrupe el día 5 de Octubre de 1978, al final de una reunión internacional de jesuitas (Congregación de Procuradores) en Roma[6]. Después de constatar le lentitud y las dificultades con

6. P. ARRUPE, *La identidad del jesuita en nuestros tiempos,* Sal Terrae, Santander 1981, pp. 371-390.

que aplicaba la Compañía de Jesús los decretos de la Congregación General 32, pasaba revista a aquellas prioridades apostólicas que, según la visión de San Ignacio, ayudan a discernir lo que hay que hacer, los apostolados que hay que potenciar y los que hay que ir abandonando. Reflexiones amasadas en una profunda visión de la realidad; reflexiones sinceras, propias de un dirigente consciente de su responsabilidad, llenas de espiritualidad y fundamentadas en la total confianza en el Señor. Un verdadero programa apostólico:

> «El programa que he desarrollado ante vosotros es nuestra respuesta al desafío del mundo. Pero a un desafío no se puede acudir sin ganas o sin combatividad, sino con ardor. Y nada tan opuesto a ello como el desánimo, la apatía o la falta de fe en el futuro que puede advertirse en algunos jesuitas. Esto frena la vitalidad de la Compañía y le impide lanzarse a fondo a la ingente tarea que tiene por delante»[7].

Gozosa austeridad

Todos los indicadores de futuro nos van mostrando que necesariamente en el primer mundo hemos de ir entrando en una cultura de la austeridad, si de veras queremos que los niveles elementales de vida del tercer y el cuarto mundo sean humanamente sostenibles. Esto ya es patente en temas como el uso del agua, la destrucción de muchas especies, las nuevas enfermedades y la degradación de la naturaleza por culpa de una superproducción poco controlada de los recursos. La realidad va mostrando que la austeridad no sólo es una virtud, sino una cultura. Aquella cultura de un uso inteligente de los recursos y medios para que la solidaridad, la igualdad de oportunidades y la justicia vayan siendo realidades en nuestro mundo. Será muy difícil que el confort actual y la gran cantidad de medios de todo tipo que nos ofrece el consumo frenético puedan ser controlados en aras al bien común. Y, con todo, hemos de hacer de la virtud necesidad.

Volviendo al P. Arrupe, su austeridad personal era notable. Los que lo conocieron de cerca son testigos de ella. En su tiempo ya se hablaba de la ecología, pero no en los actuales términos, y menos aún con la urgencia de nuestro momento. Como en otras cuestiones, lo que entonces se barruntaba como un desafío a tener presente a la hora de to-

7. *Ibid.,* p. 387.

mar decisiones, hoy es una especie de cáncer que corroe nuestro planeta, y ya no podemos esperar por más tiempo sin hipotecar la vida misma.

Cada año, los superiores y directores responsables de las instituciones y fundaciones de la Compañía de Jesús están obligados a escribir una carta personal al P. General sobre la marcha de los centros y las comunidades. Son las «cartas de oficio». Muchas veces, el P. General hace algunas preguntas sobre algún tema importante para el buen gobierno. Las respuestas llegadas de todo el mundo pueden transmitirle el sentir general sobre una cuestión determinada. En 1973, el P. Arrupe preguntó sobre «la sencillez y austeridad de nuestras vidas». Recibió una información confidencial sobre el tema, en la que se mostraba una profunda preocupación y cierta desorientación, en especial por parte de aquellos centros que sentían la necesidad de ponerse al día en los medios modernos tecnológicos para poder realizar debidamente su labor. De todo ello habló el P. Arrupe repetidas veces en discursos, cartas y respuestas a las por él recibidas. Se trata de una documentación muy amplia y rica, que mantiene hoy todo su interés, ya que sigue abierto el tema también en la actualidad.

Como en otras cuestiones, Arrupe va al fondo de la cuestión y evita la casuística. Para él, la sencillez de vida encuentra su raíz e inspiración en la *kénosis* de Cristo[8]. La comunión y participación en el Señor y en su misión nos ofrece el paradigma espiritual de la sencillez, la austeridad, la pobreza misma. Su abajamiento hasta la muerte en cruz no sólo es modelo a imitar, sino invitación a participar en la misma misión. Lo cual no es sino decir con otras palabras aquello de los Ejercicios del «seguimiento de Cristo pobre y humilde». Marcando Arrupe este recurso espiritual, lo presenta como el medio eficaz para ir resolviendo los nuevos problemas que nos plantea el apostolado actual. Hay que evitar dos extremos: una pobreza imposible para el jesuita actual, porque son otros los tiempos, y una pobreza radical únicamente fundamentada en la razón sociológica. La primera deprime al espíritu, se instala en el confort y se justifica falsamente; además, como ya indicó San Ignacio, arruina la vida religiosa. La segunda crea un cierto elitismo de clase, con el peligro del orgullo, la crítica injusta y el desasosiego permanente. Por tanto, Arrupe propone la espiritualidad como fundamento, base de discernimiento y motor de la austeridad y la sen-

8. *Ibid.,* p. 166.

cillez de vida. Más allá de los análisis y de la necesaria inserción, se halla el Señor que nos llama desde lo hondo a tomar parte en esta misión liberadora, y hacerlo procurando realizarla de la misma forma en que Él la realiza.

2. Toda una vida en Dios

La mayor parte de los analistas acerca del momento actual que vive la Iglesia y de su posible futuro positivo suelen recalcar que es en el campo de la espiritualidad, y más concretamente de la relación y experiencia con el Señor, donde se juega la partida decisiva. Esta relación es lo que da veracidad a la evangelización, naturalidad a la fe, libertad frente a la injusticia y la explotación, y constancia confiada ante los desafíos del momento. Sin ella damos la impresión de algo superado, de un pasado importante y criticable, pero huérfano de validez para los cambios que estamos viviendo y los que están por venir.

Dios se comunica. Dios quiere comunicarse más y más. El problema real somos nosotros. Vivimos en una tensión constante que invade el presente y nos va imponiendo, de forma un tanto desestabilizadora, los hechos y emociones del pasado y las amenazas e infinitas posibilidades del futuro. Y lo único real que tenemos entre manos es este presente invadido. ¿Qué es la vida humana, sino un constante presente? Y, con todo, la mente, a modo de virus negativo, sin permiso alguno, entra en este presente y quiere volver a imponer las emociones, luchas y vivencias del pasado, o los miedos y dudas del futuro. Por tanto, es necesario el trabajo ascético que nos ayude a tener control sobre nuestro presente, en el que Dios vive en nosotros como Palabra, como Amor, como Salvación. Dicho llanamente: como norma general, nacida de la observación práctica, el trabajo ascético abre la posibilidad a aquella unión, gracia toda ella de Dios, que calificamos de «mística». En palabras del propio Arrupe,

> «...el mundo se seculariza. La Compañía acepta este hecho. Más aún, saca las consecuencias de él, a fin de adaptar su género de vida y sus formas de apostolado; y está dispuesta a hacerlo mucho más todavía. Pero se impone una condición: que nuestro encuentro personal con Dios dé a nuestra vida su sello de absoluto, de exigencia radical, de respuesta incondicional.
>
> Este encuentro con Dios adopta, naturalmente, muchas formas, según los carismas y temperamentos. Pero siempre será una

adhesión a Cristo, un descubrir por Él el amor al Padre, una disponibilidad permanente a dejarse guiar por el Espíritu»[9].

Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo

El carisma ignaciano es profundamente trinitario. No por devoción especial, sino por la naturaleza misma de la relación con Dios. Éste es nuestro Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Llegamos a saberlo. no por especulación, análisis o definición recibida por el mismo Dios, sino por la misión que Dios ha realizado y sigue realizando en el mundo. Es la misión salvadora, la economía de la gracia y la liberación integral, la que nos da a entender el misterio de Dios. La acción desvela el ser.

Pedro Arrupe vivió una espiritualidad profundamente trinitaria. Es lo propio de los místicos. Después del camino, al ir llegando a las estancias esenciales, Dios se va revelando tal como es, en comunidad de personas. Ya decía el P. Jerónimo Nadal, hablando del carisma ignaciano, que el don de conocer la Trinidad no era peculiar de San Ignacio, sino que desde él era dado también a toda la Compañía[10].

El 8 de Febrero de 1980, Arrupe dio una conferencia en el Centro Ignaciano de Espiritualidad de Roma sobre «Inspiración Trinitaria del carisma ignaciano». Se trata de un verdadero tratado magistral sobre el tema, en el que va analizando las etapas que van desde la ilustración iluminativa que tuvo Ignacio junto al río Cardoner hasta la visión de La Storta, pasando por el largo proceso de formación personal, apostolado e iniciación de la Compañía de Jesús. Comentemos dos párrafos de esta conferencia que, a nuestro entender, muestran la cualidad y la significación de Arrupe y que encierran un mensaje importante para la Iglesia actual.

Si a veces puede existir un cierto tópico de que la vida de oración, y más aún el don místico, separa de la realidad de este mundo al abrir unos nuevos horizontes más allá de lo material, el primer texto de Arrupe no sólo contradice este tópico, sino que utiliza la terminología más avanzada de la inserción para hablar de la gracia interior:

> «Como la inserción de servicio en el mundo vigoriza nuestro celo apostólico, porque nos da a conocer las realidades y necesidades en que se opera la redención y santificación de los hermanos,

9. *Ibid.,* p. 278.
10. *Ibid.,* p. 433.

así una penetración en el significado que la Trinidad tiene en la gestación de nuestro carisma nos proporciona una participación vivencial de esa misma vida divina, que es conocimiento y amor y da al celo apostólico impulso en el rumbo cierto. Más aún: a nivel de realidades terrenas, la experiencia confirma y, a lo más, profundiza el conocimiento; pero a nivel de contemplación espiritual, el conocimiento vivo de Dios es ya participación y gozo»[11].

La inserción, de la que tanto se ha hablado y se sigue hablado (más quizá que practicado) es un elemento esencial en este camino del conocimiento de la realidad que va unido al conocimiento de Dios, no por simple simbolismo de encarnación, sino por la misma participación de la Encarnación del Verbo. Por eso este conocimiento, utilísimo para la misión apostólica que quiera llegar al fondo, nos abre al gozo de la comunión con la Trinidad.

La inserción nos ayuda también a profundizar en nuestra humildad personal y comunitaria. Nos sitúa en el horizonte de los pobres, de los insignificantes para la sociedad, y «nos pone con» el Jesús pobre y humilde, tal como lo contemplan los Ejercicios Espirituales. En la oración final que Arrupe pronunció al término de la conferencia, hablaba de esta humildad, que nos ayuda a ahondar en la profundidad de nuestro corazón, donde reside la presencia del Dios que nos ama:

«Cuanto más siento tu grandeza inaccesible, tanto más siento mi pequeñez y mi nada; pero al ahondar más y más en el abismo de esta nada, te encuentro en el fondo mismo de mi ser, *intimior intimo meo,* amándome, creándome para que no me reduzca a la nada, trabajando por mí, conmigo, en una comunión misteriosa de amor»[12].

3. Reflexiones finales

a) Pedro Arrupe ha sido y sigue siendo, para muchísimos cristianos y no cristianos, un hombre modélico, actual, un maestro de vida y de acción, a través del cual Dios ha hablado a la Iglesia y a nuestra sociedad.

11. *Ibid.,* pp. 432-433.
12. *Ibid.,* p. 433.

b) Su vida no fue fácil, Vivió momentos cruciales de la historia del siglo XX y, con todo, nunca se mostró como quien estuviera «de vuelta de todo», como una persona pesimista y carente de esperanza.

c) Entre otros signos que podemos recoger de su personalidad y de su forma de ser y actuar, señalamos como muy oportunos para nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, los siguientes: especial atención a la formación de una verdadera intimidad espiritual, en la que se dé un profundo sentido de misericordia; simpatía y apertura a los demás, que nos lleven a la acción en el gozo y el optimismo de la esperanza.

d) Esto supone un trabajo personal y comunitario que es, a la vez, don del Espíritu y ascesis actualizada. Arrupe fue un modelo de ascética por su constancia, desprendimiento, generosidad, entrega del tiempo personal, adaptación y capacidad de escucha y de decisión.

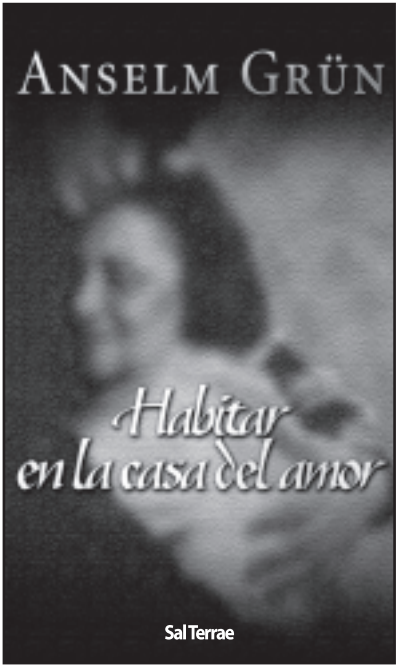
e) A la par, se recibe el don de Dios, que se manifiesta desde la humildad en lo profundo de la persona, en aquel espacio aparentemente de nada, pero realmente lleno con la presencia de Aquel que nos ha llamado a la vida, nos sostiene en ella, nos quiere y nos alienta, nos une en el Misterio para seguir siendo hijos en el Hijo por obra del Amor, Espíritu Santo.

f) Arrupe recibió con creces este don místico durante su vida activa, y posiblemente mucho más en el silencio de los años finales, cuando ofrecía su ser al Señor. Las pruebas de todo orden que tuvo que padecer, incluso por parte de aquellos a los que obedecía en verdadera comunión, fortalecieron esta relación de amor con el signo del gozo permanente en medio de la cruz.

g) En estos momentos históricos nos hace bien recibir este testimonio y tratar de interiorizarlo como una auténtica vivencia evangélica y una llamada al seguimiento de Cristo. Entendemos que, por nuestra parte, el Espíritu nos mueve a descubrir una nueva ascética, centrada en la solidaridad, la justicia, el don de sí mismo y la valoración de la diversidad. Camino y proceso a veces trabajoso, que ciertamente nos abre a la gracia ofrecida de una mayor intimidad y un conocimiento sentido de ese Dios cercano e íntimo, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

ANSELM GRÜN
Habitar en la casa del amor
136 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 10,00 €

Entre el amor como sexualidad y el amor salvífico de Dios parece haber una distancia infinita. Ahora bien, Anselm Grün muestra que ambos están íntimamente unidos: el anhelo de amor se colma en la experiencia del amor de Dios, y las heridas que la vida inflige se curan, a la postre, en virtud del amor de Dios. «Si sientes en ti este amor, puedes estar seguro de que estás en Dios, de que estás iniciado en el mayor misterio de Dios, en el misterio de su amor». No dudamos en calificar el presente libro como obra de referencia sobre este tema.

ST 93 (2005) 817-828

«Hay mayor alegría en dar que en recibir» (Hch 20,35). Caminos de ayudar a los demás

José Francisco ARRONDO VÁZQUEZ, SJ*.

Ofrezco tres pequeñas historias de vida. Cada una ha sido atravesada por la Gracia. Son ejemplos de cómo se puede vivir. Sus protagonistas no sienten que hayan hecho ni que hagan nada especial. Hacen lo que creen que deben hacer. Reconocen que bastante de lo que hacen les surge con sencillez y confianza; también se han esforzado mucho y han integrado la abnegación por el Señor. Aunque a nosotros nos parezca que tienen un gran porcentaje de heroísmo, ellos no lo creen así.

Cuando reconocen las dificultades y los sufrimientos cotidianos, en algunos momentos tremendamente duros y espesos, no se quejan ante el Creador, sino que ruegan la fe –que es acción– y lo esperan todo de Él. Viven de una confianza que ponen cada día, de comienzo en comienzo, al principio de todas las cosas.

Voy a desgranar brevemente algunos pocos detalles de sus historias, para concluir con unas sugerencias y aprendizajes. Puede ser conmovedor intuir lo que hay por debajo, y al fondo, de cada historia. Para ellos es sencillo: Dios mismo, que les ha hecho así, les ha acompañado siempre –aun cuando ellos no lo creían ni palpaban– y les ha concedido darse; ellos no calculaban darse, y se nos dan.

* Jesuita. Responsable del postnoviciado. Salamanca.

«Poco a poco, descubre que ha sido creado
para ser habitado por otro distinto de él.
En este estar habitado está su renacer diario»
(HNO. ROGER DE TAIZÉ)

- 1 -

Este primer testigo era sacerdote del clero diocesano. Había decidido vivir con quienes recogían todo tipo de basuras. Durante más de veinte años, en un «barrio» muy marginal del noreste de la ciudad, fue entregándose y desviviéndose. Eligió para vivir una especie de chabola, de las muchas de aquella zona, llamada «bolsa de pobreza»; dentro de ella, lo más mínimo, menos que lo imprescindible.

A muy pocas calles, los jesuitas habíamos puesto el noviciado. Eran los años 1979 y 1980. Ya habíamos contactado con el sacerdote, y empezamos una colaboración sencilla y pequeña en alfabetización de adultos y cuidado de niños. Él estaba muy agradecido por nuestro apoyo (tan limitado). Poco a poco, creció la amistad. Algunos de la comunidad del noviciado fueron a vivir temporadas cortas con él. Recibíamos un bien inmenso.

¡Recordaríamos ahora tantos momentos...! Aquellas Eucaristías de los domingos, aquellos atardeceres y veladas debajo del tanque de agua potable, donde se reunían bastantes hombres, se charlaba de las preocupaciones y de lo ocurrido en el día, se contaba por dónde se pensaba hacer el recorrido durante la noche tirando a mano de los carros (sólo uno tenía un mulo flaco): si habían encontrado suficiente cantidad de cartones, vidrios u otra clase de enseres entre la basura la noche anterior..., si estaban muy cansados y otra vez frustrados por no haber recogido lo suficiente... El sacerdote les animaba; algunas noches salía con ellos, les ayudaba para no caer en la bebida..., acariciaba su dignidad, era un aliento de esperanza.

Aquel «barrio» de chabolas, algunas sólo de cartones y chapas, recibió la ayuda de amigos del sacerdote. Unos pusieron dinero, otros su saber de arquitectos, albañiles, etc. Comenzó a surgir, en un terreno llano y no húmedo, un trazado de calle con un puñado de pequeñas parcelas donde se levantarían unas viviendas de bloques; unos cimientos suficientes, y el moverse de algunos de los habitantes para trabajar en la construcción. Las casitas serían para los primeros que las quisieran y aportaran su trabajo. Se prometían más viviendas en una segunda fase. Se organizó todo a buen estilo cooperativa. Creció la expecta-

tiva. Pronto, al pasar por el bus, ya se distinguían las incipientes casitas blancas.

Bastantes personas quisieron que también el sacerdote tuviera mejor casa. Pero él no quiso que le construyeran una nueva. Sencillamente, arregló un antiguo y destartalado caserón, cerca de las nuevas casitas, y allí se fue a vivir con un grupo de varios adolescentes y jóvenes que habían perdido a su familia. Había que sacar adelante a aquella «muchachada» y prepararles para otros horizontes de familia y de trabajo. Transcurrieron los años, aquel sacerdote no se alimentaba bien, descansaba poco... Aquel hombre de Dios, valiente, sencillo, preparaba cada noche sus desvelos, y a la hora más imprevista le llamaban porque habían detenido a alguno, habían herido a alguien, otro estaba enfermo... Él acompañaba a quien fuese, a cualquier hora, al hospital; o iba a la comisaría a interesarse por algún detenido e interceder; o buscaba por las calles a otro caído o perdido... En todos los lugares le conocían y sabían de su capacidad de luchar en cada situación.

Algunos lunes venía a comer a nuestro noviciado, descansaba con una siestecita, leía, oraba, celebrábamos la Eucaristía, y al atardecer regresaba a «su lugar». Nosotros quedábamos empapados de su ternura y de su mansedumbre, de la cadencia paciente de su amor y fidelidad a aquellos sus «amigos marginados».

Su salud sufrió muchos deterioros. Cuando su edad podía haber empezado a llamarse avanzada, le invadió el cáncer. Los últimos meses los vivió en el hogar sacerdotal. Las visitas de todo tipo de personas eran constantes. Él siempre acogía y agradecía. Falleció consumido, todo entregado. Nada había retenido para sí.

Camino del cementerio, fuimos conmovidos por una enorme procesión de aquellos que tiraban a mano de sus carritos. ¡Tantos que fueron amados por él hasta el extremo! Calles grandes y pequeñas de la ciudad se enteraron de que era un adiós, y a pleno día el cortejo silencioso llenó de respeto y de paz –ningún miedo a nadie– el aire que a todos se nos ofrecía respirar.

El «barrio» siguió desarrollándose. Otros sacerdotes y religiosas siguieron en él, o fueron a vivir allá por primera vez. Nada ha borrado el recuerdo de aquel sacerdote de sonrisa afable, cuerpo frágil, empeño ayudador, paso lento y su siempre llegar a cualquier necesidad. Este hombre vivió a tope, tuvo una vida plena, cuajada, lograda.

Por fin, al menos, este impacto: en su vida, se fue sintiendo atraído por los últimos, por los más últimos de aquella sociedad (te-

nían fama de delincuentes, maleantes, gentes de mal vivir, de los que cuidarse mucho y no confiar). Él los amó con su mirada y su acción cotidianas. Su mirada los bendecía y embellecía. Su mirada hacía valiosas sus personas. El sacerdote aprendió a mirar así gracias a muchas horas contemplando los misterios de la vida de Jesucristo, y de muchas horas recibiendo las miradas de aquellos y aquellas que se colaban en su vida para no ser maltratados otra vez. ¡Benditos esos ojos que Dios te dío; bendito quien te enseñó a mirar así! («La vida hay que mirarla con ojos bellos»: J. JUANAS, SJ)

Él fue padre, ayudador, consejero. Tenía una resistencia y una perseverancia muy especiales, curtidas de dejarse sobresaltar por las llamadas de esos y esas tan necesitados. Si pudo anunciar y denunciar, fue porque asumió el gran coste de renuncia que implicaba decir con la vida una verdad y no decir mentiras, ni disimular el pecado que albergan en su seno nuestras sociedades. No tenía miedo a las dificultades, aunque sí muchísimo respeto a cada ser humano, y a cada paso a dar. Ninguna frivolidad en su hablar, ninguna arrogancia; sí una extraordinaria capacidad de cargar con tantas vidas rotas. Pudo abandonar cuando todo era oscuro, y no lo hizo.

Se vivió atraído y sostenido por su Señor, que le hizo paciente, cercano, fuerte y tierno. Lo conformó a imagen del Hijo como defensor ("paráclito") de quienes eran carne de sospecha, de acusación y de exclusión. Este hombre, sacerdote del Señor, luchó por besar y levantar la dignidad de muchos. Lo hizo acogiéndolos, buscándolos, y rescatándolos.

«El Señor ha hecho en mí maravillas.
Gloria al Señor»

- 2 -

«Y no sólo conmigo, sino con quienes me ayudan»: así se expresa ella, camino de los noventa años, viuda tras 61 años de matrimonio. De adolescente aprendió muy bien a coser de todo en un taller de costura. Se distinguía por una alegría y una sonrisa muy especiales. Dicen que parecía poder cargar con todo lo que viniese, y tuvo que hacerlo pronto,

tras la muerte de su padre, como hermana mayor de bastantes hermanos. Su madre, menudita y frágil, trabajó muy duro por sacarlos adelante, incluso seleccionando trapos y otros enseres en un almacén de desperdicios.

Desde que se casó, joven, con aquel buen mozo, larguirucho pero tan apuesto, venido de varias guerras, vivió totalmente enamorada; no veía más que por él. Dispuesta a creerle siempre, a disculparlo siempre, a amarlo siempre, en la salud y en la enfermedad.

A ella, la salud física la tuvo frecuentemente en jaque; tenía varios frentes de enfermedad, algunos muy problemáticos; con el tiempo, se hicieron crónicas algunas enfermedades, especialmente agudas y severas en ocasiones. En el matrimonio, ella era la de «salud delicada». El esposo parecía tener fuerza e ímpetu para lo que fuera, incluso para comerse el mundo. Pudieron tener cuatro hijos, y sólo vive uno, que es religioso y sacerdote.

Una dolorosísima sorpresa para ella fue la emergencia de un inevitable diagnóstico acerca de la grave enfermedad psíquica de su esposo; ambos ya tenían los cincuenta años. Ella venía acumulando sufrimiento en silencio, pero tras el diagnóstico se le aclararon algunos «porqués» y se le oscurecieron con pesadumbre los «hacia dónde» y «hasta cuándo».

Las crisis de la enfermedad de él se sucedieron implacables durante más de treinta años. En algunas ocasiones, aquel hombre bueno, correcto, muy educado, pacífico y afable, generoso y desprendido, de especial sentido de la justicia y de la honradez que trae paz, se convertía en un desconocido, como al margen de su verdadera libertad, con reacciones extremas, agente de imprevisible sufrimiento cotidiano. Hubo épocas tan tremendas y terribles que hasta los más moderados le aconsejaron a ella que lo dejara. Ella auscultaba en su mente y en su corazón las posibilidades reales para hacerlo, sin creerse que tuviera que llegar el momento. Y no encontraba solución por la ruptura; ya fuera cuando su esposo estaba en alza, o transitoriamente equilibrado, o en baja, ella no veía claro ni honesto resolverse a abandonarlo. Además, su corazón lo seguía amando.

Ella, día a día, no sólo se hizo cargo de toda la situación con entereza y equilibrio, sino que se encargó de todas las consecuencias y cargó con él. El psiquiatra de él la aconsejaba y apoyaba y le reconocía su fortaleza psíquica, su aguante, su no revolver las heridas y su no darse trágicamente por ofendida. Otros muchos, religiosas, sacerdotes, vecinos..., la comprendían y animaban (y admiraban).

Vivieron en su matrimonio temporadas y momentos deliciosos, de enorme apoyo mutuo y de casi infinita ternura. Los buenos recuerdos insistirán aún en hacerse presentes. En ella, el agradecimiento se entremezcla con su sonrisa y con sus ojos vivos de esperanza. También el hijo ha vivido muchísimos momentos preciosos junto a ellos y guarda una memoria muy agradecida que aún no se imagina los frutos que le regalará.

Aquel hombre, superviviente de grandes guerras, rastreador de surcos entre minas anti-persona para llegar hasta los heridos de otro campo de batalla, falleció tras un enorme derrame cerebral por causa de una caída «tonta», que nadie se explica, en unas escaleras al borde de su casa. Sus últimos meses evocaron un calvario del que nada ni nadie parecía poder disculpar. Fueron para todos, y especialmente para ella, meses opacos, trituradores, espesos y agotadores. Ella decía con frecuencia: «Virgencita, no me abandones», y en otros momentos: «Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío; que sea tu voluntad».

Meses después del fallecimiento de su esposo, ella estuvo muy enferma y fue rápidamente hospitalizada; cuando mejoró suficientemente, vivió una larga convalecencia de recuperación en un centro hospitalario dirigido por excelentes religiosas. Ella dice que en todos los lugares la han tratado exquisitamente. En el último tiempo, vive en una residencia de ancianos dirigida por religiosas, y ya es su casa para siempre; también estas «hermanitas» la tratan exquisitamente. Ella se siente abrumada por tan buen trato y dice que siente que «todo el mundo está deseandito de servirme». Nunca le había ocurrido esto, pues era ella la que siempre servía amorosamente a su esposo y a su hijo hasta desvelarse y desvivirse. Ahora, todo son detalles de sobreabundante amor para con ella, todo son delicadezas y atenciones..., y a ella le parece un derroche: «Yo no merezco esto...»; «No sé cómo retribuirlo...»; «Soy tan feliz...», le dice a su hijo, a otros familiares y amistades.

Quienes la visitan dicen sentirse reconfortados y mejorados por la espontaneidad de su fe, por la sencillez de su ternura, por la expresividad de su ánimo. Algunos dicen que es «una santita», y si ella lo escucha no puede dar crédito a que digan tales cosas, pues se siente pecadora, y lo que desea es pedir perdón y dar gracias (*«hay gente que irradia santidad sin saberlo, sin creerlo». «Santidad es testimonio de Jesucristo»*).

En su historia de alegrías y sufrimientos, en su delicada salud, reconoce la mano de Dios. A Dios lo espera en todo. Con Dios repasa tiempos vividos y mana de su corazón inmensa gratitud y paz. Un día,

el Señor le dará un abrazo definitivo, y ella se lo entregará todo. Habrá sido una vida lograda.

> Por fin, al menos, este impacto: esta mujer se vive perteneciendo a Dios como el sarmiento a la vid. Ora diariamente con las lecturas de la Eucaristía. Y Dios le ha concedido una serenidad y una alegría que empapan a quienes la conocen. La fuente de ello es Él mismo, Bondadoso y Compasivo. Así lo vive ella.
>
> Cuando expresa «cómo iba yo a poder imaginar esto...», ya no se refiere a tanto sufrir, sino a tanto cariño con el que tan esmeradamente la tratan por todas partes. Seguirá pareciéndole un derroche que ha de respetar, pues ella también desea tratar respetuosamente a los demás. Cuando su sensibilidad exquisita y realista le avisa, no duda en acompañar a quienes están más enfermos, más solos, o tienen menos visitas. Dios le ha concedido que no le falte una mirada que anima, ni una palabra que estimula.

«Como oyente de la predicación cristiana,
creo en la palabra capaz de cambiar el corazón, esto es,
el centro manantial de nuestras preferencias y actitudes...
una palabra que reflexiona con eficacia y actúa con reflexión»

(PAUL RICOEUR).

- 3 -

Él es muy buen compañero. Religioso, sacerdote entrado en años... En su niñez correteó valles, altozanos, orillas de ríos y disfrutó de los árboles frutales. Su vocación religiosa fue cuajando a «tempo lento», al paso de su madurez. No le faltaron oportunidades ni ofertas apostólicas, que aprovechó y agradeció. Mantuvo gran confianza en Dios, y a lo largo de los años aprendió a no tener otro absoluto que Él. Su formación fue larga, honda, rigurosa, atenta a los movimientos del pensamiento, de los tiempos y de las culturas. Su sensibilidad, inteligencia y afectividad fueron preparadas para la prueba de las luchas.

Luchó en diversos apostolados, en tiempos difíciles y revueltos, demostrando ser cuidadoso y equilibrado. Cuando su congregación lo necesitó para la formación de sus hermanos jóvenes, nuevamente se entregó con generosidad y creatividad. En esos tiempos se le ahondó su capacidad de escucha; su corazón enraizado en Dios se hizo aún

más libre y amplio. Él gustaba de escuchar y comprender lo más posible de cada cual. Paso a paso, los demás lo sentían cada vez más capaz y más genial; él seguía sintiéndose poca cosa e instrumento muy sencillo y limitado.

Se le iba estimando mucho por su vivencia de la vida religiosa, atravesada de realismo y entusiasmo («literalmente, "entusiasmo" significa sentirse arrebatado por Dios»). Sus intuiciones acerca de la vida consagrada traían aires nuevos y palabras nuevas. Sus reflexiones aportaban la fuerza de un gran encanto. Escuchándolo, se podían reavivar los deseos de un renacer, de un renovarse y revitalizarse creativamente para vivir desde Dios en cada mundo.

A la par que el crecimiento de su sabiduría, avanzaban unos fuertes dolores en importantes partes de su cuerpo, que minaban sus fuerzas y podían poner en entredicho su ánimo. Comenzó una larga marcha de sometimiento a intervenciones quirúrgicas; generalmente, entraba en los quirófanos confiando en algún resultado positivo para su cuerpo, y con frecuencia no lo experimentó. Se le fueron acumulando «dolorosas señales de identidad» en su alma y en su cuerpo que le habrán hecho gritar en el silencio y en la soledad. No habrá sido fácil. Doy por hecho que algunos privilegiados que lo conocen a fondo y lo aman entrañablemente habrán podido probar algo de su sufrimiento y ayudarle con algún consuelo oportuno.

De lo más consolador puede haber sido sentirle tan generoso, cuando podía haber estado «curvado sobre sí» por la desazón de no encontrar remedio; sentirlo tan airoso, cuando podía haber estado como apaleado por los tenaces y persistentes dolores; sentirlo tan escuchador y comprensivo, cuando podía haber permanecido replegado en su cansancio y en lo incomprensible de vivir así.

Se nos ha desvelado activo y bondadoso en ofrecer lo que es y lo que le queda, cuando su congregación y otros le piden sus palabras y escritos, aunque él podía mostrarse defensivo y huidizo. También se nos aparece generoso en el aquí y ahora de acompañar a tantos y tantas en sus discernimientos y crisis, aunque podría tener razones e inercias para reaccionar con distancia y prescindencia. Se nos aparece contemplativo en la acción y activo en la contemplación, puestos los ojos en el Señor más que en los incomprensibles fallos de su cuerpo o en los errores de otros.

Para bastantes personas sigue siendo un privilegio visitarlo, hablar algún rato con él, ser escuchados, recibir luz, ánimo y paz; y no digamos vivir con él...

Es un hombre de esperanza. Así ha sido cuando amigos íntimos han buscado para él otra intervención, otro remedio que alivie los dolores, si es que ya no es posible eliminarlos. Él se entregaba de nuevo, con sonrisa y sin maltratar su escepticismo ante otra aventura para su cuerpo. ¿Habrán tenido los médicos mala suerte con él, o él con ellos? En medio de todo ¿está el Padre identificándolo con su Hijo de este modo?

> Por fin, al menos, este impacto: su capacidad de acogida, de escucha, de intuir lo que ocurre en lo profundo de quien se le abre, de ponerse un tanto en el lugar del otro, sintiendo lo que siente..., y así aconsejar con humildad. Todo esto, ejercitándolo de continuo en medio de dolores pertinaces.
>
> De él aprendemos fe, «en su forma básica de "confianza"». Y el venir del Señor en las tempestades, aunque nos parezca «un fantasma» (las enfermedades y otras muchas realidades nos parecen fantasmas; tememos y gritamos, y el Señor viene en ellas). De él hemos aprendido una limpieza de corazón y una pureza que generan una existencia descentrada de sí mismo y contrarias a toda forma de repliegue.
>
> Podría haber abandonado y haberse retirado de las pruebas, pero nos ha enseñado una centralidad de Dios en su vida y una fidelidad a cómo Dios habita, trabaja y sueña el mundo y nos quiere trabajadores con Él en su sueño.

* * *

Sugerencias y aprendizajes

Desde los impactos que estas historias produjeron y siguen produciéndonos hoy, podemos reunir unas sugerencias finales, unas ayudas y estímulos para nuestro aprendizaje.

a) *Son personas que ponen el agradecimiento por delante.* Creo que esto es lo más esencial. Es el secreto. A algunos les molesta la facilidad y sencillez con que dicen «gracias». Pero ellos agradecen

en lo cotidiano, en la oración, en el examen de sus vidas, y están predispuestos a agradecer; incluso se anticipan a agradecer lo que pueda venir, pues saben que son olvidadizos... Desde este agradecimiento, en Él alimentan su esperanza y su seguimiento.

b) *Son personas con decisión y determinación, que eligen.* Así se nos muestran, y así, con valentía y audacia (con la *parresía* neotestamentaria), han afrontado los tiempos más difíciles. Dentro de su voluntad, alimentaron unos deseos claros, hondos, fuertes y grandes. Son personas que han enfrentado la vida con pasión, sin espectacularidad, con mínimo narcisismo, sin empantanarse, con la libertad de quienes quieren darse y quieren aprender a hacerlo. Personas de decisiones interiores tomadas con corazón firme. (*«Una persona decidida a amar puede irradiar una infinita bondad»:* Hno. Roger de Taizé).

c) *Son personas en un cierto «estado de vigilia»* que mantiene despierto el deseo. Advertidos de lo fácil que es desubicarse de su «justo lugar de criaturas» agraciadas y, consiguientemente, acomodarse o ser pusilánimes o injustos. Convencidos de que hay que examinarse, corregirse y dejarse corregir, pedir ayuda y discernir.

d) *La irrenunciable centralidad de Dios en sus vidas.* Aunque cada uno con distinta formación espiritual, es incuestionable su preocupación y pasión por Dios. El Dios apasionado por el mundo, y cuya pasión está en el mundo. El Señor es para ellos su primera pasión. Por decirlo de un modo más completo: hablamos de pasión unificante y totalizante; quizá ellos no lo digan así, pero se viven enteramente en manos de Dios. Y se enganchan y articulan en los sueños de Dios (sabemos que esto supone un descentramiento de sí mismo que no tiene vuelta atrás). Se atreven a poner sus sueños en la dirección de los sueños de Dios. Y así han decidido vivir. *«Quien vive para Dios elige amar. Asumir esta elección exige una vigilancia constante»* (Hno. Roger de Taizé). Así son felices, y se muestran sinceramente alegres.

e) *Para vivirse fundamentados en Él, cuidan su oración,* que saben es siempre tiempo de Dios. En ella se introducen, respiran, se abandonan y logran discernir. A ese tiempo de Dios, al corazón de la Trinidad Santísima, se asoman como a un abismo, y lo esperan todo. Se atreven a agradecerle tantos «detalles» al Señor y a preguntarle diariamente: ¿Dónde estás, Señor, cómo vienes y estás en es-

te rato, en esta jornada, en esta realidad? ¿Qué quieres? ¿Cómo te respondemos?

f) *Han aprendido a servir viendo cómo otros lo hacen,* y cómo se lo han hecho a ellos mismos. Son personas que saben que «principio requieren las cosas», y cada día han aprendido su ración de cómo servir sirviendo. Con el paso del tiempo, se les va notando una quintaesencia, un cuajar como personas de Dios. Ellos no hablan de esto; y si les abordamos con estos ecos, nos dicen estar aún muy inmaduros, que les falta mucho, y que nada podrían hacer sin la Gracia. A nosotros nos pueden parecer vidas «logradas» o a punto de serlo. Ellos se sienten tan mínimos e ínfimos, tan inadecuados instrumentos para las obras en que Dios trabaja... Él, *«que no abandona la obra de sus manos»* (Salmo 137,8), que inició su obra en ellos mismos, los llevará a plenitud.

g) Hay una quintaesencia de la que participan: la protopalabra *«esto es mi cuerpo»* (Karl Rahner). Esto resume a Jesús de Nazaret, el Cristo. Cuando estas personas hablan bien de Jesucristo, lo hacen en clave de «cuerpo entregado», entregando el suyo. Para ellos, esta generosidad es lo más elemental y sencillo: se les ha dado una vida y un cuerpo para entregarlo; *«todo lo que hemos recibido es para entregarlo».* Han ido integrando en su vida una abnegación por Cristo.

h) *Decidieron que sí querían ser un canal, un cauce del Señor,* cuando Él se lo pidió; ser sus portadores. Que Él pasara por ellos –atravesándolos– hacia otros. Sabían que eran cauces muy agujereados y agrietados, y aceptaron que Él los quisiera así, para ir hasta los rincones más últimos, donde su pueblo sufre indeciblemente. Son perdonados perdonadores, pacificados pacificadores. Del Resucitado les viene y les vendrá la fuerza. Así, han aprendido a resistir, permanecer, perseverar, no abandonar (la *hipomoné* del NT).

i) A la luz de estos testigos y de tantos otros, es verdadero que «hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos» (1 Jn 3,14). *Estas personas han creído en el amor* (1 Jn 4,16). Y sabemos con ellos que «sólo el amor es digno de fe» (H.U. von Balthasar). Podemos ser muy agradecidos con quienes nos «cuentan» historias de Jesucristo, viviéndolas en su carne y sangre. ¡Qué bien nos hacen...! Me gusta reconocerles como *«personas eucarísticas»* (Pedro Arrupe). Nos enseñan a ofrecernos y a servir, a con-

sagrarnos, a bendecir, a alabar y a agradecer. Que la gratitud siga siendo nuestro impulso conmovido para el seguimiento del Señor «pobre, humilde y humillado».

«Para tener memoria agradecida nos ayudaría
"levantar acta" de tantas actitudes de entrega gratuita
como existen a nuestro alrededor
y que quizá no conocemos por pura miopía del corazón...»

DOLORES ALEIXANDRE,

«Siete verbos (elementales) de acceso a la Eucaristía»
Sal Terrae 83/5 (1995), p. 349.

ST 93 (2005) 829-842

La ascética del amor en la vida cotidiana

Pedro José GÓMEZ SERRANO*

«A la tarde te examinarán en el amor»
(San Juan de la Cruz[1])

Cuando recibí el encargo de escribir este artículo, recordé una anécdota que nos contó Dolores Aleixandre en un retiro. Al parecer, durante su etapa de noviciado una compañera, cada muy poco tiempo, solicitaba un nuevo hábito, porque el anterior se le había roto. Intrigada la responsable del vestuario por este «fenómeno extraño», intentó averiguar la causa de tan frecuentes deterioros. Pronto se descubrió el motivo: la novicia rasgaba la tela del hábito, involuntariamente, con el cilicio que le habían proporcionado para mortificarse y que ella colocaba con las puntas hacia fuera, no poniéndolas en contacto con su propia piel. Al preguntarle por qué no orientaba hacia la piel el lado punzante del cilicio, contestó con toda inocencia: «Porque, entonces, me pincho». «Elemental, querido Watson», diríamos nosotros. Y, por eso, intentaremos hablar de la ascesis sin caer en el ridículo.

El objetivo último de la ascética ya no consiste en expresar la entrega a Dios o a los hermanos, pero permanece, incluso con exigencias desmesuradas, cuando alguien quiere ser un buen deportista, tener un tipo estupendo, lograr la excelencia académica o triunfar en el mundo profesional. Si la postmodernidad ha legitimado el hedonismo, su fi-

---

* Miembro del Consejo de Redacción de *Sal Terrae.* Profesor de Economía Mundial en la Universidad Complutense. Madrid.

1. SAN JUAN DE LA CRUZ, «Dichos de luz y amor», n. 59, en *Obras completas,* BAC, Madrid 1982, p. 48. Mi tío, José Mª Serrano, que acaba de celebrar su 50 aniversario de sacerdocio, interpreta esta frase como «En el atardecer de cada día seremos examinados del amor», lo que sería aún más adecuado como marco de nuestra reflexión sobre el amor en la vida cotidiana

nanciación (que ahí entra de lleno la modernidad capitalista) requiere hacer notables esfuerzos y sacrificios. La vida cristiana se resume, según San Pablo, en creer, amar y esperar (1 Co 13,13). A largo plazo, para permanecer en la fe, para crecer en el amor, para mantener la esperanza, resulta imprescindible el ejercicio de algún tipo de ascesis. En esta reflexión intentaré ofrecer algunas pistas sobre el tipo de ascesis que reclama hoy en día el ejercicio del amor en la vida ordinaria.

1. ¿Por qué lo llaman amor cuando quieren decir...?

Nuestra vida social se asienta sobre importantes equívocos. Uno de ellos es aquel que sostiene que el amor es, sobre todo, un sentimiento espontáneo, fácil, transitorio; una pulsión caracterizada por la volubilidad. Como ocurre con la palabra «Dios», manipulada, banalizada y tergiversada tantas veces, hoy en día también se puede llamar «amor» a cualquier cosa. Pues bien, a este respecto me identifico con la conocida postura de Erich Fromm cuando señala: «¿Es el amor un arte? En tal caso, requiere conocimiento y esfuerzo. ¿O es el amor una sensación placentera, cuya experiencia es una cuestión de azar, algo con lo que uno "tropieza" si tiene suerte? La satisfacción en el amor individual no puede lograrse sin la capacidad de amar al prójimo, sin humildad, coraje, fe y disciplina. En una cultura en la que esas cualidades son raras, también ha de ser rara la capacidad de amar»[2].

Pero ¿qué es amar? Ciertamente, el amor es un misterio que escapa a cualquier pretensión definitoria, aunque, dada su importancia capital para la existencia humana, puede ser interesante rastrear algunos intentos de descripción para ver el lugar que la ascética puede ocupar en su realización. Según la Real Academia Española es «un sentimiento que mueve a desear que la realidad amada, otra persona, un grupo humano o alguna cosa, alcance lo que se juzga su bien, a procurar que ese deseo se cumpla y a gozar como bien propio el hecho de saberlo cumplido»[3]. El psicólogo argentino Jorge Bucay escribe: «Hace poco empecé a definir el verdadero amor como la *desinteresada tarea de crear espacio para que el otro sea quien es*»[4]. Desde un punto de vis-

2. FROMM, Erich, *El arte de amar,* Paidós, Barcelona 1994[15], pp. 9 y 13.
3. *Diccionario de la Real Academia Española,* Madrid 1992[21], pp. 91-92
4. BUCAY, Jorge, *Cuentos para pensar,* RBA, Buenos Aires 2002, p 17.

ta filosófico, Ortega y Gasset sostenía que «amar una cosa es estar empeñado en que exista; no admitir, en lo que depende de uno, la posibilidad de un universo donde aquel objeto esté ausente. Pero nótese que esto viene a ser lo mismo que estarle continuamente dando vida, *en lo que de nosotros depende,* intencionalmente. Amar es vivificación perenne, creación y conservación intencional de lo amado»[5].

Aunque quizá sean los poetas quienes con mayor profundidad pueden introducirnos en el secreto del amor sin «cosificarlo»:

«¡Qué alegría vivir
sintiéndose vivido!
... ...
Por eso
pedirte que me quieras
es pedir para ti;
es decirte que vivas,
que vayas más allá todavía
por las minas
últimas de tu ser.
... ...
Perdóname por ir buscándote
tan torpemente, dentro
de ti.
Perdóname el dolor, alguna vez.
Es que quiero sacar
de ti tu mejor tú»[6].

También los místicos rastrean lo indecible cuando el objeto del amor es Dios mismo:

«¿Adonde te escondiste, Amado,
y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando,
y eras ido».
... ...

5. ORTEGA Y GASSET, José, *Estudios sobre el amor,* Madrid 1958, p 63.
6. SALINAS, Pedro, *La voz a ti debida,* Clásicos Costalia, Madrid 1989, pp.72, 89, 93.

Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio.
Ya no guardo ganado
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio»[7].

Ciertamente, los ingredientes de la fórmula del amor varían parcialmente, según el *chef* que prepare el guiso; pero muchos podrían compartir la receta básica que propone Fromm para cualquier tipo de relación amorosa: cuidado, responsabilidad, respeto y conocimiento[8].

El propio San Pablo realizó una de las descripciones del amor interpersonal que es, al mismo tiempo, de las más bellas y de las más exigentes:

> «El amor es paciente, servicial y sin envidia. No quiere aparentar ni se hace importante. No actúa con bajeza ni busca su propio interés. El amor no se deja llevar por la ira, sino que olvida las ofensas y perdona. Nunca se alegra de algo injusto, y siempre le agrada la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta. El amor nunca pasará» (1 Co 13,4-8a).

Y es bueno recordar que este conocido texto, frecuentemente proclamado en las celebraciones del matrimonio, no está escrito para describir el amor erótico, sino el que debería darse entre los miembros de las fraternidades cristianas y el que éstas están llamadas a promover en todo el mundo. También resulta oportuno señalar que este tipo de amor es definido como carisma, esto es, como capacidad humana que sólo puede desarrollarse plenamente con la fuerza del Espíritu.

En definitiva, cualquier imagen del amor apunta a una realidad que, aunque cualquier ser humano desea, por ser la más valiosa para su existencia, resulta al mismo tiempo exigente, costosa y arriesgada. Paradójicamente, lo que más nos puede llenar nos invita a vaciarnos hacia fuera; lo que más necesitamos no puede ser objeto de posesión; lo que solo podemos obtener como un regalo precisa de un cuidado y una atención extremas.

---

7. San Juan de la Cruz, «Canciones entre el al alma y el esposo», nn. 1 y 19, en *Obras completas,* cit., pp. 25 y 28.
8. Fromm, Erich, *op. cit.,* p. 34.

2. La ascética del amor: entre el «tengo que...» y el «me apetece»

Efectivamente, como dirían «Cruz y Raya»: sufrir por sufrir es tontería. Sobre el cristianismo pesa la fama de ser una religión del sufrimiento, de la negatividad, que impone pesadas cargas a sus fieles y recela de todo disfrute. Y, naturalmente, nuestras sociedades económicamente desarrolladas se apartan del discurso de la Iglesia, ya que no sienten que estemos en un «valle de lágrimas», sino, mas bien, en un permanente «parque temático» (eso, sí, sólo para gente VIP). Este desajuste de imaginarios nos obliga a los cristianos a purificar el lenguaje espiritual tradicional para poder recuperarlo en un sentido no alienante. Como ha señalado con lucidez José María Castillo,

> «...es un hecho que la teología cristiana se ha elaborado de manera que a cualquier teólogo le resulta más fácil hablar del *sufrimiento* que de la *alegría;* más fácil también hablar del *dolor* que de la *felicidad;* más fácil hablar del *llanto* que de la risa; y más fácil, por supuesto, hablar de la *muerte* que de la *vida,* sobre todo si se trata de una vida de gozo, de dicha y de disfrute de las cosas buenas, de tantas cosas buenas y agradables que Dios ha puesto en esta vida. No es superficial ni frívolo el dicho popular según el cual todo lo que está bueno, o es pecado o engorda»[9].

Como si a Dios le fastidiara que las personas lo pasaran bien. Si el Evangelio es una oferta al ser humano para que «su alegría sea completa» (Jn 15,11), ¡cómo lo hemos disimulado las Iglesias tantas veces...! Todo lo que hagamos, en adelante, para «desfacer este entuerto» será poco.

Pero tampoco deberíamos ser demasiado ingenuos o acríticos. Una parte del escándalo que producen la palabra «ascética» y sus prácticas no se deriva de sus desviaciones masoquistas, sino de la generalización entre nosotros de un clima cultural suavemente hedonista que se caracteriza por dos opciones que, desde un punto de vista cristiano, están equivocadas: la de convertir la finalidad de la vida en acumulación de experiencias o sensaciones placenteras y la de preferir las alternativas más cómodas o fáciles en los distintos ámbitos del desarrollo personal

9. CASTILLO, José María, «Felicidad, bienaventuranza y vida cristiana», en *El seguimiento de Jesús,* Cátedra Chaminade, Fundación Santa María, Madrid 2004, p. 241.

y social (salvo, claro está, en el implacable mundo del trabajo productivo, sujeto a la férrea lógica del mercado)[10].

La era de las rebajas, los saldos, las ofertas y las oportunidades ha entrado de lleno en el mundo de las opciones vitales y los modos de relación interpersonal. Cuando esto ocurre, se prefiere *lo barato* a *lo bueno,* y se analiza todo comparando la inversión realizada (económica, pero también emocional, en tiempo, etc.) con los resultados obtenidos, para ver si existen pérdidas o beneficios. Y este programa no sólo es alentado masivamente por los medios de comunicación social y, en especial, por la publicidad, sino que resulta promovido también por numerosas corrientes de pensamiento postmoderno o pseudo-oriental y por algunos enfoques psicológicos o de autoayuda que, para lograr el equilibrio y la armonía personales, proponen reducir los imperativos éticos (los «tienes que...», «debes hacer...», «es tu obligación...») y optar más por reconocer y seguir los propios deseos, necesidades, sentimientos, etc.

Detrás de este asunto hay cuestiones importantes que no conviene simplificar. Es cierto que los occidentales hemos ideologizado, moralizado y racionalizado demasiado la vida, postergando dimensiones corporales, afectivas, lúdicas o creativas que son extraordinariamente valiosas. Pero no es menos cierto que el olvido del plano ético, del ejercicio de la voluntad o la capacidad de sacrificio puede ser igualmente nefasto para alcanzar una vida lograda. Gilles Lipovetsky sostiene que ha terminado la época de la ética «sacrificial», de la ética «del deber», y que hemos entrado en la era de la ética «emocional», de la ética «indolora», de la moral «sin obligación ni sanción», en la que ya no tiene sentido proponer renuncias o exigencias que vayan en contra del deseo de cada individuo[11].

Y, sin embargo, la inmensa mayoría de las tradiciones religiosas, filosóficas y psicológicas coinciden en una convicción: *todo lo bueno en el mundo de lo humano es caro, y el amor especialmente.* Es cierto que existen instintos biológicos que pueden reducir el esfuerzo aparente en el amor materno (orientado a la crianza) o en el erótico (po-

10. Hay una curiosa sintonía en autores ideológicamente tan distintos como John K. Galbraith y su «Cultura de la satisfacción» y Daniel Bell y su impresión de que la ética capitalista y sus raíces religiosas se están desmoronando en el capitalismo tardío ante el empuje del hedonismo.
11. LIPOVETSKY, Gilles, *Metamorfosis de la cultura liberal. Ética, medios de comunicación, empresa,* Anagrama, Barcelona 2003, pp. 31-57.

tenciado por el deseo sexual), y que toda forma de amistad se encuentra reforzada por los sentimientos de alegría y satisfacción que genera; pero, a la postre, cualquier relación de amor duradera, ya se refiera a un individuo o al conjunto de la humanidad, requiere trascender el nivel de lo que en cada momento nos apetece, nos gratifica o nos agrada. Aunque también es cierto que no se puede amar por obligación, sino por convicción, por opción libre y personal. Pero, estando inscrita en cualquier ser humano la vocación a amar, y siendo esta tendencia tan potente, cuando el dinamismo amoroso se bloquea habrá que sospechar de la existencia de alguna herida o carencia incapacitante, o bien de la influencia negativa de algún ídolo que ofrece «gracia barata»[12]. Orientar la vida buscando lo más gratificante a corto plazo, evitando cualquier molestia, riesgo o dolor y aplicando la «ley del mínimo esfuerzo», conlleva inevitablemente el coste de alcanzar una existencia mermada, pobre, muy alejada de la vida abundante que Jesús ofertaba.

A este respecto, el amor que quiera pasar del deseo a la realidad reclama un proceso de aprendizaje y entrenamiento. Quien aspira a dominar un instrumento musical, a ascender a una alta montaña o a conocer una rama de la ciencia, debe dar por supuesto que pasará por momentos arduos. Quien desee articular su vida desde el amor, con mayor motivo, pues en este caso los resultados de su empeño no dependerán sólo de él o de ella, sino de esos otros a quienes no controla, pero que pueden compartir con él o con ella un tesoro de incalculable riqueza. Escuchar de verdad, ponerse en el lugar del otro, comunicarse con franqueza, trabajar en un proyecto común, mantener la fidelidad ante las dificultades, ayudar a fondo perdido, aceptar las diferencias, superar las decepciones, atreverse a perdonar... son tareas que cuestan esfuerzo e implican renuncias, aunque para la persona entrenada en el amor y que persevera en su búsqueda, éste colmará con creces sus expectativas.

A la postre, la función principal de cualquier práctica ascética cristiana consiste en ayudarnos a superar la orientación narcisista de la existencia –esto es, la articulación de la vida desde la perspectiva de la satisfacción de las propias necesidades individuales–, predominante en nuestro entorno cultural, para permitirnos descubrir (por propia experimentación) que es cierto que «hay más alegría en dar que en recibir» (Hch 20,35), aunque sin negar que la cumbre de la felicidad humana

12. BONHOEFFER, Dietrich, *El precio de la gracia,* Sígueme, Salamanca 1968.

consiste en que el amor alcance la reciprocidad[13]. Somos «con» y «para» los demás. El proceso de conversión consiste en descubrir esta verdad. Si se produce, permite superar la distancia entre el «deber» y el «querer», haciendo que el mero hecho de sentirse capacitado para amar se considere un regalo insuperable. Es entonces cuando entregar la vida libremente se percibe como éxito vital, como acierto, como fuente de la verdadera fecundidad.

3. Las «muletas» del amor en la vida de cada día

¿Cómo adquirir hábitos que nos ayuden a crecer en el amor? ¿Qué esfuerzos conscientes debemos asumir para llevar una vida que posea calidad evangélica? Quisiera compartir algunas intuiciones al respecto, quizá demasiado concretas y «provincianas», diferenciando cuatro ámbitos: el personal, el de la vida de pareja, el del amor paterno-filial y el de las relaciones interpersonales.

3.1. Ascesis y proyecto personal

Ser personas libres e íntegras no es fácil. «¿Quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?», pregunta el salmista. Y la respuesta es clara como el agua: «El que procede honradamente y practica la justicia, el que tiene intenciones leales y no calumnia con su lengua, el que no hace daño a su prójimo ni difama a su vecino [...] el que no se retracta de lo que juró, aun en daño propio» (Sal 14,1-4). Mas cercano a nosotros en el tiempo, Eduardo Galeano se atreve a soñar que en el nuevo milenio «nadie será considerado héroe ni tonto por hacer lo que cree justo, en lugar de lo que más le conviene»[14]. ¿Qué podemos hacer para ser así, sabiendo que no es fácil aventurarse en el amor a los demás si uno no ha trabajado en alguna medida su propia personalidad?

13. Ver al respecto el precioso artículo de Mariola López Villanueva, «La entrega que libera. Entrar calladamente en la vida»: *Sal Terrae* 1.092 (julio-agosto 2005), pp. 619-629.
14. Galeano, Eduardo, «El derecho al delirio» (artículo publicado en periódicos de diversos países con motivo del cambio de milenio): *Alandar,* febrero 2000, p.8.

- En primer lugar, *esforzarnos por vivir de forma consciente* en un entorno que nos invita a la permanente evasión. De ahí la necesidad de dejar espacio al silencio, a la lectura, a la reflexión, al clásico examen de conciencia, pero también la urgencia de buscar espacios para confrontar con otros la propia vida y rastrear el significado creyente de los acontecimientos de la realidad[15].
- En segundo término, *cultivar la salud, la autoestima y la humildad* (vivir en la verdad de lo que soy, con sus luces y sus sombras, sin complejos de inferioridad ni de superioridad), curando las heridas que pueden convertirnos en témpanos afectivos o vampiros emocionales, y procurando superar dependencias, independencias y autosuficiencias, para poder abrirnos a la interdependencia desde la autonomía.
- Un tercer paso podría consistir en *aprender a discernir las influencias exteriores y los apegos o miedos interiores* que recortan nuestra libertad, porque nos llevan a vivir por inercia, arrastrados por estímulos externos, o porque atrapan nuestro corazón distorsionando su sabiduría y atrofiando nuestra conciencia. Cuesta trabajo llevar la vida que elegimos y evitar que la vida nos lleve; hacer aquello que verdaderamente nos convence y no aquello que nos atrapa.
- Por último, me parece decisivo buscar caminos para *abrirnos a la realidad del dolor y el gozo de la vida,* nuestra y de los demás, manteniendo la capacidad de indignarnos y de soñar, de criticar y de imaginar utopías, cuando todo alrededor empuja a la acomodación, a la indiferencia, al desencanto, al individualismo, a la pérdida de sensibilidad... Lo que incluye asumir dos actitudes: querer crecer (aprender, cambiar, mejorar) siempre –sea cual sea nuestra edad– y aprender a disfrutar y agradecer lo mucho que la vida (y Dios en ella) nos da.

3.2. Ascesis y amor de pareja

Un conocido poema de Khalil Gibran exhorta a los amantes: «Daos mutuamente, pero no os dejéis absorber el uno por el otro; porque sólo la mano de la vida puede contener vuestros corazones. Y permane-

15. TORRALBA ROSELLÓ, Francesc, *El silencio: un reto educativo,* PPC, Madrid 1996.

ced juntos, pero no demasiado próximos; porque las columnas del templo se sostienen de pie juntas, pero a distancia; ni la encina ni el ciprés crecen el uno a la sombra del otro»[16]. ¿Qué entrenamiento podemos realizar para fortalecer el amor de pareja cuando somos conscientes de su fragilidad? Con temor y temblor, dado que soy hombre casado, me atrevo a señalar algunas pistas:

- Pasar, del amor entendido como *intercambio de equivalentes* y evaluado desde la capacidad de mi pareja para hacerme la vida feliz, al descubrimiento del valor de la *fidelidad gratuita* que se asienta en la dignidad de la otra persona y que permite confiar en que «puedo contar contigo», más allá de que coincidamos en las ideas o satisfagamos las necesidades del otro/a, para que cada uno pueda ayudar al otro a mejorar, a desarrollar su vocación personal, a compartir los sentimientos profundos de la vida sin censura previa.
- Pasar, del amor a la *pareja «soñada» o «imaginada»,* que no deja de ser una proyección de nosotros mismos en el otro/a, a amar a *la persona real,* de carne y hueso, con la que nos hemos casado, con su originalidad propia y su derecho a ser él o ella misma con nuestra ayuda. Por propia experiencia, puedo decir que se trata de un difícil aprendizaje, porque nos obliga a aceptar a la otra persona en su diferencia y libertad irreductibles y a saber negociar, discutir, ceder y no ceder, expresar sentimientos «poco presentables», encontrar el espacio común y el de cada uno, comunicarnos en el conflicto, etc.
- Pasar, de *dar por supuesto «lo debido»* que recibimos de nuestra pareja, a *agradecerlo* y seguir manteniendo una actitud «conquistadora» (no por miedo, sino por amor). Lo cierto es que, tras el matrimonio, puede ocurrir que demos al otro por seguro, que consideremos obvio todo lo que nos da y que percibamos sólo los aspectos negativos de la convivencia. Es ésta una buena forma de matar el amor. Cabe esforzarse en ser delicados, detallistas, «sexys»... y en buscar mil formas de expresar un amor que, si se da demasiado por sabido, puede acabar desapareciendo. Tiene, si cabe, más mérito lo que seguimos recibiendo en la normal duración de los años que aquello extraor-

16. GIBRAN, Khalil, *El profeta,* Ed. Graal, Buenos Aires 1977, p. 25.

dinario que pudimos obtener al principio con una sobredosis de descargas hormonales y el aliciente de toda novedad.

- Decisivo resulta, en caso de conflicto, desarrollar la fortaleza necesaria para *no realimentar el círculo vicioso* de las *conversaciones destructivas;* no ceder a la tentación del *silencio* o del mantenimiento de «las distancias» en la comunicación; evitar que el *resentimiento* se acumule, emponzoñando las nuevas oportunidades de la vida, o que la *decepción* nos incapacite para esperar el cambio propio o ajeno.
- El doble reto, a largo plazo, consiste en *reinventar todos los días el cariño y la comunicación* para superar la rutina, y en *aprender a perdonar,* porque inevitablemente habrá heridas derivadas de la intimidad y la interdependencia. Se trata de descubrir que, a la postre, todos seguimos siendo un misterio hasta el final de nuestros días. En un sentido más pragmático, aunque no menos importante, considero «asignatura ascética pendiente» la asunción de una efectiva igualdad de género en el reparto de las tareas familiares[17].

3.3. Ascesis y relación padres-hijos

El mismo Gibran escribía «Vuestros hijos no son vuestros hijos: son los hijos y las hijas de las ansias de la vida que siente la misma Vida. Vienen a través de vosotros, pero no desde vosotros; y aunque estén con vosotros, no os pertenecen»[18]. ¿Dónde están hoy los desafíos de la maternidad-paternidad?[19]

- Ofrecer a los hijos un *amor incondicional* que no dependa de su comportamiento, sus cualidades o sus méritos, para que puedan sentirse sólidamente anclados en la vida y para que, al mismo tiempo, esa actitud básica *no genere paternalismos, sobreprotección o el comportamiento caprichoso* de quien se cree con derecho a todo, sin valorar nada.

---

17. Escribo esto en el día en que se publica que la inmensa mayoría de los varones van al supermercado sólo para empujar el carro (no aclaran si por «irresponsabilidad» masculina o por «control» femenino).
18. GIBRAN, Khalil, *op. cit.,* p. 29.
19. Tuve que reflexionar sobre esta cuestión en GÓMEZ SERRANO, Pedro José, «La familia, escuela de liberación, justicia y solidaridad»: *Sal Terrae* 1.067 (mayo 2003), pp. 371-387.

- Ejercer sobre ellos una *exigencia razonable,* orientada a que den de sí todo lo que sus capacidades permitan, *evitando proyectar en ellos nuestras expectativas y frustraciones.* Exigencia diferente, porque cada uno es diferente, pero no injusta. Exigencia que evite los extremos del «no pasa nada» y de la pérdida de autonomía. Exigencia para aprender a disfrutar de los logros del propio esfuerzo.
- Atrevernos a *proponer,* pese al relativismo imperante, además de «hábitos saludables y de urbanidad» (que no es poco), *ideales éticos o religiosos,* discutiendo críticamente el máximo abanico posible de planteamientos morales y ofertas de sentido y ejerciendo sin complejos una autoridad respetuosa que se acrecienta cuando los padres reconocen sus propias dudas, incoherencias y debilidades.
- Y, por encima de todo, mantener con ellos una *ininterrumpida relación de afecto y comunicación,* resistiendo a la tentación de reducirla cuando los bebés se hacen niños y dejan de reclamar permanentemente nuestra atención, cuando los adolescentes se tornan herméticos o inestables, y cuando los jóvenes reclaman un grado mayor de independencia.

3.4. Ascesis y relaciones interpersonales

Jürgen Moltmann ha puesto el dedo en la llaga:

> «Nos cuesta poco acogernos mutuamente cuando los demás son como nosotros y hacen lo que nosotros queremos. Pero nos resulta costoso acogerlos cuando son diferentes de nosotros y quieren algo distinto»[20].

Jorge Bucay ha expresado la delicada tensión del amor verdadero en su poema «Quiero»[21]:

«Quiero que me oigas sin juzgarme.
Quiero que opines sin aconsejarme.
Quiero que confíes en mí sin exigirme.
Quiero que me ayudes sin intentar decidir por mí.

20. MOLTMANN, Jürgen, *Un nuevo estilo de vida,* Sígueme, Salamanca 1981, p.21.
21. BUCAY, Jorge, *Cuentos para pensar,* RBA, Buenos Aires 2002, p 121.

Quiero que me cuides sin anularme.
Quiero que me mires sin proyectar tus cosas en mí.
Quiero que me abraces sin asfixiarme.
Quiero que me animes sin empujarme.
Quiero que me sostengas sin hacerte cargo de mí.
Quiero que me protejas sin mentiras.
Quiero que te acerques sin invadirme.
Quiero que conozcas las cosas mías que más te disgusten,
que las aceptes y no pretendas cambiarlas
Quiero que sepas que hoy puedes contar conmigo...
sin condiciones».

Quizá sólo quede añadir que, desde la perspectiva cristiana, la verdadera ascesis del amor interpersonal radica en mantenerlo siempre *abierto a la universalidad* (esto es, rompiendo todo tipo de barreras de género, raza, cultura o credo) y tomar como *interlocutores privilegiados a los últimos,* a los pobres, a los que están peor por cualquier motivo y que, equivocadamente, parecen tener poco que aportar, cuando lo cierto es que, junto a sus innegables valores, tienen además el de devolvernos a quienes estamos mejor a la familia humana. Un amor que arranca en la fraternidad cercana, pero que debe llegar a la solidaridad política.

4. El mandato de Jesús: «como yo os he amado»

Son numerosos los textos del Nuevo Testamento que expresan la radicalidad con que Jesús amó. Además, Él pidió a sus discípulos una entrega incondicional, sin ocultarles las dificultades externas e internas del «camino estrecho» que proponía: «Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz de cada día y que me siga» (Lc 9,23)[22]. Un camino de alegría y plenitud que incorporaba la necesidad de luchar contra el mal y de renunciar, en ocasiones, a ciertos bienes por causa de otros mayores.

Sin embargo, no quisiera acabar esta reflexión convirtiendo el amor en una «cosa de puños», y menos aún si se trata de hablar del

22. Recuerdo haber oído a nuestro compañero de redacción, Juan Antonio Guerrero, que si Lucas tuviera que haber redactado este versículo para acomodarlo a los tiempos, tendría que haber escrito: «Si alguno quiere seguirme, que se niegue a si mismo, que cargue con su cruz de cada día y que me siga; verá qué a gusto se encuentra y qué bien se lo pasa».

amor en clave cristiana. Por eso me parece imprescindible recordar algunos aspectos clave de la vivencia creyente del amor:

- Hay un amor, el de nuestro Padre Dios, que precede siempre a todos nuestros esfuerzos y que se nos da de un modo plenamente gratuito (1 Jn 4,10). Por eso la entrega del creyente tiene siempre el carácter de respuesta agradecida.
- Ciertamente, el cristianismo propone llevar al extremo la donación, pero nunca en una dinámica que incentive la injusticia, el masoquismo, la irresponsabilidad, el paternalismo o la alienación. Es entrega libre y liberadora.
- La práctica del amor tiene, en ocasiones, legítimas «añadiduras», como son el agradecimiento, la transformación de la realidad, la reciprocidad, etc.; pero, en cualquier caso, lleva siempre dentro de sí su propia satisfacción, placer y gozo.
- En el ejercicio del amor, especialmente cuando es fiel y se ve probado por las dificultades, se expresa el reconocimiento de la dignidad absoluta del «otro» y la vocación última al encuentro y la donación de cualquier «yo».

En la clase magistral con la que se despedía de la docencia al jubilarse, José Luis Sampedro, nuestro brillante literato y catedrático de economía mundial, comentó que toda su labor universitaria había estado guiada por una frase que había escuchado, cuando era un joven estudiante, a un anciano y famoso profesor británico –Sir William Beberidge (el «padre» de la Seguridad Social)–, durante una visita en la que le había acompañado por Madrid en el año 1945: *«Life is serving, not enjoying»*. Esto es, la vida consiste en servir, no en disfrutar[23]. A pesar de que, en su sentido profundo, me sigue pareciendo verdadera, creo que mantener la disyuntiva entre *servir* y *disfrutar* ha resultado trágica para el anuncio del Evangelio en la época actual. Por eso creo que, en el presente clima cultural, resulta necesario realizar dos importantes matizaciones. Hoy, con aquellos que comparten una visión postmoderna de la vida, habría que decir más bien: *«Life is enjoying when serving»* (la vida consiste en disfrutar, sirviendo); pero, frente a ellos, habrá que seguir recordando a tiempo y a destiempo que *«Serving is expensive, not cheap»* (servir es caro, no barato).

23. SAMPEDRO, José Luis, «Aprendizajes de un metaeconomista», en *Homenaje al profesor Sanpedro,* Fundación Banco Exterior, Madrid 1987, pp. 111-127

ST 93 (2005) 843-847

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Solidaridad ¿dónde?

«Amoverse» por la geografía de la exclusión

Delegación de Acción Social.
Provincia de Castilla SJ

Cuando el Padre Llanos llegó al «Pozo del Tío Raimundo», hace cincuenta años, esta barriada del sur de Madrid era conocida por sus chabolas y sus emigrantes extremeños y andaluces, provenientes en su mayoría de familias republicanas. Luego vino la organización vecinal para mejorar las condiciones de vida (alumbrado, alcantarillado, asfaltado...) y la oposición política al franquismo. Fueron años de grandes iniciativas y mucha creatividad: cooperativa eléctrica, asociación de vecinos, escuela profesional, vivienda común de trabajadores, guardería... El ejemplar proceso de remodelación del barrio en los años ochenta (gracias a una vigorosa organización vecinal y a la llegada de la izquierda al gobierno municipal y autonómico) mejoró mucho el espacio urbanístico. Sin embargo, con la crisis económica y social, irrumpió la droga en el barrio, destrozando familias y llevándose por delante prácticamente a una generación entera con el «triángulo de la muerte» (heroína, cárcel, SIDA). Como vemos, pasear por un barrio como «El Pozo» y por su historia es una manera de analizar la *geografía dinámica* de la exclusión social.

El Padre Llanos fue sacerdote jesuita y activista social; pero fue también un escritor, un poeta. Fundó una escuela profesional que buscaba no sólo enseñar un oficio, sino también, y sobre todo, educar en una «ciudadanía global» (mucho antes de que la expresión estuviese de moda). Por ello no sería de extrañar que en esa época Llanos leyese la *Carta a una maestra,* escrita por los alumnos y alumnas de la escuela

de Barbiana, en Italia, allá por el año 1967. De alguna manera, el protagonista de este libro es un alumno llamado Gianni, el más frágil de la clase, el que presenta más carencias, el aparentemente más torpe, el que viene de un contexto más desfavorecido. Dice el libro, dirigiéndose a los maestros y maestras:

> «Yo os pagaría a destajo. Una cantidad por chico que aprenda todas las asignaturas. O, mejor aún, una multa por cada chico que deje de aprender alguna. Entonces no perderíais de vista a Gianni. Buscaríais en su distraída mirada la inteligencia que Dios le ha dado igual que a los demás. Lucharíais por el niño que más lo precisara, descuidando al mejor dotado, como se hace en todas las familias. Os despertaríais por la noche pensando en él, para buscar una nueva forma de hacer la escuela a su medida. Iríais a buscarle a su casa, si no os volviera. No os quedaríais tranquilos, porque la escuela que deja perder a Gianni ya no es digna de llamarse escuela»*.

Esto, que fue escrito en la Italia de los años sesenta y que tenía validez en «El Pozo» de la época del padre Llanos, sigue teniendo sentido en nuestros barrios a principios del siglo XXI. ¿Qué es lo que tenemos delante?; ¿de qué situación hablamos? Podríamos hablar de la *geografía estructural* de la exclusión social: fracaso escolar (o sea, fracaso del sistema escolar), desestructuración familiar, proceso de inadaptación social, desigualdades educativas, violencia estructural, violación de los derechos fundamentales... y otras expresiones similares. Y, al hacerlo, tendríamos una buena impresión inicial del contexto en el que estamos.

Sin embargo, en estas páginas preferimos adoptar otro enfoque, que podríamos llamar la *geografía humana* de la exclusión social. Podemos plantear una pregunta más personal (¿de quién hablamos?) y responder con un par de ejemplos «ficticios como la vida misma».

Tenemos, en primer lugar, a Jonatan. Es el pequeño de cuatro hermanos; su padre (obrero no cualificado) está en paro, pero no para en casa; más fácil es verle por el bar. Su madre echa horas y más horas limpiando otras casas y oficinas. Jony juega mucho con su perro, tanto que

---

* ALUMNOS DE LA ESCUELA DE BARBIANA, *Carta a una maestra,* Ed. Nova Terra, Barcelona 1976[5] [original italiano: 1967], p. 81.

está impregnado de su olor. Pasa mucho tiempo solo, en la calle. Es un chaval cariñoso pero a veces desconcertante. Son frecuentes en él las explosiones de violencia, quizá simplemente para llamar la atención. Los abundantes conflictos en la escuela han ido derivando, a sus 12 años, hacia una situación de absentismo preocupante. Jony simboliza la agresión volcada hacia fuera; el maltrato sufrido (fundamentalmente por dejación) lo expresa, con torpeza, en agresiones descontroladas.

Jenny podría representar otro tipo de violencia, tan grave como la anterior, quizá tan frecuente o más que ella, pero a menudo más desapercibida: sería la agresión volcada hacia dentro. También sufre malos tratos, claramente psicológicos, agudizados tras la separación de sus padres. Chica retraída, silenciosa, poco amiga de llamar la atención, en los últimos meses está desarrollando una anorexia incipiente que le ha hecho perder nueve kilos a sus 10 añitos; somatizó sus nervios en una infección intestinal que guardó en silencio para no molestar a su madre. Otra vez la violencia, callada, tozuda, demoledora..., camuflada.

La historia de Jony y Jenny nos habla también de geografía, concretamente de «geografía humana». Es decir, plasma el modo en que la exclusión y la injusticia social se encarnan «espacialmente» en la vida de los menores. A veces, hacia fuera (como Jony), y a veces hacia dentro (como Jenny). Es otra manera de ver la *geografía de la violencia.*

Jony y Jenny, como Gianni, son sólo ejemplos, ciertamente. Pero si se observan bien, podemos entrever en ellos los diversos aspectos que inciden en la exclusión social. Los elementos económico, político, jurídico, escolar, sanitario o psicológico forman parte de la *geografía sectorial* de la exclusión. Precisamente porque la exclusión es un fenómeno complejo (¡porque es toda la sociedad la que está «estructurada» de modo «exclusógeno»!) se requieren aportaciones complejas y convergentes.

Esto es lo que pretende ofrecer *«Amoverse»,* un proyecto surgido en la década de los noventa, en «El Pozo del Tío Raimundo», el mismo barrio al que años antes había llegado el Padre Llanos. *«Amoverse»* trabaja con menores de seis a dieciocho años, con un planteamiento educativo y preventivo, intentando paliar las desigualdades sociales. Surgido por iniciativa de la parroquia San Raimundo de Peñafort, *«Amoverse»* ha sido desde el principio un proyecto integral e integrador, socio-educativo, de barrio, que opta por los más débiles. Este enfoque permite enraizarse en una *geografía concreta* y descubrir en ella la gracia de la ubicación entre los pobres. Esta «opción geográfica» determina las actividades y el talante, es decir, el qué y el cómo de la intervención.

Dado que el planteamiento de *«Amoverse»* implica una opción por la educación no-formal, las actividades son consideradas como instrumentos para lograr objetivos más profundos. Por eso podemos limitarnos a presentar brevemente los programas con un esquema, que es como un mapa para orientarse por la *geografía de las actividades* educativas. En un eje encontramos los dos tramos de edad (infancia y adolescencia), mientras que en el otro agrupamos las áreas de intervención educativa.

	Infancia	**Adolescencia**
A MOVER LA CABEZA	Apoyo al estudio, compensación de las desigualdades educativas	Apoyo al estudio, compensación de las desigualdades educativas
A MOVER LAS MANOS	Talleres de creatividad. Ludoteca	Ocio y tiempo libre. Emisora de radio. Talleres musicales.
A MOVER LOS PIES	Deportes (fútbol-sala y voleibol)	Deportes (fútbol-sala y voleibol)
«AMOVERSE» EN VERANO	Escuela de verano. Campamento urbano	Campamento de verano

Si pasamos ahora de las actividades al talante de fondo, podemos captar con una mirada más profunda la *geografía interna* de *«Amoverse»,* lo que se mueve por dentro. Cuatro pistas nos ayudarán a percibirlo. Son cuatro apuestas que sirven también como las cuatro direcciones de una brújula que nos orienta.

«Amoverse» está convencido de que más eficaz que la suma de acciones individuales es la actuación conjunta de muchos (a ser posible, de todos los implicados). Por ello, en primer lugar intenta fortalecer el *tejido social* en el barrio, colaborando con colegios e institutos, asociación de vecinos, instituciones públicas, otras asociaciones y ONGS. Busca ir generando estructuras diferentes, ir tejiendo una nueva sociedad integradora que no genere exclusión, que esté formada por perso-

nas que asuman la responsabilidad de construir, de sembrar lo que a cada uno le corresponde, para que el mundo sea más justo y habitable. De manera especial, y éste es el segundo rasgo, *«Amoverse»* busca implicar a las *familias* en un proyecto educativo común y ofrecerles elementos de apoyo en su tarea educativa. Para ello, el programa de seguimiento y los diversos espacios de encuentro familiar son una pieza esencial. En tercer lugar, debemos mencionar la fuerza del *voluntariado* como uno de los recursos más preciados de *«Amoverse»*. Y por ello mismo es prioritario dedicar al voluntariado todas las energías necesarias, no sólo en clave de formación, sino también de acompañamiento personal y grupal, para que el compromiso voluntario sea un verdadero proceso de crecimiento, maduración personal y cambio social. Finalmente, el programa de *educación de calle* ofrece un espacio cotidiano de observación, prevención e intervención educativa en medio abierto con los menores y las familias del barrio. Al mismo tiempo, la presencia habitual en la calle refuerza un estilo cercano y cálido, alejado de planteamientos burocráticos.

La educación de calle sugiere la última consideración de estas páginas. Hace ya años, Michel de Certeau señaló la diferencia entre exploradores y cartógrafos. Los primeros, siguiendo la intuición del corazón, se lanzan a la aventura de descubrir nuevas tierras y horizontes. Los cartógrafos quedan más bien dominados por el afán de medir, controlar y predecir. Nuestra invitación al lector es que, siguiendo la insinuación de *«Amoverse»,* explore, se sumerja y se mueva por la geografía de la exclusión social. No despreciamos el oficio de cartógrafo, pero nos parece que los mapas deben tener un lugar secundario, como ayudas para orientar o sistematizar nuestra exploración común. Así podremos movernos, transformándola, por la geografía de la exclusión.

castilla JESUITAS

Avda Moncloa, 6 / 28003 MADRID
Tlf. 915 344 810 / Fax. 915 358 243
E-mail: socialcas@jesuitas.es

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

RABÍ RAMI SHAPIRO
Cuentos jasídicos anotados y explicados
256 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 18,00 €

Martin Buber fue el primero en recuperar los cuentos jasídicos para el lector moderno. Su obra pionera propició a la mayoría de los lectores su primer encuentro con la vida y la enseñanza de estos profundos y enigmáticos maestros espirituales de la Europa oriental. Rabí Rami Shapiro infunde nueva vida a estas historias clásicas de quienes tan asombrosamente supieron combinar lo místico y lo ordinario. Cada una de ellas pone de manifiesto la fuerza espiritual de una alegría desenfadada, ofrece lecciones para llevar una vida santa y nos recuerda que lo divino se puede encontrar en la vida cotidiana.

ST 93 (2005) 849-859

LOS NOMBRES DE DIOS

8. Dios justo y misericordioso

José Javier PARDO, SJ*

En una primera aproximación, estos dos atributos de Dios parecen entrañar una cierta tensión. Tomados por separado, y como punto de partida provisional, propongo asociarlos a dos rostros, a dos imágenes que manifiesten visualmente lo que para más de un lector o lectora puede evocar mentalmente el título de este artículo. Para el Dios justo me viene rápidamente a la cabeza la escena del Juicio Final de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina; para el Dios misericordioso, el cuadro de Rembrandt que tanto ha popularizado el libro de H.J.M. Nouwen *El regreso del hijo pródigo*[1]. No resulta fácil afirmar que, tras una y otra imagen, estamos pensando en un único y mismo Dios. La cuestión profunda, y que deja más intranquilo, es si en nuestra vida espiritual –y en la medida en que ésta incide en nuestra praxis cristiana y se configura desde ella– nos relacionamos con una divinidad que alterna su rostro como si fuera un Jano bifronte o, si se prefiere, que tiene mucho de la esquizofrenia del Doctor Jekyll y Mister Hyde. En definitiva, si tras nuestra concepción se esconde un dios que es justo por definición (Sal 33,5: *«él ama la justicia y el derecho»*), pero que al final sabemos que cede a su misericordia, sin integrar ambos nombres; como si hablar de Dios justo *y* misericordioso fuese unir dos facetas que no terminan de encajar; es más, como si justicia y misericordia tuviesen algo de irreconciliables.

---

* Decano de Teología y Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad de Deusto

1. H.J.M. NOUWEN, *El regreso del hijo pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt,* Madrid 2002[27].

Con todo, y sin pretender hacer de la necesidad virtud, hay algo salvable en esta tensión inicial. Tras esa aparente paradoja inicial se encuentra una advertencia ante la ilusoria pretensión de querer encerrar a Dios bajo una denominación, incluso una doble denominación. El Inabarcable es lo uno y lo otro, la justicia y la misericordia; no porque abarque los extremos, sino porque supera lo comprensible para el ser humano, que a duras penas puede conciliar la diversidad, por mucho que el gran empeño de nuestros días sea la integración de la pluralidad racial, cultural, religiosa... ¿No es éste supuesto *oxímoron* otra forma de reticencia por parte Dios a dejarse nombrar?

El caso más patente en la tradición bíblica lo encontramos en Gn 32,23-33, donde además la búsqueda del nombre de Dios se escenifica como una lucha de Jacob con un ser misterioso que, al final, resulta ser Dios mismo. En pleno combate, ante la petición de Jacob, Dios se resiste a revelar su nombre (v. 30: *«Jacob le preguntó: "Dime, por favor, tu nombre". –"¿Para qué preguntas por mi nombre?" Y lo bendijo allí mismo»*). La misma resistencia encontramos con una ironía literaria en la misma revelación del nombre de YHWH en Ex 3,14[2], que bien puede entenderse como una respuesta evasiva ante la insistencia de Moisés en conocer al que le envía (Ex 3,13-14: *«"Si ellos me preguntan: '¿Cuál es su nombre', ¿qué les responderé?' Dijo Dios a Moisés: "Yo soy el que soy"»*). El Dios bíblico se revela dejando constantemente un resquicio que apunta a su carácter incomprensible, inabarcable ante cualquier pretensión humana de tener un control sobre Él por medio de su nombre.

Conectando con esa tradición bíblica, que puede llegar a conocer el nombre de Dios, mas sin pronunciarlo, como sucede hasta hoy en la religión judía con el tetragrama YHWH, cruzamos el umbral de acceso al Dios justo y misericordioso sin la intención de alcanzar su definición, por mucho que estos dos adjetivos recorran buen número de pasajes bíblicos. Sin duda, la presencia de Dios bajo la acción de justicia y la acción de misericordia (y los términos sinónimos o asociados a sus campos semánticos) es uno de los centros teológicos que mejor nos permiten adentrarnos en la experiencia que el pueblo de Israel tiene de su Dios, y que los cristianos heredamos para acceder, en Jesús, al mismo y único Dios.

---

2. Sobre las diversas maneras de interpretar el nombre de Dios en Ex 3,14 cf. T.N.D. METTINGER, *Buscando a Dios. Significado y mensaje de los nombres divinos en la Biblia,* Córdoba 1994, 48-51.

El Dios justo según las justicias de YHWH

Cuando atribuimos a Dios el calificativo «justo», inmediatamente nos viene la asociación de Dios como juez o magistrado supremo. Y es sobre esta asociación donde debemos aplicar la primera corrección, para no sentar principios incorrectos. Al hablar de «justicia», damos por supuesta la secular definición de que justicia es «dar a cada uno lo que le corresponde o pertenece», sentando las bases para una justicia divina meramente distributiva «que establece la proporción con que deben distribuirse las recompensas y los castigos»[3]. Esta comprensión se queda corta en una amplia perspectiva bíblica. No, evidentemente, porque la justicia bíblica no tenga que ver con el mundo jurídico (baste ver la abundancia de apariciones del binomio «justicia y derecho» en el AT[4]), sino porque la justicia está relacionada en no pocos casos con una «acción graciable». Dios no está sometido, como sí lo está el juez humano, a un cuerpo legal que tiene que hacer cumplir para mantener el orden, sino que Dios actúa para conseguir el orden que él quiere (Jr 9,23: *«Yo soy YHWH, que hago merced, derecho y justicia sobre la tierra, porque en eso me complazco»*). La justicia bíblica (*sedeq; sedaqah*), y en este sentido la justicia divina, es más que una conducta obligada desde el exterior; es algo que nace libremente del interior del que la practica; de hecho su raíz etimológica queda mejor traducida por «ser fiel a la comunidad, actuar en favor de»[5]. Por eso la justicia bíblica no está tanto en relación con la «equidad» cuanto con la «fidelidad».

Este giro en la comprensión del sentido bíblico del término «justicia» subraya el aspecto relacional de este nombre de Dios. Es decir, Dios no es justo en sí, sino que se va mostrando en relación de justicia con Israel, en la medida en que nace y se desarrolla la historia de YHWH con su pueblo. Es más, la justicia es motor de esa historia y la orienta como historia de salvación. Por tanto, es en el devenir histórico como Israel va conociendo que Dios actúa a través de su *justicia.* En Jc 5,11, en el Cántico de Débora tras la muerte de Sísara y la consiguiente li-

3. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española,* II, Madrid 2001[22], 1332.
4. Cf., entre otras muchas citas, Gn 18,19; 2 Sm 8,15; 1 Re 10,9; Sal 33,5; 37,6; 89,15; Is 16,5; Jr 4,2; 9,23; Ez 18,5; Os 2,21.
5. K. KOCH, «*sdq* Ser fiel a la comunidad / ser saludable», en (E. Jenni – C. Westermann [eds]) *Diccionario Teológico Manual del Antiguo Testamento,* II, Madrid 1985, 639-668.

beración de Yabín, rey de los cananeos, se afirma: *«Allí se cantan las justicias de Yahvé, las justicias a sus poblados de Israel»*. Estas acciones a las que se refiere el texto no son actos de justicia vindicativa ni de justicia distributiva, sino de los beneficios de YHWH con un pueblo oprimido (cf. 1 Sm 12,6-7; Is 45,24; Mi 6,4-5; Dn 9,16). Es precisamente en esta perspectiva como puede leerse el mismo surgimiento del pueblo, el acontecimiento del Éxodo, como un acto de justicia: *«Es Yahvé quien suscitó a Moisés y Aarón y quien hizo subir a vuestros padres del país de Egipto. Presentaos ahora para que yo pleitee con vosotros ante Yahvé acerca de todas las* justicias *que Yahvé ha llevado a cabo en favor vuestro y de vuestros padres»* (1 Sm 12,6-7). Y si ése fue el origen, ese horizonte de justicia donado por el Señor en la liberación y en el don de la tierra es el que movió toda la predicación profética como hilo conductor de la voluntad de Dios para con su pueblo.

Estas consideraciones nos llevan a reubicar la justicia y, lo que es más importante, a reubicar al juez. No son los tribunales y las salas de lo contencioso el lugar primigenio para conocer la justicia bíblica, sino el lugar y las situaciones de opresión. El lugar del Dios justo no es el estrado equidistante entre víctima y victimario, sino la cercanía al oprimido en su país de opresión que permite oír el gemido (Ex 2,24; 6,5) y ver la aflicción (Ex 3,7.9). Por lo tanto, la justicia de Dios no puede representarse con el símbolo habitual de la justicia como la diosa con los ojos vendados y la balanza en la mano. Por el contrario, YHWH, el Justo, se deja afectar y escucha el grito del que se dirige a él: *«Yahveh, el que hace obras de justicia y otorga el derecho a todos los oprimidos»* (Sal 103,6). Así comprendida, la justicia está más cercana de lo que comúnmente llamamos acciones salvíficas, y por eso es otro nombre de salvación, de auxilio cercano, como anuncia el Deuteroisaías en plena crisis del exilio: *«No temas, que contigo estoy yo; no receles, que yo soy tu Dios. Yo te he robustecido y te he ayudado, y te tengo asido con mi diestra justiciera»*.

De cuanto llevamos dicho se puede concluir que el Dios justo sufre dos correcciones con respecto a la imagen de «juez». En primer lugar, la justicia divina no está en el ámbito de la imparcialidad legal, sino de la relación parcial; y Dios es «juez y parte», debido a su apasionamiento en favor del que sufre en el conflicto. En segundo lugar, el «hacer justicia» no es un acto neutro y distante, sino que tiene que ver con lo afectivo, con la implicación de Dios con la víctima, de manera que Dios, más que juez, es abogado defensor y, por cierto, no de oficio, sino *por* oficio. Desde ahí se entienden las reiteradas apariciones,

con frecuencia en paralelismo sinonímico, del binomio «justicia y compasión» (*hesed, rahamim, 'emet...:* Sal 4,2; 36,11; 85,11; 89,15; Is 16,5; Os 2,12; 10,12). La justicia como nombre de Dios tiene que ver con el sentir de Dios y, por tanto, no está alejada de la misericordia (*«Tierno es Yahveh y justo, compasivo nuestro Dios»:* Sal 116,5).

El Dios misericordioso más allá del afecto tierno

En los últimos decenios, tanto la producción teológica –sobre todo gracias al enriquecimiento aportado por la perspectiva de la teología feminista– como la espiritualidad y la misma pastoral han insistido en la presentación del rostro materno de Dios. Con ello se ha puesto de relieve mucho de lo que entraña este nombre divino de Dios «misericordioso». Quedan ya lejos de nuestra vivencia de la fe los discursos tétricos sobre un Dios justiciero, ávido de castigos al menor resquicio de fragilidad humana; a lo más, se han convertido en recuerdos de nuestros mayores en conversación de sobremesa familiar o comunitaria. El riesgo puede estar en convertir la misericordia divina en algo demasiado melifluo, contagiados en exceso del discurso postmoderno. No quisiera ser negativo ante nuestro momento cultural, pero sí al menos dar un toque de atención para que no se pierda la fuerza y reciedumbre, para nada reñida con la sensibilidad femenina, de este nombre de Dios.

Con la misericordia (*rahamim*) nos acercamos a lo más íntimo de Dios. En primer lugar, porque etimológicamente deriva del término *rehem,* que designa el seno materno, las entrañas. Como tal, designa el lugar de donde surge toda vida y es la sede de los sentimientos que tienen que ver con la intensidad de vida o riesgo para la misma. Por lo tanto, para un dios que definimos como Dios de la Vida, *«Señor que ama la vida»* (Sb 11,26), tratar de la misericordia es tratar de su quintaesencia. En segundo lugar, y en plena continuidad con lo anterior, porque en su revelación YHWH mismo se ha autodefinido sobreabundantemente como Dios misericordioso. A pesar de las resistencias divinas a revelar su nombre (cf. Ex 3,14; 6,3) o, mejor dicho, cuando esas reticencias dejan de tener sentido porque Israel puede interpretar correctamente el nombre de Dios a la luz de los acontecimientos vividos en el éxodo, YHWH se va autopresentando en distintos momentos. En Ex 34,6-7 tenemos un caso paradigmático de la sobreabundancia del nombre de Dios como misericordia: *«Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su*

amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes; que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación». La múltiple endíadis y la acumulación de términos[6] del campo semántico de la compasión subrayan la centralidad de este rasgo de Dios y de la misma imposibilidad de definirlo con precisión. Sin embargo, lo que da relieve específico a estas palabras de autorrevelación son los acontecimientos que las iluminan como clave hermenéutica y que son fruto de la misericordia de Dios. Al salir de Egipto, Israel nace a la vida como pueblo, recibe el don de la Ley como condición de posibilidad de existencia, se siente acompañado en las penurias de su camino por el desierto, es alimentado cual hijo por su madre... El Dios misericordioso y clemente le ha dado la vida y le da el sustento para mantenerse en ella; por eso, misericordia es engendrar vida y compromiso por la vida.

En ese compromiso firme por la vida es preciso señalar dos aspectos que elevan la misericordia más allá del afecto fácil y de la caridad de beneficencia. En primer lugar, las situaciones o escenarios donde Dios ejercita la misericordia. Éstos no son normalmente lugares de contagio idílico de euforia y vitalismo, sino las encrucijadas donde se debate la vida contra la muerte, como lo es la situación paradigmática de Israel en Egipto, la casa de servidumbre. Lugares y momentos donde decir una palabra, o el mero hecho de aguantar la mirada, supone un esfuerzo a la sensibilidad refinada, y el gesto de misericordia no es algo natural. Tampoco en nuestros días es difícil identificar –lo que se requiere es reciedumbre para hacer presente al Misericordioso– esos espacios ante los que muchos pasan de largo y vuelven la cabeza, y actuar una palabra que incite a vivir como en el relato de Ezequiel ante Jerusalén, la extranjera recién venida al mundo y abandonada: *«Ningún ojo se apiadó de ti para brindarte alguno de estos menesteres, por compasión a ti. Quedaste expuesta en pleno campo, porque dabas repugnancia, el día en que viniste al mundo. Yo pasé junto a ti y te vi agitándote en tu sangre. Y te dije, cuando estabas en tu sangre: "Vive"»* (Ez 16,5-6).

En segundo lugar, las acciones de Dios no son «obras de misericordia», sino actualizaciones desde lo que J. Sobrino llama el «princi-

6. Un análisis extenso de estos términos puede verse en I.M. SANS, *Autorretrato de Dios,* Bilbao 1997.

pio-misericordia»; y «por "principio-misericordia" entendemos aquí un específico amor que está en el origen de un proceso, pero que además permanece presente y activo a lo largo de él, le otorga una determinada dirección y configura los diversos elementos dentro del proceso»[7]. Así, la misericordia, tal y como emana de Dios, tiene la virtualidad de ser beneficiosa para las dos partes de la relación. Para el que está en precariedad es claro; pero también lo es para Dios, que recobra su sueño y su esperanza de no estar sólo y de seguir teniendo historia con el ser humano. Lo cual, en clave humana, es más patente, ya que la misericordia resulta principio configurador para salir de la situación de muerte en sus dos vertientes: por un lado, la precariedad como resultado (desposeídos, opresión, marginación); por otro, la inmisericordia como causa de esas situaciones (insensibilidad, apatía, injusticia, pecado).

Dios justo *porque* es Dios misericordioso

Al hablar de la justicia de Dios hemos soslayado dos aspectos que merecen una obligada mención, porque son probablemente los que nos crean mayor problema a la hora de conciliar justicia y misericordia: la justicia punitiva y la ira de Dios. Retomando la autodefinición de YHWH en Ex 34,7 como texto representativo de otros pasajes bíblicos, se afirma *«que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación».* Dejando al margen el aspecto de «personalidad corporativa» en Israel, que con el devenir de la historia de salvación evolucionará hacia la responsabilidad personal, ¿cómo seguir afirmando la presencia de un Dios misericordioso en el castigo? El hecho de que el rostro punitivo de Dios venga precedido de la copiosa presentación de su rostro misericordioso, que incluye el perdón de la misma iniquidad, orienta la finalidad del castigo. La punición divina no se limita a una justicia vindicativa, a poner una sanción por el hecho mismo de la desobediencia; su finalidad es poner las condiciones de posibilidad para engendrar vida duradera. O, mejor dicho, en muchos casos la acción es quitar aquellas condiciones que impiden el camino de desarrollo de una vida amenazada.

7. J. SOBRINO, *El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados,* Santander 1992, 32.

El correctivo es necesario en un proceso que engendre auténtica vida, y tiene su razón de ser en la justicia de Dios como actuar fiel y saludable en una voluntad salvífica. En el castigo se está fraguando futuro en justicia. Dios afirma su presencia vivificante en el castigo; no es mera ausencia o efecto colateral del pecado. En plena crisis exílica, Israel experimenta que el destierro no es mera consecuencia inmanente de sus pecados, sino que tras la aparente ausencia late la presencia activa del Dios misericordioso, y confiesa que *«la misericordia de Yahvé no ha acabado, no se ha agotado su ternura, mañana a mañana se renueva: ¡grande es su fidelidad!»* (Lm 3,22-23). Más allá de las dificultades racionales y emotivas, subrayadas además por nuestro momento cultural, el testimonio bíblico indica que en medio del castigo es posible seguir creyendo en la fidelidad del Dios justo y misericordioso; y más: que el orante «sólo en el tú a tú, en el fragor de la plegaria, podrá sanarse enteramente»[8].

Más irreconciliables parecen la ira de Dios y su misericordia. La salida fácil sería considerar este concepto como una de esas «cosas imperfectas y adaptadas a sus tiempos» (*Dei Verbum,* 15), propias del proceso pedagógico de revelación divina y superado en Cristo como culminación de esa revelación. Sin embargo, esta noción de ira, cólera o celo divino apunta a una realidad recuperable hoy en día bajo el valor de la «indignación». En este sentido, despojada la ira de sus connotaciones psicológicas como pasión siniestra, sin autocontrol, de enajenación... queda una cualidad de Dios que puede entenderse en positivo como «justa indignación», precisamente enraizada en el amor, en la misericordia. Buena parte de la dificultad teológica para hablar de la ira divina radica en la identificación de Dios con el ideal ético y metafísico de *apatheia* griego. Y si *apatheia* «significa inalcanzabilidad de cara al influjo exterior, insensibilidad, propiedad de todo lo muerto, y libertad del espíritu con respecto a necesidades interiores y prejuicios externos»[9] el Dios bíblico no es «a-patético». Un Dios que se conmueve en sus entrañas por su hijo (Jr 31,20), que siente y sufre la pasión del amor propio de un enamorado (Jr 2,1-3,4), no es ciertamente apático.

Una teología y una espiritualidad desarrolladas sobre el *pathos* como el modo de sentir de Dios, nos lleva a entender la ira divina como la no-indiferencia frente al pecado y al mal. El sentir de Dios es *pat-*

8. V. MORLA, *Lamentaciones,* Estella 2004, 276.
9. J. MOLTMANN, *El Dios crucificado,* Salamanca 1975, 383.

hos de vida que quiere alcanzar plenitud, colmar la existencia y llenar de felicidad la vida-con-el-otro; y ahí no cabe la indiferencia ni la indolencia. Por tanto, YHWH, que no es imparcial con la causa del pobre, tampoco lo es con el mal. La ira es la reacción para detener la injusticia, la opresión, toda acción u omisión que amenace la vida *pro-creada.* Por lo tanto, como señala Sally McFague, esta reacción es propia de una ética que tiene que ver con la misericordia, leída incluso en clave maternal, de Dios: «la maternidad/paternidad no se limita al nacimiento y al sustento, sino que incluye todas las actividades creadoras que puedan hacer posible la vida de las próximas generaciones, y también de todo lo débil y vulnerable»[10].

Ira y misericordia no son dos momentos esquizofrénicos en Dios, sino el fruto de un mismo corazón interesado. El sufrimiento que Dios ve y oye, porque clama a Él desde las víctimas, no desata ni un amor lánguido ni una cólera que dé rienda suelta al rencor. Es *ira salvífica* que necesita enderezar los pasos extraviados fuera del camino donde crece la relación vivificadora. Por ello la reacción firme y contundente contra lo inmisericorde no se explica desde la lógica humana de la venganza, que respondería a un *amor ofendido,* sino desde la lógica del *amor herido* que busca la sanación a través de acciones en favor de la justicia. El perdón de la iniquidad no puede confundirse con la indiferencia, ya que la misericordia regenera al pecador, pero no modifica la esencia del crimen. Lo cual explica la desproporción terminológica y temporal en el autorretrato de Dios en Ex 34,6-7: «tardo a la cólera; su amor por mil generaciones, y su castigo por cuatro generaciones». Es decir, la ira no es un atributo esencial de Dios, sino una consecuencia de su esencia misericordiosa: *«un instante dura su cólera, toda la vida su favor»* (Sal 30,6). Y lo que el salmo expresa en términos temporales se puede expresar en categorías teológicas: «la ira divina no es la antítesis del amor, sino su contraparte, una ayuda a la justicia exigida por el verdadero amor»[11].

10. S. McFague, *Modelos de Dios. Teología para una era ecológica y nuclear,* Santander 1994, 205.
11. A.J. Heschel, *Los profetas. II: Concepciones históricas y teológicas,* Buenos Aires 1973, 252.

Jesús, el rostro humano del Dios justo y misericordioso

Analizar el mensaje y las obras de Jesús desde la perspectiva de la justicia y la misericordia llevaría más lejos de lo que pretenden estas reflexiones conclusivas. Acercarnos a conocer los nombres de Dios tiene una finalidad clara: entrar en una mayor intimidad con él, tener un trato más familiar. Ése es, en palabras de la *Dei Verbum,* el objeto de la revelación divina: «Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor, y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía» (n. 2). Al revelar su nombre, YHWH se abre a la disponibilidad humana y se expone a la «vulnerabilidad»[12], se hace accesible a que el otro irrumpa nombrando, invocando su nombre. Pero en nada quedaría si conocer el nombre divino saciara nuestro deseo de saber y no conociéramos la intimidad ofrecida. Al igual que Jonás, sabríamos de Dios (*«bien sabía yo que tú eres un Dios clemente y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor, que se arrepiente del mal»:* Jon 4,2), pero preferiríamos no tener nada que ver con un Dios que se compadece de Nínive hasta que, movidos por pequeñas experiencias de misericordia (la de Jonás fue por un triste ricino), lleguemos a adentrarnos en el misterio del Dios justo porque misericordioso. Irónicamente, Jonás es el profeta que Miguel Ángel pintó en la bóveda de la Capilla Sixtina presidiendo el Juicio Final, quizá para recordarnos las palabras de YHWH con las que termina su libro: *«¿Y no voy yo a tener misericordia de Nínive...»* (Jon 4,11). En el juicio de Dios, lo auténticamente final y definitivo es el criterio de la misericordia: «*descubrir* al próximo como persona, *ver* sus necesidades y *solidarizarse* con él de forma efectiva»[13] (Mt 25,31-46).

Jesús, recibiendo la tradición veterotestamentaria que tenía como exigencia radical *«Sed santos, porque yo, el Señor, soy santo»* (Lv 19,2), transformó esa exigencia desde su experiencia del Dios-misericordia. En Jesús confesamos los cristianos que encontramos al hombre que disfrutó de esa intimidad (Jn 10,15) y que, desde esa comunión con Dios, nos dejó como primer deber: *«sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo»* (Lc 6,36). Mas no sólo nos deja el legado de su experiencia, sino que Él mismo se convierte en referencia hermenéuti-

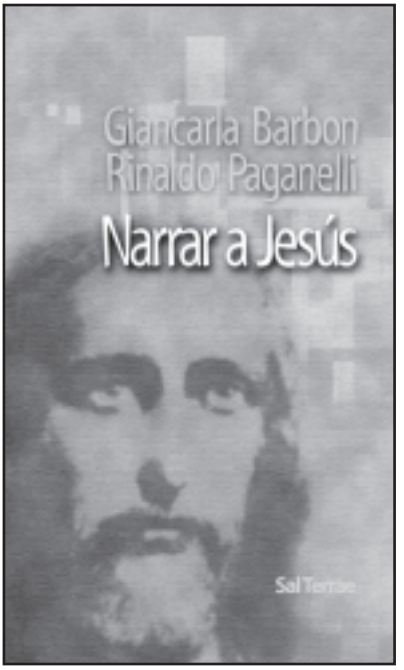
12. T.E. FRETHEIM, *Exodus,* Louisville 1991, 65.
13. R. AGUIRRE – F.J. VITORIA, «Justicia», en (I. Ellacuría – J. Sobrino [eds.]) *Mysterium liberationis,* II, Madrid 1990, 557.

ca para entender al Dios justo y misericordioso: «Cristo confiere un significado definitivo a toda la tradición veterotestamentaria de la misericordia divina. No sólo habla de ella y la explica usando semejanzas y parábolas, sino que además, y ante todo, *él mismo la encarna y personifica. Él mismo es, en cierto sentido, la misericordia.* A quien la ve y la encuentra en él, Dios se le hace concretamente "visible" como Padre "rico en misericordia" (Ef 2,4)»[14]. La misericordia y la justicia de Dios deben entenderse desde Jesús, y muchas serían las palabras y los gestos de Jesús que nos vienen a la cabeza y que nos hablan de justicia sanadora y misericordia rebosante. Pocas nos transmiten tan perfectamente la confianza en la misericordia de Dios como la del padre *conmovido,* con el hijo abrazado a su regazo, y dispuesto a celebrar fiesta porque su hijo *había muerto y ha vuelto a la vida* (Lc 15,11-32).

14. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia,* n. 2.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

GIANCARLA BARBON /
RINALDO PAGANELLI
Narrar a Jesús
104 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 8,00 €

Este libro se propone tocar la interioridad de cualquier lector narrándole a Jesús. El título hace referencia al intento de acompañar al lector en la aventura de una historia que le afecta directamente. Diez narraciones, inspiradas en diez encuentros con Jesús, para hacer que brote el convencimiento de que el sentido de la fe cristiana es elevar la libertad y la dignidad del hombre, para ponerlo de pie y no de rodillas. Se narra y se proponen trabajos de interacción inspirándose en el evangelio, porque sólo puede encontrar la vida quien se sumerge en el modo de vivir y de morir de Jesús.

ST 93 (2005) 861-869

COLABORACIÓN

El P. Alberto Hurtado, S. J.
Un santo luchador por la justicia

Jaime CASTELLÓN COVARRUBIAS, SJ*

El P. Alberto Hurtado, SJ, es una de las personalidades más importantes de la historia de la Iglesia en Chile. Con su vida mostró un camino de comunión plena con Jesucristo que sigue siendo válido para nuestro tiempo. Su santidad es la de alguien que se entregó por completo a Dios y a sus hermanos, especialmente a los pobres, convirtiéndose en un servidor de ellos y un luchador por su dignidad.

1. Los primeros años

El P. Alberto Hurtado nació el 22 de enero de 1901 en el seno de una familia aristocrática, pero empobrecida. El 14 de junio de 1905, murió su padre, y la familia quedó en una situación económica crítica, debiendo trasladarse a Santiago, donde fueron acogidos en casas de parientes.

Su madre fue para Alberto un modelo de entrega a los demás. En su famoso discurso fúnebre por Alberto Hurtado, su gran amigo, el Obispo de Talca, Manuel Larraín, dijo que para comprenderlo había que remontarse «a sus raíces y, sobre su niñez y adolescencia, contemplar la figura admirable de una madre cristiana. Ni su viudez temprana ni las graves dificultades económicas pudieron apartarla de su doble misión: la educación de sus hijos y el sentido del deber social».

* Doctor en Teología. Vicepostulador de la causa de canonización del P. Hurtado. Santiago (Chile).

El P. Fernando Vives del Solar, SJ, fue su director espiritual cuando Alberto era alumno del Colegio San Ignacio. Él lo ayudó de manera decisiva en su maduración religiosa y social. Le mostró modos de vivir más cerca de Dios y hacer que la cercanía a los pobres fuera una experiencia religiosa. Por eso, años más tarde, en la dedicatoria de su libro sobre sindicalismo, Alberto lo recordará como la persona «a quien debo mi sacerdocio y mi vocación social».

2. Su vida universitaria

Alberto no pudo ingresar en la Compañía de Jesús al terminar sus estudios secundarios, como era su ardiente deseo, debido a la situación económica de su familia; así es que estudió Derecho en la Universidad Católica. Durante esos años desarrolló una intensa actividad apostólica. Tal como lo dice en un escrito personal, se sentía impulsado por el Señor mismo: «Jesús me llama al apostolado, y ésta no es una devoción, sino una obligación, consecuencia del doble precepto del amor: a Dios [porque] si lo amo querré su gloria, que lo conozcan; y de amor a nuestros hermanos como a nosotros mismos: si los amamos ¿no querré que se salven? Esto es el apostolado, el deseo de la gloria divina y de la salvación de mis hermanos»[1].

Alberto no sólo se preocupó de servir a las personas pobres, sino que se esforzó por encontrar medios para superar las situaciones de pobreza. Los trabajos que hace para obtener los grados de la carrera de Derecho tienen ese fin, tal como lo demuestran sus mismos títulos: «La reglamentación del trabajo de los niños» y «El trabajo a domicilio».

El P. Damián Symon, SS.CC. (1882-1963), su director espiritual en aquel tiempo, dice que Alberto tenía «un celo incontenible, que había que moderar repetidamente para que no llegara a la exageración. No podía ver el dolor sin quererlo remediar, ni una necesidad cualquiera sin poner estudio para solucionarla»[2].

1. S37y06. Citamos los documentos inéditos de Alberto Hurtado conforme a la clasificación que ha hecho el P. Samuel Fernández, un gran estudioso de sus escritos.
2. Alvaro LAVÍN, *El Padre Hurtado. Apóstol de Jesucristo,* Editorial Universitaria, Santiago 1977, p.22.

3. Estudiante jesuita

Una vez solucionados los problemas económicos de su madre, Alberto ingresó en la Compañía de Jesús en 1923. Vivió la primera parte de su noviciado en Chillán (1923-1925), y los años siguientes de su formación los pasó en Argentina, España y Bélgica.

Sus escritos de este tiempo muestran que Alberto sentía que la pobreza lo identificaba con Jesucristo: «No sólo no me quejaré cuando me falte, algo sino que me alegraré de ser pobre con mi Señor pobre. Comida, habitación, recreos, meriendas, campos, etc.»[3].

Mientras estaba en la ciudad de Córdoba, Argentina, enseñó el catecismo en un sector popular llamado «Barrio de los Perros». Su profesor de entonces, el Padre Raggi, al escribir la historia del noviciado en 1938, cuenta que, aun después de tantos años, en aquel barrio «los pobrecitos recuerdan con gratitud el nombre de su primer catequista, que hoy ya es sacerdote y está en Chile, su patria, el Padre Alberto Hurtado»[4].

En Lovaina tuvo como Superior al P. Juan Bautista Janssens, quien años más tarde sería Superior General de la Compañía de Jesús. Él decía a los jóvenes jesuitas que debían interesarse por los grandes problemas del mundo en el que iban a actuar[5]. Ese estilo de formación se ajustaba muy bien a la personalidad de Alberto Hurtado y a la amplitud de su corazón y de sus intereses.

El tiempo que pasa en Lovaina le permite a Alberto alcanzar su madurez. El informe que de él escribe el habitualmente parco P. Janssens a su Superior chileno así lo manifiesta: «Le serán transmitidos por nuestro P. Provincial los informes referentes a las órdenes del Padre Hurtado. Pero permítame, desde ahora, testificarle a Su Reverencia de cuán grande edificación nos ha sido a todos el Padre Hurtado, por su piedad, regularidad, entusiasmo y constancia en los estudios, caridad, discreción, buen trato con todos; ciertamente, ha ido delante de los compañeros por su ejemplo. Es querido de todos. Juzgo que el Señor ha destinado a su Provincia a un hombre verdaderamente exi-

3. S12y03a.
4. Luis Alberto GANDERATS, *Padre Hurtado: el libro de sus misterios,* Santiago 1994, p. 87.
5. S55y08.

mio; por lo menos, así nos lo parece a nosotros. Verdaderamente le agradezco que lo haya destinado a Lovaina: en esta comunidad ha ejercido un verdadero apostolado»[6].

4. Sacerdote apóstol de los jóvenes

El Padre Hurtado volvió a Chile como sacerdote en 1936. Habiéndose doctorado en educación, recibió la misión de enseñar en el Colegio San Ignacio, en la Universidad Católica y en el Seminario de Santiago.

Consideraba que el fin de la educación es «grabar fijamente la imagen de Cristo en las mentes juveniles, y que de ese conocimiento de la Verdad resulte una vida que sea un trasunto de la Vida verdadera que el Redentor nos mereció con el precio de la suya»[7].

Pero, además, la educación debía ayudar al joven a tomar conciencia de formar parte de una humanidad que está llamada a unirse con Cristo como un solo cuerpo.

La formación religiosa tiene un papel esencial que desempeñar en ello. «La meditación, la oración, la educación deberían mantenernos con los ojos siempre abiertos al dolor humano, con el corazón por sus sufrimientos y con la conciencia que rectifica en cada circunstancia los criterios que la masa horriblemente niveladora trata de imponer como criterios del mundo, como lo que todos aceptan, como lo inevitable»[8].

El P. Hurtado procura poner al joven en contacto con la pobreza y con el sufrimiento: «La contemplación de la miseria humana, la visita a los hospitales, a las cárceles y, sobre todo, a los hogares pobres será de gran eficacia para hacer comprender a los jóvenes las posibilidades de acción que se les presentan y que solicitan su colaboración generosa»[9].

La razón última de este tipo de educación estriba en la práctica del mismo Jesús. Él «pasó por el mundo haciendo el bien, un bien que no es una altiva caridad tirada al pobre, sino una efusión de un amor que no humilla, sino que comprende, compadece fraternalmente, eleva. El gesto de Cristo es gesto de respeto, de comprensión, de compenetración afectiva con la masa doliente, de sentirse uno de ellos y de car-

6. Número especial de la Revista *Mensaje:* «El Padre Hurtado. ¿Quién fue? ¿Qué haría hoy?», Santiago 1992; 2ª edición corregida y aumentada, p. 34.
7. Alberto HURTADO, *Puntos de educación,* Dolmen Ediciones, 1994, p. 278.
8. *Ibid.,* p. 98.
9. S01y01.

garse con todo su ser del lado de los que sufren, y de poner toda su palabra, su poder, su influencia del lado de ellos»[10].

El impacto que causó el Padre Hurtado entre los jóvenes, a causa de su testimonio y de su palabra, hizo que lo nombraran Asesor Nacional de la Juventud de la Acción Católica. Con ello se extendió a todo Chile ese mensaje suyo: «Ser católicos equivale a ser sociales»[11].

5. Cristo vagabundo

A finales de 1944, el Padre Hurtado renunció a su cargo de Asesor de la Acción Católica en dolorosas circunstancias. Sintió que ya no contaba con la confianza de su superior, el Obispo Augusto Salinas, y recibió además muy injustas acusaciones. Con un sentido eclesial ejemplar, se fue en silencio, sin permitir ningún tipo de acto que pudiera ser usado para criticar a la Iglesia.

Por esos mismos días nació su obra solidaria más famosa: el «Hogar de Cristo». La experiencia de encontrarse una noche con un pobre hombre que tenía una amigdalitis aguda y que estaba en mangas de camisa, tiritando de frío y de fiebre, lo conmovió en el fondo de su corazón. Su miseria y su desamparo lo estremecieron. Un grupo de señoras le ayudó a dar los primeros pasos para la gestación de esta obra magnífica.

En su origen está la convicción del P. Hurtado de que, en el pobre, Cristo mismo está presente. El P. Hurtado proclama a viva voz: «Cristo vaga por nuestras calles en la persona de tantos pobres dolientes, enfermos, desalojados de su mísero conventillo. Cristo, acurrrucado bajo los puentes en la persona de tantos niños [...]. ¡Cristo no tiene hogar! ¿No queremos dárselo nosotros?»[12].

Por eso, afirma, hay que tener «devoción por el pobre». «Tenerles devoción cariñosa, confieso que es bien difícil. Uno sabe tantas veces que le están tomando el pelo, pidiéndole [dinero] para ir a tomar [alcohol], que hasta dan ganas de tomar un chicote. Pero "lo que hacéis por el último de éstos mis hermanos, por Mí lo hacéis". Ese pobre es Cristo, ese niño, ese borracho. Amarlos, no avergonzarnos de ellos»[13].

10. S19y30.
11. S19y27.
12. S69y15.
13. S47y26.

Viendo a Cristo en los pobres, el Padre Hurtado se dedica a servirlos con todo su amor. Pietro Calvi, de la Congregación de Don Guanella, refiriéndose a su relación con los niños, expresa: «Había que ver con cuánto afecto y corazón de padre los trataba, interesándose por su situación»[14].

Con el mismo amor trataba a los adultos. Elsa Maffei, activa colaboradora suya, cuenta: «Estando yo presente en una misa celebrada en la Hospedería del Hogar de Cristo, con la asistencia de los hospedados, en la homilía se dirigió a ellos: "Yo les ruego que me perdonen por no recibirlos como ustedes se merecen, que no tengan todas las comodidades, que las sábanas no puedan estar muy limpias; pero yo les aseguro que haré todo lo posible para que esto se haga"»[15].

En los años sucesivos, el «Hogar de Cristo» fue ampliando sus servicios de una manera impresionante. El aporte generoso de muchos chilenos permitió que la atención se extendiera a miles de hombres, mujeres, adolescentes y niños en extrema necesidad.

6. Luchador por la justicia

El deseo de servir a Dios y al prójimo movió al Padre Hurtado a luchar con todo su corazón por contribuir a la construcción de una sociedad justa. Él pensaba que «la injusticia causa enormemente más males que los que puede reparar la caridad»[16].

En 1947 creó la Acción Sindical Chilena (ASICH), que recibió la aprobación del Padre General, Juan Bautista Janssens, y la bendición del Papa Pío XII.

Publicó dos libros especialmente sensibles al tema de la injusticia: *Humanismo social* (1947) y *Sindicalismo* (1950). En 1951 fundó la revista *Mensaje,* con el fin de iluminar el mundo social y cultural desde la fe.

El P. Hurtado estaba convencido de que para adquirir la visión cristiana de la realidad se hace necesario mirar a Jesús en su pobreza: «Ésa es la imagen de Cristo: austero, de una pieza, sin blanduras muelles

14. *Positio super virtutibus,* Volumen II, testigo LIII, p. 740.
15. *Ibid.,* testigo VI, p. 91.
16. Alberto HURTADO, *Humanismo social,* Editorial Salesiana, Santiago 1984, p. 94.

[...]. Él mismo en su Cuerpo Místico está muriendo de tuberculosis en la calle o debajo del puente»[17].

Cristo está vivo en el pobre y llama a seguirlo en pobreza: «Allí están los pobres, que llevan sobre sus hombros una carga pesada; ellos, los despreciados en la tierra, los humillados, los que para nada cuentan. Y Jesús les dice: "Bienaventurados sois vosotros". [...] Su doctrina toda ha venido a ser un llamamiento a la pobreza, pobreza de espíritu obligatoria para todos los que quieran entrar en el Reino; pobreza de espíritu que los deba hacer sentirse meros administradores de sus bienes, bienes que son de Dios para el mejor servicio de la gran familia humana. Y a los que quieran seguirlo con mayor perfección los invita a dejarlo todo efectivamente para ser como Él»[18].

Por eso es por lo que la Iglesia debe ser cercana a los pobres. «Nuestra doctrina es un llamado al desprendimiento. [...] ¿Cuál ha sido el testimonio de la Iglesia? La actitud de la primera comunidad cristiana, al primer soplo del Espíritu Santo, fue vender todo lo que tenían y reunirlo en un fondo común, del cual vivían todos por igual. San Pablo trabajó con sus manos [...]. El espíritu del evangelio es de desprendimiento de los bienes de la tierra y amor a los del cielo»[19].

Alberto Hurtado lamentó que muchos católicos ignoraran sus deberes sociales. Decía: «Hay mucha gente que está dispuesta a hacer obras de caridad, a fundar un colegio, un club para sus obreros, a darles limosna en sus apuros, pero que no puede resignarse a lo único que debe hacer, esto es, a pagar a sus obreros un salario bueno y suficiente para vivir como personas»[20]. En suma, «la fidelidad a Dios, si es verdadera, debe traducirse en justicia frente a los hombres»[21].

Esta actitud debe ser constante, sin desmayo. «La resignación ante el dolor que uno puede y debe remediar es tremenda traición al plan de Dios, a la dignidad del hombre, a la familia, a la sociedad, cuando el bien común ha sido conculcado. Sólo tenemos derecho a resignarnos después que hemos gastado el último cartucho en defensa de la verdad y de la justicia»[22].

---

17. S36y21.
18. S36y15.
19. S47y26.
20. *Humanismo social,* p. 93-94.
21. *Ibid.,* p. 82.
22. Alberto Hurtado, *Sindicalismo: Historia-Teoría-Práctica,* Editorial del Pacífico, Santiago 1950, p. 40.

El P. Hurtado es consciente de que la lucha por la justicia no puede ir en desmedro de una profunda vida espiritual. Reclama ambas a la vez. «Toda transformación social que no se base en una previa transformación del individuo será artificial y condenada al fracaso»[23]. Una vez conseguida esta transformación interior, hay que buscar un cambio estructural de la sociedad.

Todos estos principios intentó plasmarlos en sus obras sociales. Para ello tuvo que afrontar grandes dificultades e incomprensiones. El 25 de mayo de 1950, en uno de sus periódicos informes acerca de su actividad que envía a su Superior, le dice que la ASICH es «el más difícil y tal vez el más importante» de todos sus trabajos. Pero, al mismo tiempo, que es la labor «más ingrata, porque encuentra comprensión en muy pocos; aprobación, pero no entusiasmo en la Curia, y algo parecido entre muchos de los Nuestros; desconfianza franca en un grupo del clero; y escasísima ayuda económica. Entre los mismos obreros y empleados hay que luchar con su apatía, su inercia y su falta de espíritu de organización». Sin embargo, manifiesta su seguridad de que aquí «está en juego el porvenir espiritual y material del sector más numeroso de la población, de los más alejados de la Iglesia». Ellos se han apartado «porque no han visto a los católicos interesarse por sus problemas humanos; porque es una vergüenza que sus condiciones de vida miserable no nos muevan a practicar lo que Cristo aconseja en la parábola del Samaritano»[24].

7. En el lecho de muerte

A finales de 1951, el Padre Hurtado comenzó a tener serios problemas de salud y se vio obligado disminuir el ritmo de su actividad. Eran los primeros síntomas del cáncer de páncreas que terminaría con su vida. En mayo del año siguiente, su salud se deterioró mucho, y a principios de junio fue trasladado a la habitación del hospital de la Universidad Católica, donde pasó sus últimos días. Fueron tiempos de mucho dolor y sufrimiento. Pero su corazón se mantuvo unido a Jesús y a los pobres.

23. S57y12.
24. S62y040.

Poco antes de morir, dirige su último mensaje «a los amigos del Hogar de Cristo». En él les dice: «Al partir, volviendo a mi Padre Dios, me permito confiarles un último anhelo: el de que se trabaje por crear un clima de VERDADERO AMOR Y RESPETO, porque el pobre es Cristo. [...] A medida que aparezcan las necesidades y dolores de los pobres, que el Hogar de Cristo, que es el conjunto anónimo de chilenos de corazón generoso, busquen cómo ayudarlos como se ayudaría al Maestro»[25].

El P. Alberto Hurtado murió santamente el 18 de agosto de 1952, a las 17 horas. Como Jesús, pasó por la tierra haciendo el bien y luchando por los que sufren.

25. S10y18.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

JEAN MONBOURQUETTE / ISABELLE D'ASPREMONT
Pedir perdón sin humillarse
176 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 11,00 €

¿Quién no ha sentido alguna vez la necesidad de pedir perdón, pero no ha sido capaz de decidirse a hacerlo? Tal vez porque ese proceso va contra los valores de competición y de autoafirmación imperantes en la sociedad, por no saber cómo actuar, o por miedo a la acogida que la persona ofendida dispensará a la petición de perdón. Este libro afirma que ese proceso es posible, que es liberador y que puede ser una ocasión extraordinaria de crecimiento personal. *Pedir perdón sin humillarse* reúne todo lo que se necesita para comprender el proceso de petición de perdón y vivirlo serenamente.

ST 93 (2005) 871-880

LOS LIBROS

Recensiones

MERTON, Thomas, *Diálogos con el silencio. Edición de Jonathan Montaldo,* Sal Terrae, Santander 2005, 188 pp.

«Lo que llevo son pantalones. Lo que hago es vivir. Mi forma de orar consiste en respirar». Sólo de Thomas Merton podrían esperarse afirmaciones como ésta y dentro de un libro de oración. No son frecuentes libros que, como éste, combinen textos orantes y dibujos del mismo autor. Las traducciones de la obra de Merton, que siguen sucediéndose, continúan siendo una agradable sorpresa para los que valoramos su persona y sus escritos. Dicen que los místicos encuentran siempre dificultades para expresar con palabras lo que sienten y ven; pero la impresión que se tiene con él al leer sus escritos es la de que consigue comunicar mucho de su vivencia interior. Para F.R. de Pascual, el monje cisterciense que prologa el libro, son los dibujos (páginas impares) los que mejor revelan lo que anidaba en el alma de Merton. Y es cierto que a través de sus trazos de gran simplicidad y fuerza se recrean espacios de sencillez, miradas profundas de tristeza y sorpresa, de ingenuidad y dolor, de vacío y plenitud, de comunión y hermandad con otros seres, ocultos tras los trazos, pero seguramente conocidos para él.

Las oraciones, entresacadas de los libros, diarios y cartas del autor, aparecen también como nacidas «de un solo trazo» y tienen el poder de situarnos en medio del claustro, del refectorio monacal o del bosque para, desde ahí, acompañar la oración de un monje que nunca deja atrás el contacto con su propia realidad, sus sentimientos, temores, deseos o dificultades, sino que los convierte en punto de partida para «dialogar con el Silencio». Aparte de su fuerza literaria, nos revelan mucho de las luchas de su costoso aprendizaje contemplativo, de su constante división entre la atracción del silencio y el apremio de visitas, plazos de entrega de originales, presión de sus editores y cartas de sus lectores: *«Me has mostrado las grandes y tranquilas montañas, las silenciosas celdas donde tus solitarios moran ocultos en el secreto de tu rostro, olvidados de todos, viviendo únicamente de ti. [...] Me has dicho. "Ésta es la mejor parte, la que ellos han elegido, y no les será arrebatada". Pero si tam-*

bién yo trato de elegirla, Tú me la arrebatas y me dices: "Ven aquí, ve allá, haz lo otro. No estés nunca solo. Ten tu mente llena de preocupaciones y tu corazón enredado en realidades temporales". ¿Es posible que Tú quieras tales cosas?» (p. 17).

Quizá en esto consiste el atractivo de Merton para muchos cristianos de hoy, convencidos de la importancia del silencio y la contemplación, pero inmersos en el ajetreo de una vida llena de tensiones y prisas. Y por eso nos resuena tanto su peculiar manera de dirigirse a Dios: *«Señor, es casi medianoche, y estoy esperándote en la oscuridad y envuelto en el silencio. Tu resplandor es mi oscuridad. No sé nada de Ti, ni siquiera puedo imaginar cómo llegar a conocerte. Si te imagino, me equivoco. Si te comprendo, me engaño. Si soy consciente y estoy seguro de conocerte, estoy loco. La oscuridad es suficiente».*

Dolores Aleixandre

PIKAZA, Xabier, *El desafío ecológico: creación bíblica y bomba atómica,* PPC, Madrid 2004, 158 pp.

Ecología contra satanismo o, lo que es igual, la provocación ecológica del cristianismo frente a la directriz destructora del mal, que desde Hiroshima y Nagasaki es referida visualmente con la poderosa imagen de la *bomba atómica;* todo un eufemismo diabólico de la capacidad oscura de los humanos y de la ingeniería de los mismos para causar muerte, y que dejaría los fuegos del infierno a la altura de una insignificante suela de zapato. Pero es el sentido de ecología que Pikaza nos presenta en este sugerente y pequeño tratado, en línea con las más recientes propuestas personalistas y religiosas, y que se aleja de las primeras nociones, cuyas máximas se resumían en el muy noble, pero insuficiente, acto de plantar un pino. Tiene la ecología una poderosa evocación bíblica que lleva a la reflexión del origen del mundo y su armonía inicial (Gn 1,1-2). El mundo no sólo como escenario de lo teológico, sino como una constante y fiable plataforma de ascenso místico, de encuentro, en efecto, con la fuerza creadora (formadora) de Dios, pero también encuentro con el misterio de lo humano, la contingencia en medio de lo absoluto y la consecuente pregunta por el final, el destino o la suerte escatológica.

El autor ha querido plantear el libro sobre dos facciones determinantes. La primera supone una exégesis –a mi juicio, bellísima– a los ocho primeros capítulos del Génesis: de la creación del mundo y la armonía original a la perfección *edénica* del hombre y la espiral de desnudez y mentira tras la Caída, y que Pikaza ha resumido, muy lírico, bajo el subtítulo «Del parque de Eva al Arca del Diluvio» (p. 15), concentrando la atención simbólica sobre los poderosos símbolos del «parque» o paraíso original, donde reina (como principio fundante) el equilibrio de la bon-

dad; y el «arca» como herramienta salvadora tras la lluvia reparadora del Diluvio (Gn 6-8). Constituye esta primera parte la expresión de una «utopía ecológica» que no pretende ser interpretada al pie de la letra, sino en estricto sentido simbólico: vivir en armonía con la naturaleza –con respeto sagrado por animales y plantas– y considerar el egoísmo como la firmante amenaza destructora. Los cuatro puntos de la segunda parte están dedicados a la Bomba Atómica, con el sugerente y alarmante subtítulo «El reto de la supervivencia». El primer punto aborda la cuestión de la postmodernidad, describiendo el cambio de paradigma antropológico y científico, la crisis de valores cósmicos (de lo sagrado a lo técnico o, mejor, tecnológico), personales (sentido de emancipación) y sociales (la crisis del sentido de justicia). El punto número dos («Situación. El hombre, ser de riesgo. Las Tres bombas») se adentra en la cuestión nuclear del libro: una descripción tripartita e inédita –al menos en su formulación– de los peligros que acechan hoy día. La estructura de la globalización como quebranto de las diferentes sociedades que habitan el planeta (p. 106); la bomba atómica como paradigma de la «destrucción asegurada» y desajuste inequívoco del orden cósmico (p. 111); la bomba biológica, polarizada en dos dimensiones: en lo que se refiere a la manipulación ilegal (e inmoral) de la genética humana, así como, en segundo lugar, todo lo que se refiere al bienestar personal (derechos humanos), la transmisión y retransmisión gozosa de la vida (p. 113). El último de los riesgos es el de la bomba político-social, que afecta no sólo a lo social –colectivo humano– sino a la gestión política y económica de dicho elemento social (p. 117). Acaba, así, Pikaza argumentando tres tipos de ecologías, contrarias al riesgo de triple destrucción y necesarias para proteger la vida humana. Del punto tercero cabe destacar el «Principio. Madre Tierra, casa de la vida», consideración conclusiva del libro y axioma esperanzador para los cristianos, portadores de una esperanza de resurrección, de retorno a la armonía terrestre, significada en el relato del Génesis. Es ésta, entonces, una reflexión teológica de lectura más que gustosa y asimilación encarecida. Una encantadora creación teológica recomendada para todos los públicos.

Pablo Juan Pascual

FERNÁNDEZ MÁRQUEZ, M.J., *En ti vivimos, Señor. Dimensión contemplativa de las bienaventuranzas,* San Pablo, Madrid 2004, 248 pp.

La contraportada nos ayuda a situarnos ante el tipo de obra que se pone a nuestra disposición: «todos, en lo más profundo de nuestra alma, tenemos la intuición del misterio de Dios, a quien añoramos, vislumbramos y, a veces, sentimos vibrar en nuestro corazón. Éste es el mayor

milagro que podemos experimentar en la vida: sentir, vivir y saborear el latido del corazón de Dios, vivir y experimentar que Dios es todo en la vida de cada uno y de todas la criaturas. La lectura silenciosa, en oración, meditada en el corazón, de las bienaventuranzas, nos ayudará a gustar y ver qué bueno es el Señor». Y éste es, ciertamente, el modo de leer este libro.

Manuel J. Fernández Márquez, SJ, es conocido por los cursos que imparte sobre «Vida y contemplación», por su dedicación al acompañamiento personal y los Ejercicios Espirituales y por sus publicaciones, todas ellas orientadas a servir de ayuda en el difícil arte de orar en medio de la vida diaria, con sus múltiples ocupaciones y dispersiones.

En esta ocasión, pone en nuestras manos una obra que busca contemplar, en y desde la vida, la nueva Ley de Jesús: las Bienaventuranzas (versión de Mateo), su propuesta de felicidad. Para ello articula estas páginas en tres partes, precedidas de una «Introducción». La primera parte se titula «Abrid las puertas de vuestro corazón», y con ella pretende ofrecer una introducción a la dimensión mística y espiritual de las bienaventuranzas. La segunda parte –«Escuchando las Bienaventuranzas hoy»– ocupa el grueso del libro. En ella se trata el objetivo de la obra, pues presenta lo que el autor llama la «dimensión contemplativa y mística» de cada bienaventuranza, siguiendo un esquema de referencia. Esquema en el que, en primer lugar, se presenta una relectura actualizada de lo que podrían ser hoy las palabras de Jesús a propósito de cada bienaventuranza, seguida de un cuestionario para la revisión personal, un conjunto de textos de diversos maestros espirituales referidos al tema central que se trate y, finalmente, unos textos bíblicos. La tercer parte –«Destellos en un atardecer»–, subtitulada como «La vocación suprema de toda persona: ser contemplativa. Despedida de Jesús», es un conjunto de capítulos muy breves donde se recogen temas como «Contemplar es enamorarse de Dios», «Desprendimiento y plenitud...», «En ti vivimos, Señor» (que da título al libro que recensionamos), para concluir con «Escuchando a Jesús. Al final de la tarde, Jesús se despidió».

El conjunto de esta nueva obra de Fernández Márquez resulta de interés para una lectura que quiera detenerse en la meditación y convertirse en oración. Está claro que ése es el mayor deseo del autor. Para lograr su objetivo cuida que la expresión responda a un estilo de prosa poética; la distribución de texto, dibujos y espacios vacíos en las páginas da verdadera sensación de anchura; la misma tipografía resulta de una estética sobria y grata a la vez... Es de valorar el esfuerzo por ofrecer testimonios de la tradición espiritual, tanto católica (Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, fundamentalmente) como no católica e incluso no cristiana, cuya sabiduría en los grandes temas recogidos por las Bienaventuranzas resulta incluso próxima. Es un libro que puede ser de ayuda espiritual, pero las relecturas de las palabras de Jesús no siem-

pre son igualmente acertadas, y los cuestionarios para la revisión personal, en algunos de sus puntos, resultan tópicos, de tan obvios.

En conjunto, puede decirse que es una obra interesante, que puede llegar a un público amplio interesado en el tema y en este tipo de lecturas, que buscan ayudar a vivir en clave contemplativa desde las condiciones habituales de la existencia humana.

Mª Ángeles Gómez-Limón

TIERNO, Bernabé, *Ser padres hoy. Amor y pedagogía,* San Pablo, Madrid 2004, 172 pp.

¿Qué es lo que los padres desean para sus hijos? Es la cuestión que Bernabé Tierno pretende dilucidar aquí, en un catálogo dialógico con las inquietudes de los padres en la escuela. Este tipo de ideales es lo que el mundo actual necesita, tanto en España como en otros ámbitos. Y esta preocupación y necesidad es lo que le ha hecho entregarse, desde hace más de 35 años, a la tarea de «educar educadores», impartiendo cursos y conferencias a padres y profesores de diversos contextos.

Su experiencia resumida sobre esta cuestión y la visión de los padres viene recogida en el decálogo de su *Prólogo.* Esta experiencia es la que le ha llevado a tomar la pluma y utilizar su mente para hacer diversas publicaciones como psicólogo y psicopedagogo. Desde esta perspectiva, se dirige a una sociedad muy necesitada de las alternativas que proponen los grandes valores humanos. El breve decálogo recoge la premisa mayor de la inquietud de los padres para el bien de sus hijos: «deseamos que aprendan a vivir plenamente, con un proyecto de vida comprometido en el que encuentren *la felicidad* que a los humanos nos es posible disfrutar en esta vida». Sería éste el objetivo central de esta colección de cinco volúmenes, cuyo título genérico es *«Escuela de Padres».* Sus contenidos principales: *Ser padres hoy* (requiere amor y pedagogía); *La psicología del niño y su desarrollo* (de 0 a 8 años); *La psicología de los jóvenes y adolescentes* (de 9 a 20 años); *Los problemas de los hijos* (requieren soluciones sobre todo prácticas); y el *Saber vivir en familia* (se resaltan las tareas, roles y oficio de ser padres). Todo ello con una sola preocupación: «la educación de los hijos hoy». El deseo del autor es ofrecer un material que pueda ser utilizado como «libro de texto» de tantas y tan variadas escuelas de padres como se organizan a lo largo de nuestra geografía. La «Introducción» señala a la familia como el lugar idóneo para el desarrollo integral del ser humano, donde la crisis que afecta a los valores puede encontrar solución. El núcleo del libro presenta tres partes: la primera («El papel de los padres») nos dice que éstos son los protagonistas de la educación. La segunda («Tipos de padres») nos ayuda a tomar conciencia de que gran parte de la tarea educativa familiar depende del tipo de relaciones entre los cónyuges. La terce-

ra («Los niños y sus circunstancias») nos indica que para ser felices los hijos e hijas necesitan padres que los eduquen en la libertad y traten de infundirles una autoestima positiva.

Directa o indirectamente, nos sentimos llamados a colaborar en este proyecto educativo tan necesario en nuestra sociedad, ahora quizá más que nunca. Y ello nos hace conscientes de la necesidad de una formación específica, de una dedicación de tiempos a tratar conjuntamente los temas que nos afectan como educadores de niños y jóvenes. Y es lo que se propone el profesor Bernabé Tierno con la elaboración y puesta a nuestra disposición de unos materiales sencillos y, a la vez, dictados desde su profesionalidad avalada. La familia sigue teniendo una importancia decisiva en materia educativa, ámbito donde es posible aprender una interrelación cada vez más sana. Núcleo principal y original que afecta a aspectos centrales de la persona. Una de las exigencias de la paternidad y la maternidad responsables es la tarea educativa, tarea que se ha de ejercer en coordinación con el resto de los agentes educativos.

Mariano Ondo Eyang

GONZÁLEZ SILVA, Santiago (Ed.), *La palabra de Dios en la comunidad religiosa,* San Pablo, Madrid 2004, 224 pp.

El tesoro de la palabra de Dios que nos ha sido entregado por medio de la Escritura supone la fuente a la que durante siglos han acudido a calmar su sed millones de personas. Así, el origen de nuestro actual contacto con Dios también reside en la acogida de la experiencia de aquellos que nos han precedido en el camino de la fe, de manera que lo asumamos y lo hagamos propio en nuestras personas y comunidades concretas. Ésta es la pretensión de la obra ante la que nos encontramos, consistente en ayudarnos a tomar conciencia de este hecho.

Fruto de la colaboración de siete profesores de teología italianos, además del prior de la comunidad de Bose, y bajo la dirección del claretiano Santiago González Silva, el presente libro ahonda en las raíces escriturísticas de la experiencia religiosa que ha originado, en sus múltiples formas, todo tipo de comunidades religiosas. Los diferentes colaboradores parten del hecho de que la Palabra de Dios, con mayúsculas –el Verbo de Dios, la segunda persona de la Trinidad–, se hizo presente y tomó carne entre nosotros por medio del Espíritu Santo. Dicha Palabra se dirige a todo hombre y mujer de cualquier tiempo y condición, y la manera privilegiada de percibirlo es por medio de las palabras transmitidas en la Escritura. El Espíritu es el encargado de hacer actual la experiencia de fe de quienes nos precedieron, tanto de los judíos que prepararon el camino a la llegada del Mesías como de los primeros seguidores de Cristo. Sin embargo, para que, con el paso del tiempo y de las generaciones, dicha experiencia puesta por escrito no termine convir-

tiéndose en letra muerta, ha de ser transmitida, acogida, agradecida, discernida y puesta en práctica conforme a lo que Dios pretende en el presente de nuestra vida. Términos tan enraizados en la tradición veterotestamentaria como *dabar, leb* o *shemá* («palabra», «corazón» y «escucha obediente», respectivamente), junto con la vida que el Espíritu entrega, también tienen cabida en esta obra y ayudan al lector a sintonizar con la experiencia de Dios que tanto los cristianos como sus precursores judíos tuvieron a la hora de comprender la Palabra por medio de la cual Dios dialogaba con ellos.

Debemos tener en cuenta que *La palabra de Dios en la comunidad religiosa* forma parte de una colección dedicada a la vida consagrada. A lo largo de esta obra se insiste, como no podía esperarse de otra forma, en que la consagración religiosa tuvo su origen en el Evangelio, y a él debe acudir con reiteración si no quiere perder su identidad. Gracias al contacto asiduo con la Palabra de vida que nos ha sido transmitida en la Escritura, testimonio de la revelación que nos ofrece la Palabra, se logra la armonía del corazón del hombre con el corazón de Dios. Pero, aunque uno de los artículos trata con exclusividad el papel que la Escritura ha jugado en los fundadores de institutos religiosos, con ejemplos expuestos a lo largo de un amplio abanico que abarca desde los padres del desierto hasta la madre Teresa de Calcuta, el conjunto de la obra no está destinada a ser útil únicamente a los integrantes de la vida religiosa.

Comenzando por los mismos apóstoles o por María –discípula privilegiada que guarda, escucha y medita en su corazón la Palabra–, el seguimiento de Cristo a que ha sido convocado todo cristiano y todo hombre de buena voluntad, sólo puede derivar en comunión plena con quien es la Palabra eterna si se acoge y se escucha al mismo que se hizo por nosotros palabra contingente y efímera en el ser humano llamado Jesús. «Sólo se puede hablar de seguimiento si se ponen los pies en las huellas dejadas en la tierra por quienes, tras haber escuchado a la perfección la Palabra, se han expuesto a la luz divina de tal forma» que, sin temor, pueden afirmar que han visto, oído y palpado la Palabra verdadera. Con el fin de dar inicio al seguimiento, nuestra obra nos recuerda que la Iglesia dispone en la *lectio divina* de un medio inagotable, convenientemente entendido como un ejercicio –ascesis– de comunión con Dios, para el que su Espíritu es el único capaz de dar sentido al texto sagrado.

La permanencia en la Palabra, para quienes hoy leemos la Biblia, consistirá en dejarnos iluminar por unas palabras humanas que, estando por tanto sometidas a los condicionamientos propios de quienes las pusieron por escrito, han sido inspiradas por el Espíritu Santo. La realidad sacramental de la Biblia radica en que, sin dejar de ser palabras humanas, el Espíritu posibilita que, por medio de ellas, aquel que las acoge con fe sea introducido suavemente en el mismo corazón del Misterio. Nuestro libro invita a formar parte

de la difícil y comprometida, a la vez que reconfortante, tarea que aguarda tanto a los responsables comunitarios de la proclamación y explicación científico-pastoral de la Biblia como al pueblo de Dios que la acoge como lo que es: verdadera palabra de Dios, que nos invita a aceptar, hoy también, el Espíritu.

Óscar González Bejarano

MAS, Antonio, *Acercar el cielo,* Sal Terrae, Santander 2004, 278 pp.

Antonio Mas, sacerdote diocesano, doctor en teología y profesor del seminario de Zaragoza, nos ofrece con este titulo un «libro no para ser leído, sino para ser vivido». Como él mismo dice al comienzo del libro, se trata de un proyecto sugerente de pistas que acompañan la vida espiritual de los hombres y mujeres de hoy, siglo XXI, y que ayuda a retomar la vida espiritual siendo protagonistas y actores de ella. Una forma de presentar un itinerario espiritual, el de Teresa de Jesús, creativa y actual, *interactiva.* El mismo autor nos presenta así su objetivo: «El proyecto exige desde el comienzo una conducta activa por parte del lector, quien desde la primera página se convertirá en actor de su vida espiritual. [...] El éxito o fracaso de la empresa dependerá, no de los lectores potenciales, sino de si ha podido servir de orientación a sus vidas».

La obra se inicia con una introducción en la cual se nos ofrecen sugerencias prácticas para adentrarnos en ella. Son, fundamentalmente, claves para entender el contexto social y espiritual de Teresa de Jesús y, desde ahí, ser capaces de introducirnos en el itinerario teresiano y hacerlo nuestro. El dato fundamental para enfrentarnos a un itinerario espiritual, sea cual sea en este momento de nuestra historia: la secularización creciente de Europa y los cambios mundiales que se han producido a partir de la caída del muro de Berlín. Un protagonista de esta obra: la persona, no sólo en su realidad individual, sino también en su dimensión social y comunitaria. Un desarrollo concreto: presentar el itinerario de las siete Moradas del Castillo interior de Teresa de Jesús como siete pasos importantes en el seguimiento de los discípulos y en el seguimiento de cualquier cristiano. Y un secreto que vertebra el proceso de Las Siete Moradas del castillo y vertebra también nuestro camino de encuentro con Jesús: la relación personal con él. Junto a un proyecto actual y bien definido de presentar la espiritualidad teresiana, el autor nos ofrece además imágenes sugerentes y plásticas que dan juego para poder entender a Teresa de Jesús y para reflexionar y orar con sus palabras: distintas habitaciones y espacios para el encuentro no sólo con Jesús, sino con los otros, con nuestra transformación interior, con la imagen de Dios y la forma de orar que tenemos en las distintas etapas de la vida, en las distintas moradas. «En cada morada aprendemos una manera de relacionarnos con Dios y con Jesucristo, una modalidad de oración».

A través de experiencias profundamente humanas y de situaciones dolorosas del hombre y la mujer occidentales de hoy, que el autor conoce bien desde su experiencia de trabajo con la marginación, con grupos de alcohólicos, con presos, con prostitutas, etc., el autor nos presenta un «proyecto de vida respetuoso con los valores de la modernidad, desde la interpretación teresiana del evangelio».

En síntesis, una obra profunda que maneja y relee las claves de la espiritualidad y la mística de Teresa de Jesús, destinada al hombre y la mujer de hoy, desde su situación vital y sus interrogantes, que nos ayuda a vivir nuestro cristianismo como proceso para alcanzar la madurez del amor.

Fátima Gil, STJ

OLIVEIRA, Ivani de – MEIRELES, Mario, *Dinámicas e Historias. Para encuentros con jóvenes,* Paulinas, Madrid 2004, 146 pp.

No cabe duda de que cada vez son más necesarias las ayudas pedagógicas en las actividades pastorales y docentes destinadas a los jóvenes. Tenemos que tratar con personas que desde edades muy tempranas han manejado ordenadores, se han divertido con video-juegos y han visto muchas horas de televisión. Es gente que pertenece a la cultura de las actividades interactivas. Está acostumbrada a recibir información de un modo rápido y entretenido. No tenemos más que comprobar cómo nos ofrecen ahora la información los medios de comunicación, sobre todo la televisión: con pocas palabras y muchas e impactantes imágenes.

Esta obra que nos presentan Ivani de Oliveira y Mario Meireles, fruto de su propia experiencia, trata de aportarnos un útil apoyo a los que nos dedicamos a la docencia o a la pastoral con jóvenes. El libro consta de dos partes. La primera consta de treinta dinámicas para encuentros con jóvenes, subdivididas en tres grupos: 1) acogida y presentación; 2) espiritualidad; y 3) profundización del tema y dinámicas de presentación. La segunda parte del libro lo constituyen treinta y tres historias, o cuentos, que guardan en su interior una enseñanza. La temática de los cuentos es muy variada: la oración, la afectividad, los dones de la persona, los valores, la vida, etcétera.

La estructura de presentación de cada dinámica es la siguiente: objetivo, materiales necesarios y desarrollo de la dinámica paso a paso. Por lo general, son bastante entretenidas, tienen un buen contenido y son fáciles de llevar a cabo. Por lo que respecta a las historias, éstas van precedidas del objetivo que con ellas se pretende conseguir, y finalizan con una pequeña reflexión relacionada con su contenido. Son cortas y amenas, para que puedan ser seguidas con atención por los jóvenes. En su mayoría, tienen una temática interesante.

Como todos sabemos, dentro de la categoría «jóvenes» nos encontramos con diferentes niveles de madurez en las personas. No es lo mismo

un adolescente de 15 años, que aún va al colegio, que una chica de 26 años con empleo, marido e hijos. Pues bien, este libro está fundamentalmente más orientado a los primeros niveles de la juventud, aunque sus dinámicas y cuentos pueden ser adaptados tanto a niños como a adultos. Todo depende de la pericia del monitor o catequista.

La principal desventaja que le encontramos a este libro es que no ofrece un «índice temático» con los valores y los temas desarrollados en las diversas dinámicas y en las historias. Su inclusión habría facilitado mucho el uso de los materiales que ofrece. Hecha esta salvedad, nos parece que *Dinámicas e Historias* es un buen libro para el trabajo pastoral con jóvenes, pues aporta ideas sugerentes e interesantes.

Fray Julián de Cos, OP

Peral, Benito, *Luz, más luz. Lecciones de filosofía vital de un psiquiatra,* Desclée de Brouwer, Bilbao 2004, 150 pp.

La colección «Crecimiento Personal», de la editorial Desclée de Brouwer, editó en 2004 la obra *Luz, más Luz,* del doctor Benito Peral. El autor ha conseguido revelar un poco más sobre la mente humana, pero no desde una visión científica de su profesión psiquiátrica sino que, como dice Carlos Alemany en el prólogo, la idea central de la obra es «un desahogo del alma».

La originalidad de este libro está en saber llevar al lector por el camino de apertura a lo trascendental del ser humano. El viaje comienza relatando los motivos personales e intelectuales que llevaron al doctor a escribir estas páginas, como él confiesa: *«Escribo por resistirme a lo efímero».* Continúa la narración como una travesía por las grandes preguntas de la vida, que todo hombre se plantea en algún momento de su existencia: ¿por qué he nacido en este tiempo?; ¿qué ha determinado mi cuerpo?; ¿existen otros mundos?; ¿hay algo más allá de lo revelado por la ciencia?; ¿qué podemos aprender de oriente?; y, por último, la gran cuestión sobre el hombre. Como dijo el filósofo alemán Kant, ¿qué es el hombre? Es la pregunta vertebral de la filosofía. Así, esta obra de filosofía vital tiene como principal interés adentrar al lector en el *«misterio de la existencia».*

La clave es el amor, y no se puede llegar al estado más sublime –el amor a Dios– si no pasamos por el amor a los semejantes y a nosotros mismos. Por eso, aprender a amar es vivir, y ésta es la experiencia que nos narra el doctor Peral.

En conclusión, el autor une la sencillez con la erudición, su vivencia con el pensamiento intelectual, y ha conseguido un relato destinado a todos los públicos, sin caer en dogmatismos. Es una invitación a reflexionar sobre la vida y descubrir la respuesta propia, pues no hay recetas para ese gran misterio que es el hombre.

Marta Sánchez